

LA SAGA DE LOS AZNAR



SUPERVIVENCIA

POR GEORGE H. WHITE

se

Exiliados en Atolón, abandonados a sus propios medios, los deportados de “Valera” van a enfrentarse con dificultades insuperables para sobrevivir en un hiperplaneta gigantesco, habitado por otra raza inteligente, miles de veces superior en número y recursos.

George H. White nos relata las vicisitudes de los Aznar, caídos en desgracia entre sus propios amigos.

Para los Aznar, la palabra supervivencia tendrá un significado todavía más angustioso que para el resto de los deportados. Proscritos, perseguidos y hostigados, los Aznar tienen que buscar la salvación en la fuga. ¡En la inmensidad del circumplaneta no hay un lugar seguro para los Aznar!



George H. White

Supervivencia

La saga de los Aznar - 46

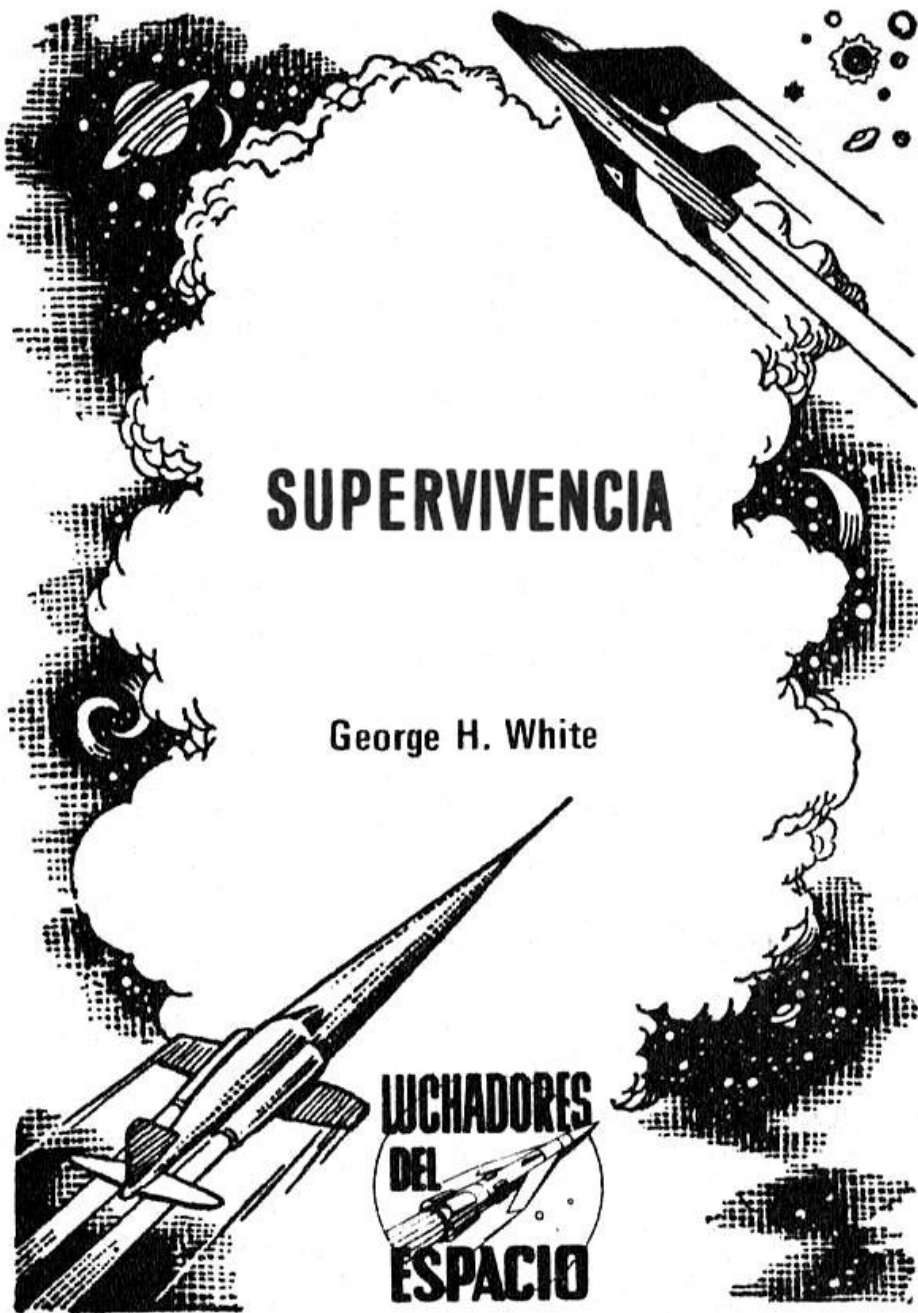
ePub r1.0

Titivillus 13.09.15

Título original: *Supervivencia*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SUPERVIVENCIA

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO I

El momento de la II República de Valer, durante la cual se proclamó la primera sesión del Senado, durante la cual se proclamó ser la actuación inmediata del recién nombrado Gobierno. Los senadores, por una aplastante mayoría, exigían responsabilidades.

La histórica sesión tuvo lugar entre las cuatro y las siete de la tarde. Media hora después de apagar el televisor, estando Miguel Ángel Aznar preparando su solitaria comida, vio por la ventana de la cocina las luces de situación de un aerobote que descendía verticalmente y se posaba en la losa de cemento ante el hangar.

Pensando que serían su hermano o su sobrino, Miguel Ángel se asomó a la ventana y llamó:

—¡Fidel!

Dos hombres bajaron de la aeronave, pero incluso a la escasa luz del jardín pudo ver que no era nadie de la familia.

Miguel Ángel se quitó el delantal y mientras salía de la cocina y atravesaba el salón-comedor sonó el zumbador de la puerta. Abrió.

Eran los almirantes Azpeitia y Valenciano, ambos vestidos con ropas civiles, es decir; aquellas chaquetas largas de corte sobrio, de cuello cerrado sin solapas, con una sola fila de botones y desprovistas de bolsillos, que desde hacía mucho tiempo eran la moda imperante en el planetillo.

—¿Estás solo? —preguntó de sopetón el Almirante Valenciano.

Aznar se hizo a un lado invitándoles a entrar con un gesto expresivo. Luego cerró la puerta y se quedó mirándoles con aire interrogante.

—Han arrestado a MacLane —dijo el Almirante Azpeitia.

—¿A MacLane? ¿Por qué? —preguntó Aznar sorprendido.

—¿Has escuchado el discurso del Presidente en la sesión de apertura del Senado?

—Sí.

—Lo dijo bien claro, que iban a exigirse responsabilidades. Bueno, pues ya han empezado con las represalias. MacLane ha sido el primero en caer, pero todos estamos comprendidos en esa lista de responsables.

—¿Responsables de qué? —protestó Miguel Ángel Aznar—. Yo no me considero responsable ante nadie. Ni siquiera fui convocado a la reunión en la que MacLane decidió llevar adelante la guerra.

—El Estado Mayor respaldó la iniciativa de MacLane, y tú eras entonces miembro del Estado Mayor igual que nosotros. Pero no es sólo eso. Las responsabilidades a las que aludía el Presidente alcanzan más lejos. Y es lógico que sea así. Todos estábamos de acuerdo en que la reconquista del circumplaneta era vital para el futuro de la Humanidad. No sólo los que estábamos sentados a la mesa del Estado Mayor somos responsables. Aun queriendo, MacLane no habría podido hacer solo la guerra. Nos tenía a nosotros, los almirantes y generales, los jefes y oficiales del Ejército y la Armada, y todos estábamos con él en la aventura. La guerra se perdió. Es una tontería alegar ahora que no tenemos parte de culpa en lo ocurrido. Nosotros colaboramos, luego también somos responsables.

Miguel Ángel Aznar guardó silencio, como reconociendo la verdad de las palabras de su colega.

La conflictiva situación arrancaba de año y medio atrás, cuando el autoplaneta “Valera” regresó a Atolón después de su expedición a

la Tierra.

Tras la conquista de la Tierra, y con división de opiniones, el entonces Almirante Mayor, don Miguel Ángel Aznar Polaris, había cedido a la presión de sus más íntimos colaboradores y amigos, dando su aprobación a la tentativa, hasta entonces jamás experimentada, de hacer volar al autoplaneta a través del hiperespacio a mayor velocidad que la luz. Durante su azaroso viaje, “Valera” llegó más lejos de lo esperado, hasta una zona misteriosa y desconocida, el anti-Universo.

Volando a enormes distancias a mayor velocidad que la luz, los viajeros de “Valera” experimentaban el fenómeno ya conocido de la contracción del tiempo. De hecho los cosmonautas habían perdido toda noción del tiempo cuando regresaron a Atolón, esperando encontrar aquí una civilización que debería haberse anticipado en cien mil o doscientos mil años a la época de “Valera”.

Todas las previsiones de los valeranos quedaron cortas en el tiempo. No habían transcurrido cien mil ni doscientos mil, sino ¡un millón de años!^[1]

¿Qué había sucedido en Atolón durante la larga ausencia de “Valera”?

En primer lugar, no quedaban ni vestiglos de la civilización que dejaron al marchar. Probablemente esa civilización existió, se desarrolló hasta alcanzar su máximo esplendor y luego declinó hasta extinguirse, cumpliendo el fatal ciclo de tantas otras civilizaciones.

Hacía un millón de años, cuando los terrícolas descubrieron Atolón, encontraron aquí los restos de una civilización en el ocaso. Tal civilización fue la bartpur, de la cual los terrícolas heredaron algunas de sus realizaciones científicas más notables.

¿Siguió la civilización terrícola el mismo camino que la civilización bartpur? Tal vez no llegara a saberse nunca. El hecho cierto fue que a su regreso, los valeranos se encontraron en una situación parecida a la de un millón de años atrás. Allí estaba el circumplaneta, enorme y lleno de recursos, pero en la ausencia de “Valera”, tal vez asestando un golpe definitivo a los últimos restos de la civilización atolonita, un extraño pueblo había llegado de algún lugar desconocido y se apoderó de Atolón.

Este pueblo extragaláctico era el “ghuro”.

En el primer encuentro entre valeranos y “ghuros”, una división de cruceros que se dirigía a Atolón fue totalmente aniquilada por una escuadra sideral “ghuro”. El Almirante Aznar desapareció en la batalla junto con su esposa, y el Almirante MacLane le sucedió en el mando supremo del autoplaneta a título de Almirante Mayor.

Durante un año después, mientras “Valera” permanecía a la expectativa, surgieron en el planetillo graves diferencias de opinión. Mientras una minoría contemplaba el futuro y se manifestaba por la reconquista del circumplaneta, la mayoría de la nación reclamaba la proclamación de “Valera” como estado independiente, la formación de un gobierno representativo, elegido democráticamente, y el abandono de toda aventura colonizadora respecto de Atolón.

Hacia un millón de años, los valeranos que llegaron por primera vez a Atolón eran doscientos millones, y lucharon con grandes dificultades para vencer a las “mantis”, insectos gigantes que dominaban el circumplaneta desarrollando una civilización de tipo feudal.

Actualmente los valeranos sólo eran veintidós millones y los dueños del circumplaneta, los “ghuros”, poseían una inteligencia y una tecnología muy superior a la de las “mantis” en tiempos pasados. Realmente las cosas se presentaban muy difíciles para los valeranos. ¡Veintidós millones para conquistar un mundo veintitrés millones quinientas sesenta mil cuarenta y siete veces mayor que la Tierra!

En esta alternativa el Almirante MacLane decidió la guerra de reconquista. Mientras ésta durara (y duraría mucho) el poder seguiría en sus manos, y cualquier acción represiva contra la fuerza de oposición se justificaría en nombre de los supremos intereses de la nación y el futuro de la civilización que “Valera” representaba.

Los valeranos se negaban a luchar, pero los recursos tecnológicos de “Valera” eran fabulosos. La máquina “Karendón” transformadora de energía en materia, había supuesto una revolución industrial, y era la clave en todo programa de producción en masa. También fue la clave para resolver el problema de la falta de hombres que tenía planteado MacLane. Éste decidió crear un ejército de robots.

Los valeranos ya venían utilizando soldados robot desde tiempos remotos. Pero estos de ahora eran distintos de todo lo hecho

anteriormente. Eran copia de un robot bartpurano llamado Izrail, que tenía las formas y la apariencia “real” de una bellísima mujer.

Izrail era tan perfecto que podía realizar cualquier trabajo manual y llevar a cabo misiones, a veces incluso en circunstancias y bajo condiciones imposibles para el ser humano. Los sosias de Izrail se llamaron “izrailitas”. Producidos en enormes cantidades por las “Karendón”, resultaron tan positivamente competentes, que parecía que iban a bastarse para llevar a cabo la conquista del circumplaneta.

Tan inteligentes eran, que habían desarrollado una personalidad propia, llegando a tomarle particular apego a “su” vida. La ofensiva valerana había comenzado con buenos auspicios y ya se habían realizado importantes desembarcos cuando ocurrió lo imprevisto. Los izrailitas, después de las primeras experiencias, razonaron con lógica superior a la humana y llegaron a la conclusión que la guerra no era buena para ellos.

En “Valera” la policía militar había sido sustituida por soldados izrailitas en número de diez veces superior al anterior. Coincidiendo con la retirada de los robots en el frente, se produjo una rebelión izrailita a bordo de un transporte. La tripulación humana fue masacrada.

En otros transportes de la Flota, los humanos arremetieron contra la tripulación izrailita, y en “Valera” la población se armó para lanzarse a una insensata caza de robots. Pero los robots tenían muy agudizado el sentido de conservación.

Al verse atacados por los seres humanos, los izrailitas se defendieron, como en su lugar habrían hecho las personas. La consecuencia de todo ello fue un número elevado de muertos hasta que el último robot fue aniquilado.

En la culminación del desastre, el joven Almirante Aznar fue llamado por el Estado Mayor General para sustituir a MacLane, forzado a presentar la dimisión.

Al acceder al mando Miguel Ángel Aznar la situación era crítica. El pueblo armado recorría las calles de las ciudades de “Valera” exigiendo la constitución de un gobierno democrático, y había asaltado las emisoras de la Televisión Nacional para lanzar inflamadas proclamas revolucionarias. Mientras tanto, la Armada Sideral se encontraba en Atolón, con las tripulaciones al borde del

motín.

El nuevo Almirante Mayor tuvo que prometer la reforma constitucional para aplacar a las masas. Cuando dos meses más tarde se sometió a plebiscito la espinosa cuestión, el Almirante Aznar tenía en contra a la mayoría de los militares de carrera y una gran parte de las clases profesionales e intelectuales de la nación.

Finalmente, por una abrumadora mayoría, los valeranos, decidieron volver a la Constitución de la primera República. El mismo día que se proclamó la II República, el Almirante Mayor puso su cargo a disposición del nuevo Presidente. La dimisión le fue aceptada.

* * *

Ni Azpeitia ni Valenciano habían comido.

—¿Quién piensa en eso ahora? —gruñó Azpeitia.

Aznar dijo que él iba a comer de todos modos. Mientras estaba en la cocina sonó el zumbador del audiovisor. Valenciano acudió al aparato. Luego asomó a la cocina e informó:

—Era Pereira para informarte del arresto de MacLane. Dice que va a acudir aquí para reunirse con nosotros. Ahora que lo pienso, no debimos contestar a la llamada. Lo de MacLane ya lo sabíamos. Si su línea está intervenida, o lo está la tuya, la Policía va a saber dónde encontrarnos.

—¿Y eso qué importa? Si quieren arrestarnos igual pueden hacerlo aquí que en cualquier otra parte. No tenemos escape.

—¿Quieres decir que te resignas a que nos juzguen y nos tengan presos veinte o treinta años?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer?

—Acabas de decir que no tenemos escape. Eso no es verdad. Azpeitia y yo hemos elaborado un plan de fuga. Se trata de tomar al asalto un transporte sideral y huir en él. Un transporte podría llevarnos hasta la Tierra volando por el subespacio.

—Estás loco. ¿Cómo vamos a apoderarnos de un autoplaneta? Pero incluso si el plan fuera realizable, que no lo es, ¿abandonarías aquí a tu familia, a tu mujer y tus hijos, para no volver a verlos quizá jamás? ¿No sería eso peor que el cautiverio aquí en Valera, donde al menos podrás verlos cada semana? —protestó Miguel

Ángel.

El Almirante Valenciano abatió los hombros en actitud desesperada.

—Vamos a comer —dijo Aznar—. Tengo guardada una botella de vino que nos vamos a beber ahora... Por si acaso tus presagios se realizan y no tenemos ocasión de D bebérnosla más tarde.

Aunque habían desdeñado la comida al llegar, tanto Azpeitia, como Valenciano dieron muestras de tener buen apetito. Estaba Aznar sacando el corcho de la botella cuando llamaron a la puerta.

—Debe ser Pereira —dijo Azpeitia levantándose para ir a abrir.

Pero no era Pereira, sino el Almirante Morgan, jefe de personal de la Armada hasta que fue relevado de su cargo como el resto de sus compañeros.

—¡Vaya, otro convidado! —exclamó Aznar, que pese a todo parecía conservar su buen humor—. De seguir así no va a haber bastante mesa para todos.

—¿Sabéis lo de MacLane? —preguntó Morgan, que vestía ropas de paisano al igual que todos los demás.

—¡¡¡Sííí!!! —contestaron a coro Aznar, Valenciano y Azpeitia.

—¿Y también lo de Cabedo?

—¿Le han detenido?

—Ha sido asesinado, no hace ni media hora.

Los almirantes se miraron unos a otros con expresión preocupada. Muchos de los altos jefes del Ejército y la Armada, sobre todo aquellos que gozaron de mayor popularidad y eran por lo tanto más conocidos, estaban siendo objeto de malos tratos cuando se mostraban en público, razón por la cual vivían en voluntario retiro, sin atreverse a salir de los límites de sus urbanizaciones desde que fueron destituidos. Pese a todo, Cabedo era el primer caso de asesinato que se registraba.

El Almirante Morgan, que vivía en la misma urbanización y era vecino de Cabedo, relató los hechos. Después de anochecer, dos aerobotes aterrizaron en el jardín del Vicealmirante Cabedo y cercaron la casa. Salió a abrir Samanta, la hija del Vicealmirante.

—La empujaron a un lado y entró un grupo de hombres armados. Desde el porche de mi casa pude oír la ráfaga de metralleta que puso fin a la vida de Cabedo. Le dispararon a bocajarro y a continuación salieron corriendo hacia los aerobotes.

Cuando se hubieron marchado y me atreví a ir hasta la casa, vi que alguien había pintado unas iniciales en la pared utilizando un spray. Eran las iniciales de las Fuerzas Armadas Populares.

Morgan se refería a las FAPS, fuerzas parapoliciales que se movían en la ilegalidad, amedrentando con amenazas, pintadas y petardos a las minorías que de una forma u otra apoyaron la iniciativa de MacLane de llevar adelante la guerra contra la opinión popular. Estas minorías representaban en la sociedad valerana la clase profesional altamente especializada.

El asesinato de Cabedo era un caso claro de venganza. Cabedo, que era yerno del Almirante MacLane, había sido jefe de la Policía Militar desde que MacLane accedió al mando supremo hasta que fue forzado a dimitir por el Estado Mayor General. Durante la jefatura de Cabedo se creó la policía izrailita, protagonista de los dramáticos incidentes de la Plaza de España, donde dieron muerte a varios millares de valeranos que se manifestaban en demanda de un Gobierno democrático.

Aunque, en general, Cabedo contaba con escasas simpatías entre sus colegas de la Armada, su asesinato dejó profundamente impresionados a los almirantes que aquella noche estaban reunidos en casa de Aznar.

—Tal vez Cabedo sólo era el primero de la lista —murmuró Valenciano—. ¿Tienes armas en casa, Aznar?

—Una metralleta. Y mi pistola de reglamento.

—Yo también he traído mi pistola —dijo Morgan sacando el arma del cinturón y depositándola sobre la mesa—. Si alguien quiere asesinarme me llevaré unos cuantos por delante.

—Amigos, conservemos la serenidad —dijo Aznar—. En el Senado se habló esta tarde de exigir responsabilidades, pero eso no quiere decir que vayamos a ser fusilados. La pena de muerte está abolida en la Constitución vigente.

—No estoy pensando en la legalidad, sino en esos cobardes de las FAPS que se esconden en la noche para llevar a cabo su venganza —repuso Morgan.

—Convendría que alguien montara guardia afuera mientras permanezcamos aquí —dijo Azpeitia—. Yo no traigo pistola, pero sé manejar una metralleta.

—Pongamos en claro una cosa —dijo Aznar—. ¿Cuál es el objeto

de que estemos reunidos aquí? ¿Se sienten más seguros en mi casa que en la de cada uno de ustedes?

Los tres hombres cruzaron una mirada entre sí. Fácilmente se adivinaba que era el miedo el que les impulsaba a buscar en el grupo cierta sensación de seguridad que no podían sentir estando solos. El discurso de apertura del Senado con aquella clara alusión a “los responsables de los últimos desastres”, había puesto nerviosos a todos.

De nuevo el Almirante Valenciano aludió al plan que él y Azpeitia habrían preparado para apoderarse de un transporte sideral. Estos transportes gigantescos, también llamados “discos volantes”, eran las únicas cosmonaves que por su porte y medios estaban capacitadas para realizar largos vuelos espaciales de incluso centenares de años.

El proyecto de Valenciano y Azpeitia, hijo de la improvisación y el miedo, no tenía las menores probabilidades de llegar a realizarse con éxito. Aznar se lo hizo notar:

—No es posible asaltar un transporte sin lucha y sin víctimas. La vida de cualquiera de nosotros no es más valiosa que la de los hombres que guardan los transportes, a los cuales tendríamos que reducir por la fuerza. Personalmente considero poco ético tener que matar a alguien por la salvación de mis pecados. Pero piensen además que no podrían llevar a sus familias. Toda mi familia se reduce a un hermano y un sobrino. Pero ustedes tienen esposa e hijos, y algunos incluso nietos. ¿Qué valor tendría su libertad, separados para siempre de sus seres queridos? ¡Y ni siquiera sabemos lo que íbamos a encontrar en la Tierra! Tal vez aquella civilización haya corrido la misma suerte que la colonia que dejamos en Atolón hace un millón de años. ¡Tal vez ni siquiera exista ya la Tierra!

La proposición de Azpeitia y Valenciano fue desestimada también por el Almirante Morgan, que se encontraba en el caso de tener muchos hijos y gran número de nietecitos.

—La vida de un hombre está indisolublemente atada a su lugar de nacimiento, a su familia y a la sociedad de la que forma parte —dijo Morgan—. Prefiero que me maten en este planetillo, a verme soto y triste en otro lugar desconocido.

Azpeitia apuró el vino de su copa y se puso en pie.

—Si me prestas tu metralleta saldré a vigilar afuera —le dijo a Miguel Ángel.

—Yo vigilaré, conozco mi jardín mucho mejor que tú —respondió Aznar.

Entró en el dormitorio, se encaramó a una silla y alcanzó de los altillos de un armario un bulto envuelto en una vieja camisa. Era una “metralleta” de tipo convencional; es decir, construida de “diamantina”, sin piezas metálicas, preparada para disparar cartuchos de pólvora.

Miguel Ángel Aznar introdujo un largo cargador en el arma y salió cruzando el comedor en dirección a la puerta de la calle.

Eran algo más de las ocho y media. La lámpara solar de “Valera”, suspendida en el centro de su espacio hueco, donde se neutralizaban las fuerzas gravitatorias, volvía a brillar, ahora esparciendo un suave y frío resplandor plateado semejante al de la Luna.

La casa de Aznar se encontraba casi en la cima de una altura, la cual se extendía en forma de caballón veinte kilómetros hasta el centro de la ciudad. A corta distancia se veía entre la arboleda las luces de otras casas de una sola planta del tipo de “chalet”, todas rodeadas de valla y jardín.

Mientras Miguel Ángel daba la vuelta a la casa vio las luces y rojas y verdes de un aerobote que se inmovilizaba a un centenar de metros de altura, como orientándose. El número y las letras que identificaban la casa y la urbanización estaban sobre el techo en grandes caracteres de pintura fluorescente, no visibles desde donde estaba Aznar. Éste vio otros dos aerobotes que se acercaban a mayor altura e iban a inmovilizarse sobre el primer aparato.

“Me parece que voy a tener muchas visitas esta noche” —se dijo Aznar para sus adentros.

El primer aerobote empezó a descender verticalmente sobre el jardín, moviéndose ligeramente hacia un lado para aterrizar sobre el cuidado césped, tan cerca del arriate que hizo temer a Aznar por sus clavelineras. Apenas la plana quilla de la aeronave se había posado en el césped, cuando se abrió la portezuela lateral correspondiente al piloto. Pero la del lado opuesto se abrió también, y el que salió fue a caer inevitablemente de pies sobre las clavelinas.

“¡Vaya con el patazas, hombre!” —se dijo Aznar.

Iba a abandonar el sendero que daba vuelta a la casa y acercarse al aerobote, cuando de pronto cayó sobre el jardín la potente luz de un foco. Los dos hombres que acababan de llegar levantaron la cabeza hacia el cielo. Aznar tuvo un presentimiento.

—¡Corran, no se queden parados ahí! —les gritó.

Los dos visitantes tardaron un segundo en reaccionar. En el mismo momento que empezaban a moverse cruzaron el espacio de arriba abajo, una lluvia mortal de delgados y brillantes rayos, más brillantes que la luz del foco que alumbraba la escena. Eran disparos de “luz sólida”. Éstos, al rasgar el aire hacían un ruido seco, parecido a trallazos...

Había por lo menos dos armas de “luz sólida” disparando al mismo tiempo. Los dos hombres corrieron entre la lluvia de dardos, pero no llegaron muy lejos. El primero de ellos cayó a dos metros del aerobote. El otro había cruzado el césped y estaba a punto de alcanzar el sendero que iba de la casa al hangar, cuando cayó atravesado por los disparos.

Aznar miró al cielo. El proyector del aerobote inmovilizado sobre el jardín le deslumbró. Aunque no veía nada más lejos de la luz del proyector, levantó el cañón de la “metralleta” y disparó a ciegas. El rosario de estampidos de la pólvora se confundió con los secos trallazos de las armas de “luz sólida” que ahora se dirigían contra la casa.

Mientras disparaba, un bulto bajó de las alturas, pasó ante la luz y fue a caer entre los chopos, más allá de donde había quedado estacionado el aerobote sobre el césped. Aznar siguió disparando y con las últimas balas del cargador apagó el proyector.

Al apagarse el foco le pareció que apenas brillaba la luna artificial de “Valera”. En la casi completa oscuridad vio de nuevo los delgados y brillantes rayos de luz que ahora se dirigían contra la casa.

La “luz sólida” tenía tal poder de penetración que atravesaba fácilmente el tejado y las paredes de ladrillo de la casa, llegando hasta su interior. Aznar comprendió que de continuar donde estaba acabarían por alcanzarle. Echó a correr alejándose de la casa hasta la línea de chopos que marcaba el límite de su jardín del de la casa del vecino.

Los dardos luminosos caían ligeramente inclinados sobre el techo y las paredes de la casa, hacían saltar las tejas, los cristales de las ventanas y abrían desconchados en los muros. Aznar se acordó de los que estaban dentro de la casa.

“Es un asesinato” —se dijo. Y todavía añadió—: “No hay derecho a lo que están haciendo”.

Entonces se acordó del bulto que había visto caer mientras estaba disparando contra el aerobote atacante. Le había parecido un hombre, y sintió una salvaje satisfacción en pensar que al menos uno de los asesinos no celebraría su victoria. Se dijo que probablemente el hombre al que alcanzaron sus balas estaría disparando, asomando por la portezuela del aerobote. De ser así cabía la posibilidad de que llevara consigo su arma de “luz sólida”.

Los dos aerobotes estaban disparando sobre la casa cuando Aznar se introdujo entre los árboles. Apenas había avanzado unos pasos cuando tropezó y estuvo a punto de caer. Se inclinó y palpó en la oscuridad. Era un cuerpo humano. Buscó alrededor tanteando con el pie hasta tocar algo duro. Lo levantó y comprobó que era un fusil de “luz sólida”.

—Muy bien, muchachos, espero que esto funcione —dijo en voz alta.

Salió de la arboleda y miró a lo alto. Allí estaban los malditos aerobotes lanzando una lluvia de dardos contra la casa. En este momento se abrió la puerta de la cocina y alguien salió corriendo a través del césped en dirección a la chopera más a la izquierda de donde se encontraba Aznar.

Empuñando resueltamente el fusil, Aznar apuntó a uno de los aerobotes y tiró del disparador. Los disparos de “luz sólida” solían salir del arma con intermitencias de 60 descargas por segundo. Para el ojo humano era a modo de un chorro continuo de luz, delgado, del grosor de un lápiz. Este rayo tan delgado tenía sin embargo un poder de penetración enorme.

Aznar vio ese delgado rayo salir de su arma y proyectarse en el aire hasta alcanzar al aerobote. Atravesado de abajo arriba, el aerobote apagó sus luces de situación. A continuación se desplomó pesadamente, yendo a estrellarse con estruendo en el jardín que quedaba atrás de la casa de Miguel Ángel.

El segundo aerobote se puso en movimiento alejándose

rápidamente. Los árboles lo ocultaron antes de que Aznar pudiera disparar contra él.

CAPÍTULO II

Las consecuencias del atentado fueron fatales para los amigos de Aznar. El Almirante Pencia y sus compañeros, el General Ontegás resultaron muertos en el jardín. Dentro de la casa Morgan fue muerto también. Valenciano quedó herido y solamente Azpeitia pudo escapar ileso.

Un aerobote de la Policía Republicana aterrizó en el jardín del Almirante Aznar inmediatamente después del ataque. Valenciano fue evacuado en una aero-ambulancia y Miguel Ángel y Azpeitia fueron invitados a ir a la Comisaría para prestar declaración.

Después de prestar declaración en la Comisaría del Distrito, después de medianoche comparecían ante un joven juez de la tanda de los recientemente nombrados.

Pese a la campaña de descrédito contra la clase militar y las duras críticas contra la actuación del antiguo Almirante Mayor, padre de Miguel Ángel Aznar, auspiciadas desde las tribunas de los oradores y las cadenas de televisión de “Valera”, la personalidad de los Aznar todavía conservaba buena parte de su peso específico.

El juez escuchó amablemente las quejas de Aznar, y luego informó a éste de que tenía en su poder una orden de arresto, firmada por el Fiscal General de la II República. Los dos almirantes pasaron la noche en la Comisaría y a la mañana siguiente fueron trasladados al Penal Militar de Ferraz.

En Ferraz iban a encontrarse con viejos conocidos.

Al parecer la Policía Republicana estaba realizando una redada general y las aeronaves celulares iban y venían continuamente entre la ciudad y el Penal con nuevos contingentes de detenidos. El criterio seguido parecía basarse pura y simplemente en el orden establecido en las listas del escalafón de la Armada y el Ejército.

En la primera tanda habían sido arrestados MacLane, Miguel Ángel Aznar y todos los que fueron miembros del Estado Mayor

General, y a éstos siguieron los almirantes y generales de mayor prestigio, que eran lógicamente los que tuvieron mando sobre las flotas siderales y las divisiones y cuerpos de ejército en la última campaña.

En Ferraz se encontraron juntos, además de MacLane y Aznar, los generales Baronet, Ortega, Coronado, Ovando y Royo. Y los almirantes Azpeitia, Valenciano, Buitrago, Sandoro y Ferrándiz entre otros. Los arrestos no se detuvieron aquí, y en los días siguientes fueron encarcelados también vicealmirantes, generales de brigada, contralmirantes, coroneles y comandantes.

Por debajo del grado de comandante los cuadros de mandos estaban en su mayor parte formados por los llamados “oficiales de complemento”. Éstos procedían de los contingentes del Servicio Obligatorio de Trabajo y eran formados a través de las máquinas “psi” por el sistema de enseñanza de “inducción directa”.

Los cuadros del Ejército y la Armada eran muy numerosos (más de cien almirantes, aproximadamente igual número de generales y más de trescientos vicealmirantes y contralmirantes) y el Penal de Ferraz no tenía capacidad para todos.

La falta de información (no se permitía a los detenidos la tenencia de aparatos de televisión ni receptores de radio) hizo pensar en principio que todos los presos eran los que se encontraban en Ferraz. Sin embargo, noticias infiltradas a través de la administración y el propio cuerpo de guardia del Penal, dieron a entender que había centenares de detenidos repartidos por otros muchos lugares del planetillo, especialmente en las bases y antiguos acuartelamientos de la Armada y el Ejército.

La noticia más deprimente, a juicio de Miguel Ángel Aznar fue saber que existían otros campos de concentración llenos de gente civil. La represión al parecer no había alcanzado solamente a los miembros de las Fuerzas Armadas, sino que se extendía también a todos aquellos que de forma directa o indirecta habían colaborado con el régimen militar.

La palabra “colaboracionista” estaba de plena actualidad en “Valera” y se aplicaba indiscriminadamente como el más grave insulto, incluso a personas que nada tenían que ver ni con la última guerra, ni con el viaje del autoplaneta a través del hiperespacio, que fue la causa de que se demorara hasta un millón de años el regreso

a Atolón.

Los “colaboracionistas” eran, en general, todos aquellos hombres y mujeres que durante el mandato del Almirante Aznar y el Almirante MacLane desempeñaron un cargo de responsabilidad al frente de la Administración y los Servicios, y comprendía desde los alcaldes de todas las ciudades a los magistrados e intendentes, a los jefes de los servicios de los hospitales, los técnicos, ingenieros y especialistas de los servicios de transportes y comunicaciones, físicos nucleares, miembros de los centros de investigación científica y directores de la industria.

Los cargos que se hacían contra estos dignísimos profesionales cubrían todas las marcas del absurdo. La más grave acusación se basaba en el hecho de “no haber opuesto resistencia al régimen dictatorial”.

El Gobierno de la II República parecía haber perdido la chaveta, convirtiendo la “busca de responsabilidades” en una disparatada caza de brujas. La razón era que, siendo los miembros del nuevo Senado de extracción popular, estaban sometidos a las presiones de la calle, viéndose obligados a su vez a ejercer presión sobre el Gobierno. En esta loca danza, las minorías más extremistas eran las que, armando más alboroto, daban la falsa impresión de representar la opinión del pueblo.

Después de haber perdido año y medio en las proximidades de Atolón, los valeranos parecían sentir repentina prisa por alejarse de aquellos lugares y dirigirse a la Tierra. El asunto de las “responsabilidades” tenía que resolverse antes de la marcha y el Gobierno activó los preparativos formando varios tribunales que actuarían simultáneamente en distintos lugares del planetillo.

Mientras tanto, en Ferraz, Miguel Ángel Aznar seguía incomunicado, encerrado en una celda apartada de la de sus compañeros. Su vecino más cercano era el Almirante MacLane, pero había pocas cosas en común entre ambos y Aznar ni siquiera intentó hablar con él. Miguel Ángel empezaba a sentir el peso de su aislamiento cuando, al cabo de dos semanas, recibió la visita de su hermano.

Ciertamente, ésta no fue una visita autorizada por el alcaide del Presidio. La luz de la celda había sido apagada poco después de las ocho y Miguel Ángel dejaba errar su imaginación saltando de una

idea a otra mientras esperaba el sueño.

No había oscuridad completa, porque del extremo más distante del corredor llegaba el leve resplandor de una luz. Aznar tenía los ojos abiertos cuando vio en el rincón de su celda una difusa mancha pálida que rápidamente adquirió consistencia y blancura, hasta convertirse en una figura alta.

—¡Fidel! —exclamó Miguel Ángel roncamente mientras se incorporaba.

—¡Chist, baja la voz!

Era Fidel Aznar que vestía el uniforme blanco de diario de la Armada. Fidel, es decir, Adler Ban Aldrik, había ascendido recientemente a Contralmirante del Cuerpo Médico de la Armada y era jefe del Hospital General. Al contrario que la mayoría de los jefes de la Armada y el Ejército, el doctor Aznar había sido confirmado en su cargo por el gobierno provisional, en atención a sus indiscutibles méritos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Miguel Ángel en un susurro, agregando—: Sí, ya conozco el truco. Te desmaterializas para pasar a través de los muros y te materializas de nuevo al otro lado. Lo que quiero decir...

—No he llegado desde Nuevo Madrid dando saltos, en eso aciertas —dijo Adler Ban Aldrik dejando oír el suave cascabeleo de una risa contenida—. Vine en un aerobote celular, igual que todos los demás.

—¿Quieres decir que te han arrestado a ti también? ¡Pero si tú nunca participaste en la guerra! No sólo no participaste, sino que siempre te opusiste a ella, incluso cuando teníamos que expulsar a los Sadritas de la Tierra —protestó Miguel Ángel.

—Eso no importa. Soy un Aznar, pertenezco a la familia.

—¿Pero es que esta gente se ha vuelto loca? ¿Hasta dónde se proponen llegar?

—La purga parece que va a ser completa y profunda. Hay millares de detenidos en las cárceles y los campos de concentración. Corren rumores de que van a condenarnos al exilio en Atolón.

—¿Exiliarnos en Atolón? ¡Vaya, es lo que me faltaba por saber!

—En cierto modo es justo —apuntó el “bundo”—. Vosotros queríais reconquistar Atolón, arrastrando en la empresa a millones de valeranos que no querían volver allí. Pues bien, parece que van a

daros la oportunidad de realizar vuestro proyecto. Os desembarcarán en Atolón y podréis dedicaros a conquistar, colonizar y repoblar el circumplaneta.

—¿Te estás burlando de mí? —protestó el Almirante.

—No es broma, hermano. La condena que van a aplicaros consiste en desterraros en Atolón. Se os darán máquinas y medios para asegurar vuestra supervivencia... dentro de lo que cabe. Por supuesto, no habrá grandes cosmonaves con las cuales podáis escapar antes de un tiempo razonable. Es decir: para escapar de Atolón tendréis que construirs vuestras propias cosmonaves, y eso puede llevaros años.

—¿Por qué hablas en segunda persona? ¿Esperas acaso que te permitan quedarte en “Valera” mientras todos los demás somos deportados al circumplaneta?

—Mi caso es distinto. A mí no me importa que me lleven al circumplaneta. Nací allí y aquél es mi mundo.

—¡Toma, también yo nací en Atolón! Pero de eso a que me guste quedarme allí, rodeado de Ghuros y de Mantis, sin la menor posibilidad de sobrevivir...

—Siempre habrá alguna probabilidad de sobrevivir.

—¡No bromees! ¿Qué probabilidades vamos a tener de sobrevivir cinco o seis mil hombres frente a millones de Ghuros?

—No seréis solamente cinco o seis mil. Los colaboracionistas van a seguir la misma suerte que los militares. Y con ellos sus familias: hijos, hermanos y sobrinos. Todos los militares y los profesionales tal vez no pasen de cincuenta mil pero si sumamos vuestras familias quizá alcancen el medio millón. La segunda República no quiere correr riesgos. Si ese medio millón permaneciera en “Valera”, en la siguiente generación serían tres millones... demasiada gente resabiada para recordar un episodio tan vergonzoso.

¿De modo que la purga alcanzaba también a las familias de los “depurados”? Miguel Ángel Aznar quedó anonadado.

—Esa gente debe haberse vuelto loca —murmuró.

—El problema de los valeranos consiste en que, viajando continuamente de un lado a otro, permanecéis anclados en el pasado. Mientras vais recogiendo los progresos tecnológicos de otras civilizaciones más adelantadas, vuestra mentalidad apenas avanza en el tiempo. Ahora se habla de regresar a la Tierra. ¿Para

qué? La sociedad que allí se desarrolló vivirá en un tiempo adelantado un millón de años respecto al vuestro. Los valeranos serán tan extraños entre los terrícolas de hoy como lo sería el hombre de Neandertal si regresara del pasado para vivir entre nosotros —dijo el “bundo”.

Miguel Ángel Aznar levantó los hombros.

—Ese no será nuestro problema. No regresamos a la Tierra sino que vamos a quedarnos en Atolón —suspiró—. En justicia no tenemos derecho a quejarnos. Eso era lo que queríamos, conquistar el circumplaneta y habitarlo de nuevo. ¡Vaya broma!

—Fidel también ha sido arrestado —dijo el “bundo”—. Pero no está aquí, sino en Buitrera. Ahora debo regresar a mi celda antes que me echen en falta. Estoy dos pisos más arriba.

—Te agradezco que hayas venido... aunque fueras portador de tan malas noticias —dijo el Almirante.

—Volveré pasado mañana.

Poco después el doctor Aznar se desvanecía en el aire regresando a su celda. Probablemente “saltaría” al piso inmediato superior, materializándose allí para volverse a desmaterializar y dar otro “salto” hasta el segundo piso. Miguel Ángel jamás pudo saber cómo lo hacía. En muchos aspectos este hermano era tan extraño para él como un desconocido. Fidel era un pozo de misterios. Muchos de sus secretos aprendidos de los sabios “bundos” bartpuranos en su juventud, no le estaba permitido revelarlos.

La incomunicación con el resto de los presos resultó menos penosa para Miguel Ángel Aznar gracias a las repetidas visitas nocturnas de su hermano. Al contrario que Miguel Ángel, el “bundo” estaba encantado de ser exilado en Atolón.

—Pensaba quedarme de todos modos, aunque no para siempre.

—¿Para qué demonios ibas a quedarte en Atolón? —preguntó Miguel Ángel.

—No sabemos nada de lo que ocurrió aquí en ese millón de años que estuvimos ausentes. Quería realizar algunos trabajos de prospección en busca de ruinas, objetos, tal vez máquinas utilizadas por esa civilización que no llegamos a conocer. Y de paso, encontrarme a mí mismo en el Pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando abandoné Bartpur para seguiros a Yawna, a mi padre

y a ti a la Tierra, antes de marchar dejé en el monasterio Bundo una cinta perforada de oro con la fórmula de mis componentes físicos. Durante los viajes de “Valera” permanecí desmaterializado por lo menos cuatro veces, que yo sepa. Esto ocurrió mientras viajábamos de Atolón a la Tierra, luego de la Tierra a Uhlan a través del hiperespacio, de Uhlan a Aqua, en el anti-universo, y de Aqua a Atolón de nuevo cruzando el hiperespacio. Si durante cualquier de esos lapsos de tiempo hubiera funcionado la Karendón, utilizando la cinta perforada que yo había depositado aquí, mi alma, que en este tiempo se encontraba en la Dimensión Temporal, habría acudido a animar mi cuerpo materializado en Atolón. Si eso ocurrió, yo debí vivir en Atolón otra vida. Tal vez fui testigo excepcional de muchas cosas que ocurrieron en el circumplaneta. Tal vez regresé más de una vez, adquiriendo en cada viaje conocimientos y experiencias que nos serían muy valiosos para reconstruir la historia de aquella civilización desaparecida. ¡Si pudiera recuperar mi cinta perforada reencarnaría en el hombre que yo era hace medio millón de años y relataría cosas sorprendentes!

Miguel Ángel contempló a su hermano con admiración.

—Eres un tipo increíble —murmuró—. En la Edad Media te hubieran quemado en la hoguera por brujo.

—El “bundo” se rió con aquella forma típica suya, parecida al ronroneo de un gato.

Esa misma noche el “bundo” tuvo problemas al regresar a su celda. Al parecer fue visto por uno de los guardias cuando acababa de materializarse en el corredor superior. En el silencio de las galerías sonaron tiros, voces, carreras y ruido de rejas que se abrían y cerraban.

Todo este estrépito llegaba amortiguado hasta la celda de Miguel Ángel Aznar, quien adivinó lo ocurrido y se sintió preocupado por la suerte de su hermano. Pero por lo que supo después, Fidel tuvo tiempo de desmaterializarse antes que le alcanzaran las balas y pudo llegar salvo a su celda.

La cosa no paró aquí. Descubierta la identidad del duende y conocidas sus andanzas nocturnas, el alcaide le envió a una celda de castigo cargado de cadenas y con dieta exclusiva de pan y agua. Poca cosa para un tipo como el “bundo”, capaz no sólo de librarse de los grilletes, sino de esfumarse en el aire y pasar a través de los

muros y las puertas blindadas como un fantasma.

Ni siquiera la dieta a pan y agua afectaba a este hombre extraordinario, que podía entrar en estado cataléptico a voluntad, reducir el número de inhalaciones, los latidos del corazón y las demás funciones vitales, para permanecer durante meses en un estado parecido al de hibernación, imitando a ciertas especies animales terrícolas que también poseían esta facultad.

Otras de las peculiaridades del doctor Aznar era que, siendo un hombre de conducta intachable, fiel observador de las normas morales de la civilización bartpur en las que había sido educado, sentía cierto desdén hacia las leyes y costumbres de los terrícolas, respecto de las que no se sentía obligado.

Con arreglo a su moral, el “bundo” no admitía que fuera delictivo visitar a su hermano. ¿Por qué, si no hacía daño a nadie?

Obrando según su particular punto de vista, Adler Ban Aldrik tampoco vio nada delictivo en ausentarse de Ferraz sin permiso del alcaide. Una mañana, cuando fueron a llevarle su diaria ración de pan y agua, descubrieron que se había evadido. El alcalde dio cuenta a la Policía, se dio la alarma general, y como si se tratara de un peligroso criminal se movilizaron todas las fuerzas para dar con el fugitivo.

A la mañana siguiente el doctor Aznar aparecía de nuevo en su celda, tranquilo como si nada hubiese ocurrido. Nadie le vio entrar y salir, aunque sí se echó de menos un aerobote que reapareció al mismo tiempo que el fugitivo. ¿Dónde había estado el doctor Aznar?

Una de las cualidades de un monje “bundo” era el no mentir jamás, interrogado por sus sorprendidos carceleros dijo que había ido hasta Buitrera para visitar a su hijo, el Capitán Fidel Aznar. Así de sencillo. El alcaide montó en cólera y dijo que iba a castigarle. ¿Pero cómo se podía castigar a un preso que ya estaba en una celda de castigo, cargado de cadenas y a pan y agua?

El “bundo” fue la desesperación del alcaide y los carceleros hasta el día que se vieron libres de él. Esto ocurrió cuando tuvo que comparecer ante el tribunal que había de juzgarle.

El proceso contra militares y colaboracionistas comenzó por los ex miembros del Estado Mayor General, entre los que se encontraba Miguel Ángel Aznar. Las acusaciones revistieron la originalidad de

dirigirse contra grupos representativos en lugar de individualmente.

El polémico viaje de “Valera” al hiperespacio, en lugar de regresar al circumplaneta una vez conquistada la Tierra, fue una de las tres acusaciones más graves formuladas a instancias y en representación del pueblo.

De aquel viaje decidido unilateralmente por el Almirante Mayor, con el consejo de la clase científica y el consenso del Estado Mayor, se derivaron daños irreparables. El autoplaneta invirtió en el viaje mucho más tiempo del calculado, y el resultado fue que cuando finalmente regresó a Atolón, aquí había transcurrido un millón de años. Los valeranos, cuya opinión jamás fue escuchada, perdieron de este modo la oportunidad de integrarse en la civilización atolonita.

Otras acusaciones graves eran la resistencia de la clase militar a la instauración de un gobierno democrático; la aventura de la guerra de Atolón, contraria a la opinión pública; la persecución de los grupos de la oposición; la represión salvaje de la Policía Militar, que culminó en la masacre de la Plaza de España, y los sucesos últimos de “Valera”, donde los robots izrailitas causaron más de cien mil víctimas.

La defensa se limitó a pedir clemencia para los acusados.

Reunido el tribunal, emitió un veredicto de culpabilidad. Los reos, a la espera de conocer la sentencia, fueron trasladados a bordo de un transporte sideral situado en una órbita de satélite exterior al planetillo.

El transporte sideral “Isla de Borneo” era una cosmonave en forma de disco, de doce kilómetros de diámetro y un kilómetro de grosor. La suma de sus múltiples pisos representaba una superficie mayor que la de Nuevo Madrid, y estaba habilitado para acomodar confortablemente una población de hasta un millón de habitantes.

En esta nueva cárcel, Miguel Ángel Aznar pudo por fin reunirse con sus colegas del Estado Mayor.

La misma tarde que llegaron al “Isla de Borneo”, los miembros del antiguo Estado Mayor fueron conducidos a la inmensa ciudad-concha de la cosmonave, donde el grupo quedó en libertad de escoger cualquiera de entre los miles de apartamentos perfectamente equipados.

Al quedar solos en la desierta y silenciosa Plaza Mayor, los

hombres se miraron unos a otros con expresión desolada. Bruscamente, volviéndose hacia Aznar, el General Pitarch dijo:

—Ya ve en qué situación nos encontramos, gracias a usted.

Pillado de sorpresa, Aznar protestó:

—¿Por qué dice gracias a mí?

—Teníamos en nuestras manos el poder, y usted hizo cesión gratuita de él.

—¿De qué poder habla usted? —replicó Miguel Ángel—. Me parece que olvida que en el momento que yo accedí al puesto de Almirante Mayor se había detenido nuestra ofensiva, los soldados izrailitas desertaban en masa y teníamos en la retaguardia un pueblo armado alzado en rebeldía.

—Pero teníamos la Armada Sideral para aplastar a los rebeldes.

—Si usted y alguno más querían una guerra civil en Valera, no debieron llamarme para sustituir a MacLane.

—¡Ojalá hubiésemos continuado con MacLane! Él se habría dejado matar antes que hacer cesión del poder a la masa.

El General Baronet medió a favor de Aznar, lo cual provocó la reacción de otros generales, mostrándose muy divididas las opiniones. Carles quiso justificar la dureza en la crítica de Pitarch diciendo:

—Usted ha estado incomunicado todo este tiempo y quizá no lo sepa. Se habla de que la condena que van a imponernos consiste en deportarnos a Atolón. No sólo nos condenan a nosotros sino también a nuestras familias: mujeres, hijos, padres y nietos.

—Bueno, eso quiere decir que vamos a ser muchos —contestó Miguel Ángel—. Siempre quisimos regresar a Atolón. ¿O es que cuando hablábamos de colonizar el circumplaneta lo hacíamos para animar a otros a luchar y sufrir por nosotros? Tenemos que ser consecuentes con nuestras palabras. Después de todo lo que hemos hablado sobre la necesidad de repoblar el circumplaneta, deberíamos considerar esto, no como un castigo, sino a título de una oportunidad de demostrar nuestro valor y nuestra entereza.

—¡Váyase al infierno, usted y el circumplaneta! —respondió Pitarch volviéndole la espalda.

CAPÍTULO III

El día de su liberación, aunque los presos salían de la ciudad, algunos accesos habían sido bloqueados y estaban celosamente guardados por miembros de la Policía Republicana.

Las emisiones de la televisión nacional llegaban hasta la cosmonave y eran seguidas con interés por los prisioneros en sus confortables apartamentos.

En todo el planetillo el proceso contra los militares continuaba a buen ritmo. Prácticamente, con haber asistido a uno de los procesos, podía decirse que se habían visto y escuchado todos, pues uno con otros se parecían como gotas de agua. Las mismas acusaciones, repetidas una y otra vez con el mismo acento, el mismo ceño hostil en los jueces e idéntica actitud en el pueblo que acudía a llenar las salas e insultaba a los reos a la entrada y la salida de la audiencia.

Tal era la atmósfera de odio creada alrededor de los militares, que los jueces no habrían podido alterar su veredicto aunque se lo hubiesen propuesto. Pero esto nunca ocurrió. Los jueces, todos de reciente nombramiento, estaban bien instruidos y su único cometido consistía en dar al pueblo lo que el pueblo quería.

Dos días después de Miguel Ángel Aznar llegó a la nave prisión su hermano Fidel. El “bundo” supo encontrar sin necesidad de guía el apartamento del Almirante, algo retirado de la Plaza Mayor, donde se habían instalado los altos jefes de la Armada y el Ejército llegados hasta entonces.

Para un hombre como el doctor Aznar, capaz de penetrar el pensamiento de cualquiera, lo que pasaba en el alma de su hermano era como un libro abierto.

—Estás dolido porque te han hecho el vacío, ¿eh? —insinuó.

—¿Crees que es justo lo que hacen conmigo? —se quejó el

almirante.

—¡Podredumbre humana! ¿Por qué te preocupas? ¿Hay algo que te recrimina tu conciencia?

—¡Por supuesto que no!

—Eso es lo único que importa.

Así era de lacónico el doctor Aznar. En verdad, tenerle como compañero era poco menos que estar solo en casa. Rara vez hablaba si no se le preguntaba. Y pocas eran las ocasiones de trabar conversación con él, pues pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación.

¿Qué hacía el “bundo” durante horas a solas en su cuarto?

Para un espía que le vigilara a través del ojo de la cerradura, la respuesta no ofrecería dudas. Contestaría rápidamente “¡nada!”. Miguel diría “piensa”. Pero si le preguntaran en qué pensaba su hermano se habría visto en apuros. Evidentemente, el “bundo” desarrollaba una actividad mental incansable. Pero lo que bullía en el interior de aquella gran cabeza era un misterio.

Al final de la semana el joven Fidel Aznar vino a reunirse con su padre y su tío.

Alto, de un metro ochenta de estatura, rubio y de ojos azules, Fidel Aznar era un guapo mocetón de veintidós años. Con Fidel en casa, los días cobraron un nuevo aire para Miguel Ángel. Charlaban, discutían, paseaban y seguían los programas de la televisión. Aunque también era un paragnóstico, el joven Fidel era muy distinto de su padre. Fidel había sido educado en el ambiente y la cultura terrícola; era un terrícola, y pensaba, reaccionaba y actuaba como tal.

Vista la causa contra la clase militar, los tribunales continuaron con la clase profesional a la búsqueda de responsabilidades.

En la sociedad valerana, donde no existía el estímulo de la riqueza, era necesario buscar otras motivaciones generadoras de esfuerzos. El Estado no pagaba a sus técnicos e investigadores, sencillamente porque no había nada que el valerano pudiera comprar con dinero. La industria nacional cubría las necesidades materiales generosamente. Respecto a las necesidades de tipo espiritual, era cosa de cada individuo hallar un modo de llenarlas y enriquecerlas.

Para la inmensa mayoría de los valeranos todas sus obligaciones

con el Estado se reducían a permanecer dos años en el Servicio Obligatorio de Trabajo. Durante este tiempo al valerano, fuera hombre o mujer, podía tocarle en suerte servir en el Ejército o la Armada, trabajar en una fábrica, formar parte de un equipo de entretenimiento o vigilar los controles de un reactor nuclear. Una vez licenciado podía dedicarse a la práctica de las artes, a escribir un libro, o simplemente a no hacer nada durante el resto de su larga vida.

Teniendo en cuenta que incluso la enseñanza se impartía por medio de máquinas, poco era el esfuerzo que el ciudadano tenía que hacer para ganarse el derecho a vivir de renta.

Evidentemente, si todos los valeranos se hubieran limitado a cumplir estrictamente con dos años de trabajo, poco habría prosperado esta sociedad. La Medicina, la investigación y las exploraciones en el campo de la Física, la Electrónica y la Astronomía, por citar algunos casos, no habría podido progresar a falta de continuidad en el esfuerzo.

Si la cultura no se había estacionado era gracias a la existencia de dos fuerzas motoras generadoras de energía; la innata curiosidad del hombre, y el deseo de sobresalir de la sociedad masificada. La masificación, en la que todos los valeranos quedaban igualados en bienes materiales y culturales, era el mal crónico de la Era actual. Los valeranos luchaban por escapar de aquella trampa, y pugnaban por ser “alguien”, por poseer “algo” suyo, propio y que les distinguiera de los demás.

Mientras unos alcanzaban la fama pintando cuadros, escribiendo una novela o modelando esculturas, otros llegaban a la cumbre por sus trabajos de investigación, sus descubrimientos o sus inventos.

La gran masa, por lo general, no apreciaba en su justo valor el mérito de estos intelectuales, a quienes acusaban de vanidosos. Pocas veces se tenía en cuenta el esfuerzo, la tenacidad, los largos años de estudio y de fracasos de estos hombres y mujeres hasta que alguno alcanzaba el éxito y la celebridad.

Ciertamente, estos profesionales solían caer en el vicio del orgullo. Eran vanidosos, excéntricos y ególatras, y presumían de su superioridad hasta hacerse antipáticos. Poca gente comprendía que la vanidad de estos profesionales era el precio que la sociedad tenía que pagar por sus servicios. Nadie había hecho tanto por el

bienestar, la salud y la prosperidad de la sociedad valerana como estas minorías elitistas. Pero tenían que estar recordándolo con frecuencia para que se les tuviera en cuenta.

Los cargos formulados contra los profesionales eran injustos y absurdos: “no haberse opuesto al régimen militar”, “colaborar y alentar la dictadura oligárquica” y “haber aconsejado y apoyado el viaje de Valera al hiperespacio, poniendo en peligro el autoplaneta y retrasando el regreso a Atolón”.

Como ya había ocurrido con los militares, las acusaciones no iban contra una persona determinada, sino contra una clase. Mediante este sistema sin precedentes de aplicar la justicia, se hacía pagar a justos por pecadores. Algo absurdo.

Se sentaba a un centenar de hombres y mujeres, generalmente sin otra cosa en común que la profesión, se leían sus nombres y el fiscal enumeraba los cargos. Un abogado hacía una pantomima de defensa, el tribunal se retiraba a deliberar y regresaba al cabo de un rato, después de tomar un zumo de frutas, para anunciar su veredicto. Este veredicto era siempre de culpabilidad. Se leía de nuevo la lista de los culpables y se les enviaba al “Isla de Borneo”.

El proceso, seguido con interés los primeros días, se repetía con tanta monotonía que acabó provocando el tedio general. La televisión abandonó las sesiones para ocuparse de otros temas de actualidad, y ni siquiera entre los presos producía inquietud el asunto, pues ya se sabía de antemano en qué iba a parar.

Todavía los tribunales no se habían pronunciado, y ya era del dominio público que los reos iban a ser deportados a Atolón.

Como para confirmar los rumores en este sentido, se supo que el “Isla de Borneo” estaba tomando a bordo gran cantidad de equipo, especialmente materiales y maquinaria, la mayor parte de esta última reducida por el conocido procedimiento de comprimir los espacios vacíos de la materia.

En dos meses los tribunales valeranos procesaron alrededor de sesenta mil intelectuales y profesionales, que vinieron a reunirse por etapas a los militares procesados anteriormente. Finalmente se procedió a juzgar al Almirante MacLane, acto que revistió especial solemnidad y atrajo de nuevo a la Corte a la Televisión.

Los cargos que se pronunciaron contra MacLane eran probablemente los más graves que jamás se escucharon en “Valera”

contra un ex Almirante Mayor y Comandante Jefe de las Fuerzas Armadas. La palabra “genocidio” sonó repetidas veces en el curso de la prolongada sesión, provocando las iras de un público apasionado.

De hecho, la comparecencia de MacLane en último lugar fue una maniobra hábilmente buscada para refrescar la memoria del pueblo y despabilar a la conciencia, un tanto adormilada después del aburrimiento de los procesos anteriores, presentando al Almirante como figura representativa de una clase. Se alcanzó el efecto psicológico que se buscaba, y MacLane fue declarado culpable con gran satisfacción de los valeranos. A continuación se hizo pública la sentencia contra los militares y la clase profesional e intelectual. Todos condenados al exilio en Atolón.

Se autorizaba a las familias y simpatizantes que lo desearan a unirse a los deportados.

Al día siguiente de promulgada la ley empezaron a llegar al “Isla de Borneo” las familias de los deportados.

Respecto de la libertad de opción a escoger entre el exilio voluntario y la continuidad en “Valera”, se denunciaron casos que ponían en entredicho la legalidad de los métodos empleados por el Gobierno. De hecho, la supuesta “autorización” era una “invitación” a las familias de los deportados para que abandonaran el autoplaneta. Había muchos que, amparados en el sentido de voluntariedad de la ley, preferían permanecer en “Valera” y seguir la suerte del planetillo dondequiera que éste fuera en el futuro. Éstos eran visitados por la Policía y “aconsejados” para que unieran su suerte a la de sus parientes deportados. Si el individuo se mostraba remiso a entender el sentido de la insinuación, era acompañado por la propia Policía hasta ciertas “Traslator” emplazadas en lugares discretísimos y despachado diligentemente al “Isla de Borneo”.

Esto se hacía no solamente con los familiares más próximos, como hijos, hermanos y nietos, sino con otros parientes lejanos, tales como primos y sobrinos del deportado.

Pese a la discreción con que el asunto fue llevado, trascendió la noticia de las deportaciones “voluntarias” y muchos valeranos se escondieron. Pero las investigaciones de la Policía, en numerosas ocasiones la denuncia de vecinos acabaron por dar con los fugitivos.

La partida del “Isla de Borneo” se demoró dos semanas más de lo previsto y en este intervalo llegaron a bordo los Tapos.

Los Tapos eran físicamente idénticos a los valeranos. Los etnólogos no habían podido determinar todavía si estos Tapos eran los últimos supervivientes de la civilización atolonita, o si llegaron de la Tierra en una época posterior a la desaparición de los atolonitas. En cualquier caso serían descendientes de valeranos, pues tan valeranos eran los que se quedaron en la colonia de Nueva Hispania, como los que marcharon en el autoplaneta a reconquistar la Tierra y posteriormente la repoblaron.

Los valeranos, al regresar de nuevo a Atolón después de una ausencia de un millón de años, se propusieron explotar el circumplaneta, al que hallaron habitado por los Ghuro. También encontraron insectos gigantes (mantis) y humanoides (Tapos).

Reunidos en tribus, escasos en número, los Tapos habían sobrevivido milagrosamente a las catástrofes geológicas que alteraron la fisonomía del circumplaneta, a los rigores del clima, la persecución de los “ghuros” y los ataques de las “mantis”.

Ernesto Setúbal, antropólogo y amigo de los Aznar que estudiaba el pasado de los Tapos, aseguraba que éstos habían escapado del exterminio gracias a sus sorprendentes facultades parapsicológicas.

Los Tapos practicaban como cosa corriente la telepatía, la desmaterialización y la psicokinesis. Sus “brujos” realizaban increíbles curaciones por hiloclastia. Ciertamente ellos habían perdido toda noción de su origen, no sabían leer y carecían de tradición escrita. Sin embargo, conservaron su identidad paragnóstica, e incluso probablemente desarrollaron algunos aspectos de esta fenomenología, continuamente estimulada y ejercitada como arma de defensa contra los ataques de sus enemigos.

Los Tapos habían sido descubiertos por Miguel Ángel Aznar cuando éste llevaba a cabo una incursión en Atolón para investigar a los habitantes del circumplaneta. Al regresar a “Valera” el Almirante llevó consigo un pequeño grupo de Tapos y dos prisioneros “ghuros”. Con los Tapos se encontraba Banda, una muchacha rubia de extraordinaria belleza de la cual acabó enamorándose Aznar. Posteriormente, en el curso de los asaltos a

Atolón, el Ejército y la Armada valeranos rescataron algún otro grupo de Tapos que evacuaron al autoplaneta.

Era precisamente el grupo de Banda el que se encontraba a bordo del “Isla de Borneo”. Su llegada fue una sorpresa total para Miguel Ángel Aznar.

El joven Fidel, que acababa de llegar de la calle, le dio la noticia:

—Banda está aquí.

—¿Banda? —murmuró el Almirante mientras el corazón empezaba a latirle desbocadamente.

—Con su hermano y todos los del grupo. Aceptaron la invitación de unirse a nosotros para regresar a Atolón.

—¿Por qué han querido regresar? —preguntó Miguel Ángel, todavía aturdido y sin reparar mucho en lo que decía.

—Los Tapos han vivido año y medio con nosotros. No es que les disguste “Valera”, aunque jamás podrán comprender algunos aspectos de nuestro desconcertante mundo. Los Tapos han sabido que el autoplaneta se dispone a emprender cierto viaje y les han dicho que probablemente no regresará nunca más a Atolón. Banda y su gente no quieren dejar Atolón. Éste es su mundo y lo aman. Además, las cosas serán distintas ahora que nosotros vamos a colonizar el circumplaneta... ¡Tío, no me estás escuchando! —exclamó Fidel.

—¿Cómo dices? —murmuró el Almirante enrojeciendo.

—Estás pensando en Banda. Te gustaría mucho saber que Banda viene con nosotros porque te ama y quiere estar cerca de ti. Lo siento, ésa no es la verdad —dijo el muchacho.

El Almirante clavó sus ojos en las azules pupilas de su sobrino.

—Eres innecesariamente cruel. Después de todo, ¿qué mal hay en que yo crea que ella me ama todavía? —le recriminó con voz dolida—. Pero eres como tu padre... y como la misma Banda. Tenéis que decir siempre la verdad, aunque con la verdad causéis daño a quienes preferirían seguir engañados.

—Es una manera de ser, forma parte de nuestra personalidad.

—¡Tonterías! Nadie está obligado a decir solamente la verdad, especialmente cuando no se te pregunta. Ahora mismo no era necesario que me dijeras la verdad. Con haberte callado me habrías hecho un favor.

—Lo siento —murmuró el joven enrojeciendo y apartando la mirada.

—¿Estás enamorado de Banda? —preguntó el Almirante. Y en vista del silencio de su sobrino añadió irónicamente—: Recuerda que estás obligado a decir siempre la verdad.

Fidel Aznar levantó los ojos y miró a la cara a su tío.

—La amo —confesó mientras aumentaba su rubor.

—¿De modo que es eso? —exclamó el Almirante sorprendido.

—No te lo hubiera dicho si no supiera lo que piensas acerca de Banda.

—O sea que, según los casos, sí sabes aplicar la diplomacia del silencio.

—Yo no soy Adler Ban Aldrik... ni tampoco un Tapo como Banda. Puedo ser tan hipócrita, retorcido e intrigante como un terrícola genuino si se da el caso. Y no es porque me guste ser así. El secreto me pesaba. No hubiese dicho nada si Banda no hubiese regresado. Pero ya que está aquí y va a seguir con nosotros, prefiero poner las cosas en claro. Amo a Banda, y no es de ahora. Creo que me enamoré de ella el primer día que la vi —confesó el muchacho de un tirón.

El Almirante guardó silencio, mientras con el recuerdo volvía atrás en el tiempo en busca de indicios reveladores. Pero en verdad, todo lo que podía recordar era que, precisamente en los once meses que vivió con Banda, apenas si vio a Fidel un par de veces. No sólo el muchacho no había buscado el encuentro con Banda, sino que de hecho parecía haberla rehuido.

—Sí, yo evitaba tu casa por no encontrarme con Banda —confesó Fidel interceptando el pensamiento de su tío.

—¡Y yo que pensaba que no venías a verme porque desaprobas mis relaciones íntimas con Banda!

—Tenía celos. Por eso no podía arriesgarme a ir por tu casa. No hubiera sido leal contigo. Y además Banda me habría descubierto leyendo en mi pensamiento —admitió.

—Recuerdo que después de haber roto con Banda tú solías salir con ella —dijo el Almirante—. Es de suponer que ella conoce tus sentimientos. ¿Vas a casarte con Banda? Haréis una magnífica pareja, dos paragnósticos con poderes telepáticos. Por lo menos estaréis en igualdad de condiciones, y no como me ocurría a mí.

Banda siempre podía saber lo que pensaba. Sólo quiero hacerte un ruego. No la traigas por mi casa. Temo que no podría evitar ciertos recuerdos... recuerdos que tú leerías en mi mente y te ofenderían.

—Sé lo que quieres decir —dijo Fidel ruborizándose—. De todos modos no voy a casarme con Banda. No ahora, tal y como están de complicadas las cosas. Ni siquiera sabemos si permaneceremos más de un día en Atolón después que nos desembarquen y “Valera” se haya alejado. Nos esperan tiempos difíciles.

El Almirante asintió silenciosamente con la cabeza.

En el ánimo de los deportados cobraba realidad cada día la idea de una tremenda injusticia. El Gobierno de Valera no podía condenar a muerte a 750.000 hombres, mujeres y niños, sin echar sobre sí la mancha de un terrible genocidio. Pero había hallado una fórmula para deshacerse de toda una clase social enviándola al exilio, donde en breve tiempo sería exterminada. Los “ghuros” serían los ejecutores de estos condenados, descargando la conciencia de los valeranos del peso de tan horrendo crimen.

CAPÍTULO IV

El transportista del planeta llegó a su órbita de satélite previsto, del planetillo y se dirigía al circumplaneta. Pero los deportados ni siquiera se enteraron de que estaban viajando, hasta que la Televisión Nacional dio la noticia en el boletín de la mañana siguiente.

En los días siguientes, mientras el “Isla de Borneo” realizaba la travesía del espacio, la Televisión iba a ocuparse de los deportados con cierta inusitada asiduidad. Al parecer se trataba de una campaña psicológica destinada a acallar los remordimientos de conciencia de los valeranos.

Tal campaña consistía en persuadir a la opinión pública de “Valera” de que los deportados no iban a quedar indefensos ni desprovistos de medios una vez fueran desembarcados en Atolón. A tal efecto se proyectaron mapas del lugar escogido para el desembarco, en el borde de una extensa altiplanicie donde se desplomaban las cataratas de Dazza, las mayores de todo el circumplaneta, y se citaron cifras del copioso equipo que quedaría en manos de los deportados; reactores nucleares, máquinas “Karendón” de tipo medio y pequeño, maquinaria de obras públicas y materiales de construcción.

La altiplanicie era, por su altura y situación, uno de los lugares más salubres del enorme circumplaneta, con lluvias regulares, vientos constantes y un clima moderado. Este altiplano había sido solar de la antigua civilización bartpur, y en él había tenido lugar uno de los dos importantes desembarcos del Ejército Valerano. Se trataba por lo tanto de un territorio ya conquistado, lo que facilitaría el acomodo de la nueva colonia y su sostenimiento posterior.

Para que los deportados pudieran defender su territorio

dispondrían de elevado número de proyectores de ondas gravitacionales, baterías de “luz sólida” y grandes cantidades de misiles de cabeza nuclear. Además en los bordes del altiplano, donde éste descendía en largos y angostos valles en dirección al océano, había quedado gran cantidad de material bélico, especialmente “tarántulas” robots y esferas blindadas, abandonado allí cuando los soldados izrailitas desertaron en masa. Muchos de estos izrailitas andaban errantes por los seis millones de kilómetros cuadrados del altiplano, donde también abandonaron más de dos millones de caza-interceptores “Delta” que podrían recuperarse.

Finalmente, como para testimoniar los sinceros deseos de prosperidad y supervivencia de la colonia, la República de Valera iba a dotar a ésta con cuatro divisiones de cruceros de combate.

A sólo un día del desembarco en Bartpur, la noticia surtió el efecto de un estimulante en el decaído ánimo de los deportados, que ahora veían razonables probabilidades de sobrevivir en el circumplaneta.

Al regresar al apartamento una hora más tarde, Fidel Aznar palmeó amistosamente en la espalda de su tío.

—¡Enhorabuena, Almirante! El Gobierno de Valera no va dejarnos desvalidos después de todo. ¡Cuatro divisiones! ¡Veinte mil cruceros! Esa fuerza vale un Potosí en nuestras circunstancias.

—Por mucho que nos doren la píldora, lo que han hecho con nosotros no deja de ser una guarrada —contestó Miguel Ángel Aznar.

—Pero más vale tener esas divisiones que nada.

—Bueno, no bastará para alejar definitivamente la amenaza de los Ghuros, pero puede servir para tenerlos a raya mientras consolidamos nuestra presencia en el territorio.

Desde que llegó al “Isla de Borneo” Miguel Ángel Aznar vivía retirado respecto de la “colonia”, herido en su orgullo por la actitud de ciertos colegas que le hacían responsable de la desgracia colectiva de la oligarquía.

Pese a todo, todavía conservaba algunos de sus viejos amigos. Los Ferrer, los Castillo, los Valera, así como Edward Roerich y la doctora Devesa le visitaban con frecuencia o le recibían en sus casas. En cambio, de sus colegas del Estado Mayor, sólo mantenían contacto con los almirantes Valenciano y Azpeitia.

Aquellos que durante tanto tiempo habían detentado el poder no se resignaban a pasar a un segundo plano, y seguían actuando en el ámbito de la reducida colonia como antaño hicieran ante la sociedad de “Valera”. Tal era el caso del Estado Mayor General, que disuelto por la II República volvía a surgir de sus cenizas arrogándose atribuciones que nadie le había conferido.

El mismo día que iba a iniciarse el desembarco, Azpeitia fue a ver a Aznar y almorzó con él y Adler Ban Aldrik.

—Haces mal en autoexcluirte de toda gestión pública —dijo el Almirante Azpeitia—. Lo que hace falta en estos momentos es gente como tú, capaz de atemperar los extremismos de esa pandilla de ambiciosos.

Al parecer, el Estado Mayor General había estado reunido hasta altas horas de la madrugada, haciendo planes para estructurar la fuerza sideral que el Gobierno de Valera prometió entregar a los deportados.

—Esperan a que MacLane venga a reunirse con nosotros para ofrecerle el puesto de Almirante Mayor —aseguró Azpeitia.

—No sé si te comprendo. ¿Van a ofrecerle el mando de la Armada, o esa jefatura alcanza también a todos los aspectos de la vida de la colonia?

—MacLane será el jefe supremo, con iguales atribuciones que tenía en “Valera”.

—¡Pero ya no estamos en “Valera”! —protestó Miguel Ángel.

—Para nuestros amigos del Estado Mayor el cambio de escenario no implica el cambio forzoso de los actores. Los actores son los mismos, y también la obra que representan.

—¿Y qué dicen los profesionales de la clase intelectual?

—De momento están callados. ¿Por qué iban a protestar?

—Si el régimen militar les parecía bien en Valera, no debe ser distinto en la colonia —repuso Azpeitia con ironía.

En las palabras de Azpeitia iba implícita cierta crítica contra los Aznar, pues su régimen militar había sido mucho más prolongado que el de MacLane, aunque algo distinto.

—En Valera el régimen militar tenía cierta justificación. En un autoplaneta es norma que el mando recaiga sobre una persona, su Comandante, que es quien toma las decisiones y se responsabiliza de la buena marcha de la nave. La vida a bordo está condicionada a

la misión que la nave está cumpliendo. La tripulación ha aceptado voluntariamente las condiciones previas a la iniciación del vuelo y además no puede volverse a casa ni abandonar la nave mientras ésta viaja. Pero en nuestra colonia de Atolón las cosas serán distintas. Los colonos han llegado allí forzosamente y sólo se sienten obligados en la parte que les corresponde contribuir a la defensa de la comunidad. En todo lo demás el colono querrá ser libre; libre de opinar, de expresar sus ideas y sus críticas, e intervenir en los asuntos públicos.

—Bien, de acuerdo. Pero antes de reclamar sus libertades los colonos tendremos que ganar a pulso nuestro derecho a permanecer en Atolón. De momento lo más aconsejable es que el mando recaiga sobre un jefe supremo, porque los problemas se nos van a amontonar tan pronto pongamos pie en el circumplaneta. Si los Ghuros olvidan sus diferencias y llegan a una alianza, nuestros días en Atolón estarán contados. Incluso con las cuatro divisiones de cruceros que los republicanos nos han prometido.

Adler Ban Aldrik, testigo silencioso hasta este momento, medió en la conversación y dijo:

—¿Por qué, en vez de luchar contra los Ghuros, no tratan de negociar una paz con ellos?

—¿Negociar con los Ghuros? —exclamó Azpeitia—. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar porque somos totalmente distintos.

—Distintos no quiere decir necesariamente antagonistas. El circumplaneta es muy grande y en él hay lugar para Ghuros y terrícolas. Por ejemplo, los Ghuros nunca habitaron el altiplano de Bartpur. Ellos extraen sus alimentos del mar, razón por la cual suelen establecer sus ciudades a lo largo de las costas. Ghuros y terrícolas podrían convivir pacíficamente en el circumplaneta.

El Almirante Azpeitia miró sorprendido a Miguel Ángel Aznar. Éste sonrió afirmando con la cabeza.

—Así es como piensa él.

—Pues no sé qué contestarle —dijo Azpeitia—. No cabe duda que en nuestra precaria situación, un pacto con los Ghuros representaría un alivio, al menos mientras consolidamos nuestras posiciones y nos hacemos fuertes en nuestro territorio. Sólo que me

pregunto, ¿por qué habrían de aceptar los Ghuros? Ellos son muchos, y aunque los bombardeos de nuestra Armada les dejó baldados de momento, el tiempo juega a su favor. No les destruimos todas sus esferonaves, y todavía pueden construir muchas más. Sólo se negocia en una situación de debilidad o equilibrio de fuerzas.

—Esa es una forma típica de razonar de los terrícolas, lo cual no quiere decir que los Ghuros piensen igual.

—Sólo hay una lógica, y la lógica en este caso es que si los Ghuros pueden echarnos no querrán negociar. ¿Para qué? No habría ventaja para ellos, sino todo lo contrario. Por poco que nos conozcan saben que si nos conceden una tregua, en ese tiempo llegaremos a ser más fuertes, y casi tan numerosos como ellos.

—Para que nuestra colonia evolucione hasta alcanzar una población de algunos miles de millones habrán de pasar varios siglos. En ese tiempo tal vez llegue a cambiar nuestra forma de pensar, incluso es posible que nos gusten los Ghuros.

Azpeitia miró al “bundo” con expresión de profunda sorpresa, como dudando de su juicio.

—No estoy loco —dijo el “bundo” sonriendo—. Si quisieran confiarme esa misión yo la llevaría a cabo con mucho gusto, y hasta creo que con éxito.

—Mi hermano es un pacifista —dijo el Almirante Aznar al desconcertado Azpeitia—. Se recorrería andando el circumpianeta por hablar con los Ghuros y convencerles de que era ventajoso para ellos un tratado de paz.

—Si no recuerdo mal usted ha sido la única persona que pudo hablar con un Ghuro —dijo Azpeitia.

—También mi hijo.

—¡Oh, sí! Me olvidaba de Fidel, él también tiene facultades telepáticas. En fin, no es cosa mía. Si lo fuera confiaría en usted y le rogaría que intentara pactar con los Ghuros. Nada se pierde con intentarlo. ¿Por qué no habla con MacLane?

—¿Sigues siendo miembro del Estado Mayor? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí, por el momento. Estamos esperando la llegada de MacLane para organizarnos, pero existe la impresión de que el Almirante será el último en llegar. Si hubiera ocasión mencionaría este asunto en la primera asamblea del Estado Mayor.

—Usted no confía en absoluto en que una gestión de este tipo pudiera dar resultado —dijo Adler Ban Aldrik.

—¡No, nada de eso! —protestó Azpeitia enrojeciendo. Luego confesó avergonzado—: Usted lee en mi pensamiento, no le puedo engañar. Sinceramente no creo que diera resultado el intentarlo. Los Ghuros tendrían que ser tontos para pactar con nosotros cuando tienen todas las ventajas de su parte.

—Pero usted mismo dijo que nada se perdía con intentarlo.

—Eso es verdad. Voy a lanzar la idea en la próxima reunión del Estado Mayor. ¿No me cree?

—Ahora sí. Ahora sí que está diciendo lo que siente —respondió el “bundo”.

Azpeitia se despidió diciendo que tenía que ir a ayudar a su esposa a hacer los preparativos para abandonar el apartamento. El desembarco no comenzaría hasta las doce de la noche, hora de “Valera”, pero la gente debería estar preparada en el hangar superior y la cubierta de vuelos dos horas antes.

* * *

El Mar de Alfa era un mar interior tan grande como el Océano Índico, enclavado en el centro y hacía el borde oriental del altiplano. Más de treinta ríos importantes vertían en este mar de agua dulce, el cual a su vez dejaba escapar el imponente río Sotza, que en el borde de la meseta daba origen a las cataratas de Dazza, el mayor recurso hidráulico del circumplaneta.

Toda la altiplanicie, seis millones de kilómetros cuadrados, circundada de elevadas montañas cubiertas de nieves perpetuas, se conocía de antiguo por el territorio de Bartpur. En realidad, Bartpur era el nombre del circumplaneta, rebautizado por los terrícolas con el nombre de Atolón.

Los bartpuranos, al perder otros vastísimos territorios invadidos por los insectos gigantes (mantis) quedaron cercados en el altiplano, cuyas altas cordilleras lo convertían en una especie de bastión casi inexpugnable. Sin embargo, con el tiempo, las implacables “mantis” llegaron también a la altiplanicie, acabando por obligar a los bartpuranos a “ausentarse”.

La “evasión” de los bartpuranos consistió en desmaterializarse

en las máquinas “Karendón”. Estas máquinas y los grandes rollos de cinta perforada de oro obtenidas de la desmaterialización de los bartpuranos, fueron cuidadosamente escondidos en profundas grutas perfectamente acondicionadas, donde los valeranos las encontrarían miles de años más tarde, conducidos hasta el lugar secreto por Izrail, el maravilloso robot guardián de los bartpuranos, cuyo nombre nativo era Dholak^[2].

El altiplano había sido cabeza de puente de los desembarcos valeranos en la guerra contra los Ghuros. Por lo tanto en estos momentos Bartpur era casi el único lugar del circumplaneta donde los deportados podían ir sin verse obligados a conquistar el terreno previamente. Había otros lugares donde los exilados podrían haber desembarcado, porque el circumplaneta era enorme, pero ninguno tan seguro como éste.

La altura, el clima, el régimen de lluvias y el mismo hecho de estar rodeado de altas cordilleras de montañas, hacían de este territorio el lugar ideal para iniciar desde él la reconquista de Atolón.

Estos sueños de conquista, sin embargo, estaban muy lejos de la mente de los deportados el día que desembarcaron en Bartpur.

De los 755.580 valeranos que iban a ser abandonados en Atolón, el joven Almirante Aznar era quizá el que había puesto mayor énfasis en la necesidad de reconquistar el circumplaneta, “a fin de preservar y asegurar la continuidad de nuestra civilización y la pervivencia de nuestra raza”. Hermosas palabras que el Presidente de la II República volvió contra él en su mensaje de despedida a los deportados.

“Se os ofrece la oportunidad de hacer realidad vuestros sueños de grandeza, levantando en Atolón ese poderoso imperio que quisisteis endosarnos a los valeranos”. ¡Irónico Señor Presidente!

El “Isla de Borneo” había descendido sobre una llanura arenosa, a la salida de un amplio valle abierto sobre el Mar de Alfa. Más de la mitad del gigantesco transporte quedaba sobre el mar, y la otra mitad sobre la playa cubriendo cinco kilómetros en profundidad y doce de anchura del valle, a una altura que oscilaba entre los 70 y 90 metros, ya que por su tamaño y peso se estaba moviendo continuamente, contrarrestando las fuerzas de gravedad que tiraban de él.

Mientras por la parte inferior el transporte sideral depositaba en el suelo centenares de miles de toneladas de equipo diverso, a mil metros de altura, en la enorme cubierta de vuelos barrida por el viento, los deportados se dirigían en grupos de doscientos o doscientos cincuenta a los cruceros siderales.

Con las bodegas llenas de hombres, niños y mujeres, maletas y animales domésticos, los cruceros se dirigían con las puertas abiertas al interior del valle, descendían hasta tocar el suelo y descargaban el rebaño humano.

En el cielo, formando una sombrilla protectora, flotaban a gran altura 15.000 cruceros siderales idénticos a los que participaban en la operación de desembarco.

Aunque efectuado en perfecto sincronismo y con rapidez, la operación iba a durar todo un día.

Los deportados, al llegar a tierra con sus maletas, sus perros y sus pájaros, miraban aprensivamente a su alrededor, al paisaje estéril y desértico. Las madres, como cluecas, se ocupan de los niños, tratando de impedir que se alejaran y perdieran entre la confusión reinante.

Llegados a tierra los deportados no tenían siquiera un lugar donde guarecer del ardiente sol, que en el circumplaneta brillaba siempre en el cénit dando lugar a un día sin fin. Entre el cargamento del transporte venían barracones prefabricados desmontables, pero de momento el único techo sobre sus cabezas era el luminoso azul del cielo.

No se habían hecho provisiones para poner orden en tierra, ni nadie sabía qué hacer una vez saltaba de su nave. Afortunadamente la mayoría llevaba algunas provisiones, pero hubo problemas con el agua, y especialmente por la falta de letrinas, lo que obligaba a la gente a alejarse en busca de algún lugar apartado, que cada vez estaba más lejos de la playa de desembarco.

Un riachuelo corría por el fondo del valle, pero el agua estaba tan sucia y removida que había que andar varios kilómetros curso arriba para encontrarla aceptablemente clara.

Habiendo sido llamados a embarcar por orden alfabético, los tres Aznar coincidieron en la playa de desembarco con el Almirante Azpeitia y toda la familia de éste, que comprendía a esposa, hijos, padres, hermanos, sobrinos y cuñados. Hacia las seis de la mañana,

desde un aerobote de la policía, llamaron a través de un altavoz a los miembros del Estado Mayor para que fueran a reunirse en un lugar determinado.

Hacia el mediodía había tres cuartos de millón de deportados en la playa de desembarco, echados en el suelo, de pie o sentados en las maletas. El aerobote regresó volando lentamente, utilizando de nuevo el megáfono para rogar a los hombres que ayudaran en el transporte de los barracones prefabricados y la construcción de letrinas, pero sólo unos pocos respondieron a la requisitoria, permaneciendo la mayoría indiferentes.

Algunas cápsulas portadoras de máquinas “Traslator” aterrizaron durante la tarde en distintos lugares del amplio valle y empezaron a funcionar fabricando grandes cantidades de alimentos y garrafones de agua. Aunque eran muchas las máquinas, los exilados también eran muchos y corrieron a rodear a las “Traslator” en una pugna por alcanzar alimentos y agua antes que los demás. Hubo empujones, palabras airadas y peleas, entre otras manifestaciones de insolidaridad y falta de espíritu cívico.

Las primeras medidas del Estado Mayor empezaron a producirse hacia media tarde. Los cruceros que venían con los últimos contingentes no regresaron al transporte sideral, sino que fueron enviados a aterrizar en la parte alta del valle, desde donde empezaron a suministrar provisiones a los grupos que habían llegado hasta allí.

Fue una buena idea llevar los cruceros tan lejos, pues ello obligó a los deportados a caminar 12 y 15 kilómetros, descongestionando la playa de desembarco.

Fidel Aznar se había alejado para buscar a los Tapos de cuyo grupo formaba parte la hermosa Banda. Regresó dos horas más tarde con Banda y su hermano Crando, más una veintena de otros Tapos entre los que había hombres, mujeres y niños.

Hacía muchos meses que Miguel Ángel Aznar no veía a Banda, y aunque las condiciones en que se realizaba su reencuentro no eran muy apropiadas para evocar románticos recuerdos, el Almirante no pudo evitar cierta emoción.

Rubia, alta y esbelta como un junco, la muchacha vestía unos pantalones largos bastante ceñidos a las caderas y los muslos, y un jersey azul de cuello alto muy ajustado, que hacía resaltar el joven y

firme busto.

Mientras Banda se limitaba a permanecer en silencio, su hermano Crando y los demás componentes del grupo iban a saludar afectuosamente al Almirante. En efecto, se conocían. Éste era el grupo que el Almirante Aznar rescató de Atolón y llevó consigo a “Valera” durante su incursión en el circumplaneta. Los Tapos tenían un aspecto saludable y estaban muy contentos de verse de nuevo en su mundo.

Todavía estaba Aznar saludando a sus amigos cuando se produjo cierto revuelo alrededor de un crucero sideral que acababa de aterrizar no lejos de allí. La voz se extendió rápidamente:

“¡Es MacLane! ¡El Almirante MacLane acaba de llegar!”

La gente corrió hacia el crucero, que estaba abriendo su gran portón lateral.

—¡¡MacLane. MacLane!!! —gritaba el gentío.

Una figura apareció en el hueco del portón del buque. Saludó con la mano. El público rompió en aplausos y en repetidos gritos de “¡¡MacLane, MacLane!!!”

—Casi no puedo creerlo —exclamó Fidel Aznar—. Fue la desastrosa política de MacLane la que nos llevó a esta situación ¡y encima le aplauden como un héroe! ¿Están todos locos?

El Almirante Aznar contestó con amargura:

—MacLane perdió la guerra, pero no fue él quien rindió el poder a la plebe. Tal acto, considerado por la oligarquía como una traición, me correspondió a mí.

El joven Fidel miró sorprendido a su tío.

—¡Pero tú hiciste lo debido, qué caray! El pueblo tenía derecho a reclamar sus libertades.

—Claro que sí. Pero quien está aquí no es el pueblo que ganó sus libertades, sino la oligarquía que perdió su posición de privilegio.

—¡Pues estamos bien! Los de allá te echan, y los de aquí tampoco te quieren. ¿Qué se hizo de la proverbial buena estrella de los Aznar? Estamos en pleno eclipse.

—Ya volverá a brillar —dijo el Almirante.

—¿Estás seguro?

—Bueno, MacLane es un dictador nato. La oligarquía le ha dado el mango de la sartén, pero con el tiempo MacLane acabará friéndolos a todos. Ya verás, esos que hoy le vitorean acabarán

colgándole de un árbol.

El buque había echado una pasarela y el Almirante MacLane descendía por ella vitoreado por la multitud.

—Tanta estupidez me produce náuseas —dijo Fidel—. ¿Por qué no vamos andando hacia los cruceros que están allá arriba? Los niños tienen hambre.

Se despidieron de los Azpeitia y se dirigieron hacia los cruceros. Los más próximos quedaban a diez kilómetros, pero era tal la cantidad de gente a su alrededor que no había forma de acercarse. Siguieron andando, dejando atrás otros cruceros hasta que llegaron a uno que tenía abierto el portón y echada la rampa de acceso.

Subieron al buque corriendo todos hacia los servicios sanitarios. Al salir poco después del lavabo, el Almirante Aznar se encontró de frente con un Teniente de navío que llevaba pistola al cinto. Detrás del Teniente, bloqueando el corredor vio dos astronautas con metralletas, correa y cartucheras de reglamento.

—¿Es usted el Almirante Aznar, verdad? —preguntó el oficial saludando militarmente.

—Sí, yo soy.

—Tengo orden de arrestarle. ¿Están con usted su hermano y su sobrino?

El doctor Aznar y Fidel salían en este momento al pasillo. Nadie habría podido confundir al “bundo” con otra persona, pues su gran estatura y su voluminoso cráneo eran tan conocidos como sus portentosas facultades paragnósticas y sus curas milagrosas.

—Quedan arrestados —dijo el Teniente.

—¿Está seguro de no equivocarse? —preguntó Fidel.

—No hay posibilidad de error, señor —contestó el oficial haciendo una seña a los astronautas para que avanzaran—. Acabábamos de recibir la orden por telex y nos disponíamos a salir en su busca cuando llegaron ustedes. Nos advirtieron que probablemente andarían por aquí.

—Las órdenes que se reciben por telex suelen llevar cita de emisión. ¿Quién dio esa orden?

—El Almirante Mayor, señor.

Los dos astronautas estaban uno a cada lado del Teniente.

En este momento Miguel Ángel Aznar vio a Crando y Chaye que salían de otro lavabo detrás de los valeranos. Aznar sintió cólera y

amargura. Probablemente la primera orden de MacLane al desembarcar había sido la de disponer su captura. ¿Por qué? La respuesta era sencilla. Él, Miguel Ángel Aznar, había sido el artífice de la rendición de la oligarquía ante las masas que reclamaban su derecho a las libertades democráticas. MacLane no iba a perdonárselo, al contrario. Le haría pagar por ello.

CAPÍTULO V

Los dos Tapos, a espaldas de los astronautas, habían quedado inmóviles en sus posiciones, moviéndose al unísono, en perfecta sincronía, avanzaron con elásticos pasos y saltaron sobre la espalda de los dos soldados.

Educados en la dura lucha por la supervivencia, los Tapos eran fuertes, ágiles, rápidos en la acción. En “Valera” la Armada les había adiestrado en el manejo de armas y equipo, y un tipo de lucha más científico, previendo la posibilidad de utilizarles como soldados en misiones especiales en el circumplaneta.

Bien aprendida su lección, Crando y Chaye rodearon con un brazo la garganta de su respectivo hombre, mientras con la mano libre les quitaban la metralleta. El Teniente resultó empujado en la pelea y se volvió echando mano a la pistolera.

Adler Ban Aldrik pasó rápidamente junto a su hermano y echó sus grandes manos sobre los hombros del oficial. Una presión de los nervudos dedos del “bundo” entre las clavículas y el cuello del oficial, hicieron prorrumpir a éste en un débil gemido mientras doblaba las rodillas y caía sin sentido en el suelo.

Crando y el barbudo Chaye daban cuenta de los astronautas asestándoles sendos golpes con el canto de la mano en la nuca. Fidel Aznar pasó a su vez junto a Miguel Ángel, le empujó a un lado y se inclinó para despojar al oficial del cinturón y la pistolera. Todo había ocurrido de forma increíblemente rápida, sin ruido, sin una palabra.

Evidentemente, Fidel o Adler Ban Aldrik habían lanzado un mensaje telepático a los dos Tapos. Esta reacción resultaba particularmente curiosa en el “bundo”, que era por convicción contrario a toda idea de violencia. Sin embargo, en muchos aspectos, el “bundo” era un tipo imprevisible. Nunca podía saberse de antemano cuál iba a ser la reacción de este hombre, en cuyo

temperamento se encontraban los caracteres genéticos de dos razas tan dispares como la bartpurana y la terrícola.

—Tienes razón, no cabe esperar nada bueno de MacLane —le dijo de pronto Adler Ban Aldrik—. Si no huyes te hará fusilar.

—¡Huir! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Dónde?

—A cualquier parte. El circumplaneta es muy grande. Si conseguimos apoderarnos de este buque y escapar, nunca nos encontrarán.

El Almirante miró sorprendido a su sobrino.

—Probablemente no hay a bordo más de diez hombres —dijo Fidel abrochándose el cinturón del que colgaba la pistolera.

Los dos Tapos se habían hecho con las metralletas y esperaban mirando fijamente al Almirante. Éste asintió.

—Bien, vamos a la cámara de derrota.

Al final del corredor estaba la escalera. Junto a ésta el ascensor. El Almirante señaló el ascensor y Fidel apretó el botón de llamada.

—Supongamos que nos apoderamos del buque —dijo Miguel Ángel mientras esperaban que llegara el ascensor—. ¿Qué hacemos de los demás? ¿Vamos a llevar con nosotros a las mujeres y los niños, a riesgo de que nos maten a todos?

—Si llevamos a los hombres, las mujeres querrán venir también, y con ellas los niños —asintió el “bundo” moviendo su voluminosa y rubia cabeza—. Tienes razón, no tenemos derecho a poner en peligro sus vidas.

—Yo no tengo mujer —dijo el robusto y barbudo Chaye.

—Tampoco yo —dijo Crando.

—Pero tienes a tu hermana —observó el Almirante.

—Banda no tiene niños. Puede venir con nosotros.

El ascensor acababa de llegar y se abrieron las puertas.

—Alguien debería ir a hablar con los demás y convencerles para que abandonaran el barco —apuntó Miguel Ángel.

—Yo lo haré —se ofreció Adler Ban Aldrik.

El “bundo” ya se alejaba cuando el Almirante le gritó:

—¡Cierra la bodega en cuanto salgan todos, no vaya a venir alguien más!

El “bundo” hizo una seña de asentimiento. Miguel Ángel entró en el ascensor seguido de su sobrino y los dos Tapos.

—No debemos matar a nadie si podemos evitarlo —dijo el

Almirante a los Tapos mientras subía el ascensor—. MacLane se sentiría muy feliz de tener una justificación para fusilarnos.

Al salir del ascensor los cuatro hombres se encontraron en un largo corredor que tenía a distancias regulares puertas estancas. Todas estas puertas estaban abiertas.

Los cruceros de la serie STELAR estaban contruidos todos sobre el mismo patrón y eran idénticos unos a otros hasta en el número y disposición de los remaches. Miguel Aznar, que los conocía muy bien, habría podido recorrer todo el buque con los ojos vendados. Sabía que a continuación de la puerta estanca del corredor, a la derecha según su posición, estaban la puerta de los servicios sanitarios y la de la cabina de la máquina “Traslator”. Frente a ésta, en el lado opuesto del corredor, la puerta que conducía a la cámara de derrota del buque.

Haciendo una seña a sus compañeros para que le siguieran el Almirante echó a andar corredor adelante sin quitar ojo de la puerta de la cámara de derrota. En el mismo momento que el Almirante pasaba por el arco que formaba la puerta estanca dos hombres salieron de la cabina de la “Traslator”. Eran un Capitán de navío y un Sargento, ambos vistiendo el uniforme blanco y la gorra de los astronautas de la Armada Sideral.

El encuentro se produjo a pocos pasos de distancia y el Capitán se detuvo en seco mirando a Aznar. Aunque éste vestía ropas civiles, el otro seguramente le reconoció. Abrió la boca sorprendido. Aznar se apartó a un lado y dejó ver a los tres hombres que le seguían; Fidel Aznar, empuñando una pistola, y los dos Tapos con sendas metralletas.

—¡Silencio, no den ni una voz! —dijo Fidel apuntándoles.

—¡El Almirante Aznar! —exclamó el Capitán cambiando de color—. ¿Cómo...?

—¡Cállese! —le ordenó Fidel acercándose y poniéndole el cañón de la pistola en el estómago.

—No se atreverá a disparar —dijo el Capitán tragando saliva.

—¿Quiere hacer la prueba? Dé un solo grito y verá.

El Capitán miró furioso a Fidel, pero mantuvo la boca cerrada. Fidel le hizo dar un cuarto de vuelta y le puso la pistola contra los riñones.

—Y ahora andando, vamos a entrar en la cámara de derrota.

El barbudo Chaye asió al Sargento por un brazo y le empujó adelante clavándole el cañón de la metralleta en la espalda.

El grupo entró en la cámara de derrota. Había allí seis hombres; dos capitanes de fragata, tres capitanes de navío y un Contralmirante. La Armada Sideral de los deportados podía presumir ahora de tener en sus buques los mejores profesionales, ya que los oficiales de alta graduación eran más numerosos que los sargentos especialistas y los soldados, algo que jamás había ocurrido hasta hoy.

Salvo un capitán de fragata que atendía a la radio, los otros formaban un corro charlando animadamente. Ninguno llevaba armas.

Obedeciendo sin duda a una orden telepática de Fidel, el rubio Crando bajó el cañón de su metralleta y soltó una ráfaga contra la alfombra. Los oficiales saltaron de sorpresa y al mirar hacia la puerta se encontraron con los tres hombres que les amenazaban con sus armas.

—¡Levanten las manos! —ordenó Fidel Aznar avanzando con la pistola amartillada.

El Almirante Aznar era sobradamente conocido en toda la Armada. Uno por lo menos de los oficiales conocía a Fidel, uno de los capitanes de fragata.

—Hola, Valverde. Vuélvete de espaldas mientras te registro —le dijo Fidel accionando con la pistola.

—No estoy armado —protestó Valverde.

—Deja que me asegure. ¡Pon las manos sobre la consola y separa las piernas!

Valverde obedeció. Mientras los Tapos ponían a los demás contra la pared, Fidel cacheó a su viejo conocido. Miguel Ángel registró a los otros, pero ninguno iba armado.

—¿Cuántos hombres hay a bordo? —preguntó Fidel cogiendo a Valverde por un hombro y obligándole a dar media vuelta.

—No esperes que te facilite ninguna clase de información.

—¿Crees que puedes evitarlo, idiota? —gruñó Fidel. Y volviéndose hacia el Almirante apuntó—: Hay más hombres en el buque. Un Teniente, dos sargentos y tres soldados. Los sargentos y uno de los soldados están en la cocina ¿qué hacen allí? Suministran provisiones y agua a unas veinte personas que llegaron hace como

una hora. ¿Llevaban niños? No, no llevan niños. No se trata pues de nuestros Tapos. ¿Y el Teniente? Salió con dos hombres armados a dar una batida por los alrededores. Nos buscaban a nosotros, son los mismos que dejamos fuera de combate en la bodega.

Valverde miraba con la boca abierta a Fidel Aznar. El muchacho se echó a reír.

—Si te forman consejo de guerra por facilitar información a estos forajidos, jura que no dijiste nada. Yo leí las respuestas en tu mente. Un hombre no puede evitar el pensar. Y yo leí tu pensamiento, así es de fácil.

—¡Así te lleve el diablo! —refunfuñó Valverde.

Miguel Ángel Aznar se dirigió a un interfono adosado al muro junto a la consola del operador de radio. Movi6 un interruptor y habló a través del micrófono:

—¡Atención, habla el Comandante! Todo el personal civil que se encuentra a bordo, abandonen el buque. Vamos a zarpar en unos minutos. ¡Repito, abandonen el buque!

Cerró el circuito y regresó junto a los dos Tapos.

—Caballeros —dijo a los silenciosos oficiales—, díganme qué puedo hacer con ustedes. Me estorban a bordo, pero no quisiera tener que matarles. ¿Qué les parece sí les desmaterializamos en la “Karendón Traslator”?

Los oficiales se miraron unos a otros preocupados. Uno de los capitanes de navío se hizo portavoz de los demás y dijo:

—Déjenos en tierra. Antes que podamos llegar a los otros buques y dar la voz de alarma ustedes estarán muy lejos.

—Saldremos despacio para no llamar demasiado la atención, de modo que sí tendrán tiempo de avisar antes que estemos lejos —dijo Miguel Ángel—. La desmaterialización es más seguro.

—Pero si nos desmaterializan sin transferirnos a otro lugar, nuestras fórmulas quedarán a bordo de este buque y les acompañarán dondequiera que ustedes vayan —protestó el Capitán.

—Y correrán la suerte que nosotros corramos —añadió Fidel Aznar—. ¿Es eso lo que preocupa, Capitán Roig. Que se pierda el buque y sus cintas perforadas con él?

—¡No tienen derecho a arriesgar nuestras vidas, no es justo! —protestó Roig.

—¿Es más justo que nos obliguen a huir como criminales, so

pena de que nos fusilen o nos echen veinte años de trabajos forzados?

—Nosotros no entramos en su juego.

—Están en el, puesto que arman soldados y los envían a buscarnos.

—Obedecemos órdenes.

—Pues no las obedezcan, ¿quién les obliga?

—Basta, Fidel —dijo el Almirante Aznar—. Tal vez tengan razón. Las circunstancias les obligan a cumplir órdenes, prefiero ignorar si con gusto o contra su voluntad.

—¿Quieres saberlo? Dame un minuto para que investigue en sus ideas y te lo diré —dijo Fidel.

—Digo que prefiero no saberlo —cortó el Almirante con energía. Miró a los oficiales—. Repito, lo siento. También las circunstancias me obligan a tomar esta decisión. Serán desmaterializados. Por si saberlo les sirve de alivio, sepan que participamos en el interés común por salvar el buque.

Hizo una seña al enfurruñado Fidel.

—Ocúpate de ellos. Dame la pistola —le ordenó.

El grupo abandonó la cámara de derrota bajo la amenaza de las metralletas de los Tapos.

El Almirante se dirigió a la consola del piloto, depositó la pistola sobre el tablero y se sentó en la butaca. Como un hábil organista empezó a tocar botones y mover clavijas. Ante sí tenía una pantalla de televisión alargada y ligeramente cóncava que daba imágenes en color y relieve. A través de esta pantalla Miguel Ángel Aznar echó un vistazo alrededor del buque. Por la proa, hacia el mar, se veía en la distancia la mole gris del transporte sideral, todavía ocupado en las operaciones de desembarco. Un grupo de gente venía hacia la parte alta del valle, pero todavía estaba lejos.

En el costado de babor la pantalla mostró a los grupos que abandonaban el buque por el portón de la bodega, entre ellos los Tapos. No vio a Banda, de lo que coligió que la muchacha estaba dispuesta a acompañarles en aquella aventura de imprevisible final.

Pasaron unos minutos. Los Tapos se alejaron y una luz verde en el tablero del copiloto indicó que estaban cerradas todas las escotillas.

Fidel Aznar regresó seguido de Grando y Chaye.

—Misión cumplida —dijo el joven—. ¿No han subido los sargentos? Bueno, iremos a buscarles.

Fidel salió con los Tapos y la cámara volvió a quedar en silencio. Se escuchó el rumor de las puertas del ascensor en el pasillo. El Almirante alargó la mano y empuñó la pistola, por si eran los hombres de la tripulación que estaban abajo.

Adler Ban Aldrik entró acompañado de Banda.

—Todos han abandonado el buque —informó el “bundo”.

—Bien, siéntate e indícame el rumbo. ¿A dónde vamos?

—No considero más importante el dónde que el cómo. ¿Crees que podremos salir de aquí?

—Bueno, creo que lo mejor es deslizarnos a poca velocidad y baja altura, como si estuviéramos realizando un vuelo de reconocimiento del terreno o algo por el estilo. Una salida precipitada llamaría la atención. Cuando apretemos el acelerador nuestros amigos tardarán todavía unos minutos en reaccionar. Tenemos una ventaja. Nuestras señales de identificación electrónica coinciden con la del resto de la Flota; es decir, somos amigos para los serviolas robot y para la artillería automática.

—De acuerdo, tú eres el piloto —dijo el doctor Aznar tomando asiento en la butaca contigua a la del Almirante.

Miguel Ángel Aznar alargó la mano y tecleó sobre los botones de la computadora. En una pequeña pantalla electrónica apareció la palabra “control manual”.

El crucero sideral (300 metros de longitud y 40 metros de altura) abandonó la larga depresión donde estaba parcialmente enterrada la quilla, elevándose a unos 250 metros mientras viraba 180 grados.

Aunque era tan grande como un antiguo barco petrolero, en el aire el crucero parecía tan ligero como un globo dirigible lleno de helio. Entonces hasta un ligero soplo de viento bastaba para moverlo.

Controlado manualmente por el Almirante Miguel Ángel Aznar, el crucero avanzó lentamente a unos cien kilómetros por hora remontando el valle, pasando sobre otros cruceros que estaban inmóviles en tierra.

Como si realmente explorara el terreno, el crucero se desplazó hacia la ladera de las montañas que formaban el valle, casi rozando

las copas de los árboles y los salientes rocosos. Seguro y pausado, siguió alejándose, hasta que su color gris se confundió en la distancia con el verde oscuro de los bosques y el pardo de las montañas.

En la cámara de derrota, el Almirante Aznar hizo girar con el índice de la mano izquierda una pequeña rueda moleteada de la que sólo asomaba un sector en la consola adosada al brazo del sillón. En alguna parte del buque, otra rueda parecida, pero gigantesca por comparación con la primera, giró y estableció una serie de contactos eléctricos.

Recibiendo en el casco metálico una corriente eléctrica adicional, el crucero se elevó y pasó rozando una cresta rocallosa. Al otro lado el piloto encontró un largo y angosto “cañón” que corría perpendicularmente al valle que acababan de dejar. La mano derecha de Aznar movió una corta barra vertical rematada por una pequeña bola, en la consola entre las dos butacas. Simultáneamente hizo girar en sentido contrario la rueda moleteada.

El buque viró a estribor y descendió hacia el fondo del “cañón” para volar a lo largo de éste.

Banda, la bella muchacha Tapo, hizo un mohín de impaciencia, de pie detrás de la pantalla de los pilotos.

—Tengo hambre, ¿cuándo vamos a comer?

—¡Cabeza de chorlito! —exclamó el Almirante—. ¿Es todo lo que se te ocurre en un momento como éste? ¿Quieres que lo abandonemos todo y nos vayamos a comer ahora mismo?

Banda se mordió nerviosamente el gordezuelo labio. En este momento regresó Fidel acompañando a una guapa chica de cabellos castaños que vestía el uniforme de astronauta de la Armada Sideral Valerana con galones de sargento en la bocamanga.

El crucero sideral recorría en este momento un camino bastante tortuoso y el Almirante no podía apartar sus ojos de la pantalla de televisión. Dirigió una rápida mirada a la Sargento y volvió a ocuparse del aparato preguntando:

—¿Quién es ella?

—María Abril, una vieja conocida de la Sala de Control, sargento especialista de comunicaciones —dijo Fidel Aznar.

—¿Dónde están los demás?

—La otra sargento también era una mujer. La hemos

desmaterializado, así como al Teniente y los soldados.

—¿Y qué ocurre con tu vieja conocida?

—Ella simpatiza con nosotros.

—Querrás decir contigo.

—No, contigo. Es una de tus admiradoras.

—¿Te estás burlando de mí? —refunfuñó el Almirante sin apartar sus ojos de la pantalla.

—Que lo diga ella. ¿No es verdad, Sargento? —preguntó Fidel.

La guapa Sargento se limitó a ruborizarse, a pesar de que el Almirante no la estaba mirando.

—Bueno, créeme, te lo digo yo —continuó Fidel—. Es de toda confianza. Y como además somos pocos y podemos necesitar de un especialista en comunicaciones, he pensado que estará mejor ayudando que convertida en una hoja de latón perforada.

—Está bien, hablaremos más tarde —dijo Miguel Ángel Aznar sin mirar a la muchacha—. Releva a tu padre.

Adler Ban Aldrik abandonó el sillón del copiloto, que fue ocupado inmediatamente por el Capitán. El “cañón”, largo y tortuoso hasta aquí, se iba ensanchando gradualmente. Unos kilómetros más adelante se desvaneció en una extensa llanura pedregosa salpicada de grandes charcas pantanosas. El cruce volvió a elevarse para salvar unas colinas y viró 90 grados a babor.

—Toma los mandos —dijo el Almirante a su sobrino.

Fidel Aznar puso la mano izquierda sobre la corta palanca, rematada por una bola negra, en la consola entre los dos asientos. Al alcance de la mano derecha el Capitán tenía tres ruedecillas moleteadas y una fila de cuatro botones, reproducción exacta de la otra consola que estaba adosada al brazo izquierdo de la butaca del piloto.

El Almirante abandonó su butaca y se dirigió a la escalerilla alfombrada que conducía al puente de mando. Éste era una plataforma octogonal elevada a un metro de altura, rodeada de un parapeto formado de siete pantallas de televisión de un metro de ancho. En el centro de la plataforma estaba la butaca del comandante. Por encima del puente de mando, el techo estaba formado por dos grandes pantallas de seis metros de largo y cuatro metros de ancho. A ambos lados, a proa y a popa el techo y los muros se unían en un plano inclinado 45 grados, formando cuatro

lienzos de forma trapezoidal que eran otras tantas pantallas de televisión.

Miguel Ángel Aznar se dirigió a la butaca giratoria, tomó asiento y apretó algunos botones numerados de una pequeña consola adosada al brazo del sillón. En el techo plano y en los cuatro grandes lienzos trapezoidales, a los lados, delante y detrás, se encendieron las gigantescas pantallas de televisión ofreciendo una total panorámica del espacio alrededor y por encima del crucero.

A 60 kilómetros de altura, donde la atmósfera era ya muy tenue, permanecían los cruceros siderales, la mayor parte de las cuatro divisiones que el Gobierno de la República había cedido a los deportados de Atolón. Estos buques habían protegido la operación de desembarco contra un posible ataque de los ghuros. La mayoría de ellos no llevaban tripulación, y los que la tenían estaban siendo abandonados por ésta. Desde los buques, a través de las máquinas “Traslator”, las tripulaciones eran transferidas directamente a los sótanos del Almirantazgo, en el planetillo “Valera”.

Cuando un buque quedaba totalmente abandonado empezaban a llegar los nuevos tripulantes desde las “Traslator” del “Isla de Borneo”. Todo este trasiego de tripulaciones hubiera empleado varios días por el sistema tradicional antiguo de ir de un lado a otro con millares de aerobotes.

—Vamos a ir aumentando poco a poco la velocidad —dijo el Almirante levantando la voz—. ¡Fidel!

—Te escucho. Aumentando la velocidad, de acuerdo. De mil en mil, allá vamos.

Por las toberas dobles de la popa del crucero salieron dos gruesos rayos de luz. La aeronave salió empujada hacia adelante, sin embargo a bordo no se experimentó ninguna sensación de arrancada.

CAPÍTULO VI

A las quince mil kilovatios de potencia. El Almirante abandonó el puente de mando y se acercó al lugar donde la Sargento Abril se había sentado.

Al acercarse Miguel Ángel la joven se puso en pie. A él le agradó esta manifestación de respeto, cosa infrecuente entre la juventud, y especialmente en lo que se refería a aquellos que iban a parar a la Armada y el Ejército en virtud del compromiso contraído con el Servicio Obligatorio de Trabajo.

—¿Por qué fue deportada usted, Sargento? ¿Cuál es su delito? —le preguntó Aznar.

—Soy nieta del General Arrondo. Mi padre es el Contralmirante Abril.

—¿Nieta de Arrondo? Recuerdo al General, fue uno de los que cayeron en la defensa de la Sala de Control frente a los ankoranos, ¡un hombre excelente! ¿Abril dice usted? ¿No será Luis Abril?

—Luis Abril, transporte sideral “Isla de Menorca”, campaña contra las Mantis. Papá lo recuerda como la época más feliz de su vida, ustedes eran grandes amigos...

—Ya lo creo —dijo el Almirante, aunque en realidad no recordaba que hubiese existido tan gran amistad—. Nos hemos visto muy poco después de aquello. ¿Sabe cuántos contralmirantes hay en la Armada Sideral? ¡Más de quinientos! ¿Qué edad tiene su padre?

—Cuarenta y seis, igual que usted.

—Bueno, en realidad acabo de cumplir cuarenta y siete. ¿Cuántos tiene usted?

—Diecinueve.

El Almirante asintió moviendo la cabeza. ¡De pronto se daba cuenta de que era un hombre “mayor”! Sintió una especie de subterráneo desaliento. María Abril era una joven muy guapa, no

demasiado alta, sino lo justo para no quedar en pequeña, bien proporcionada, esbelta... Tenía los ojos verdes, almendrados, extraordinariamente bellos.

—¿Quiere ocuparse de la radio, Sargento? —dijo el Almirante alejando de sí aquella tristeza que de pronto se había apoderado de él—. Tal vez escuchando sepamos si alguien se está fijando en nosotros. Deme línea al puente.

—Sí, señor.

El Almirante la siguió pensativamente con la mirada mientras ella se alejaba. Buena planta, redondas caderas y cintura esbelta, los hombros anchos... Era una joven fuerte sin duda.

Al volverse, los ojos de Miguel Ángel se encontraron con los de Banda que le estaba observando de una forma particular. El Almirante sabía que cuando la muchacha Tapo le miraba de aquel modo estaba leyéndole el pensamiento. Las facultades telepáticas de Banda molestaban a Miguel Ángel, como en general le ocurría con su hermano y su sobrino. Ahora, por el contrario, celebró que la Tapo pudiera ver su pensamiento. ¡Que supiera que le gustaba la Sargento Abril!

El lindo arco de las cejas de la muchacha se frunció. A continuación Banda sonrió. ¡Acaba de descubrir el infantil propósito de provocar sus celos!

Profiriendo un sordo gruñido, el Almirante pasó por delante de Banda y regresó al puente de mando. Tomó asiento en la butaca y se caló un juego de auriculares y micrófono. La velocidad del crucero pasó de tres mil a cuatro mil kilómetros por hora.

Poco después el Almirante escuchaba la voz de María Abril en su auricular:

—Hay gran actividad en la radio, señor. Comunicaciones entre el transporte sideral y “Valera”, de “Valera” con el transporte y los cruceros, de los cruceros con el transporte y con alguna unidad de transmisiones situada en tierra, de los cruceros entre sí...

—Permanezca atenta a las comunicaciones entre los cruceros y esa estación de tierra, gracias —dijo el Almirante.

Echó hacia atrás el respaldo reclinable de la butaca y miró a las dos enormes pantallas que cubrían todo el techo.

Nada había cambiado, los cruceros seguían allá arriba, formando una “sombrilla” protectora de dos mil kilómetros de radio. En unos

minutos más el crucero “Boston” —tal era su nombre— alcanzaría el borde exterior de la concentración, lo cual no significaba ni mucho menos que se hubiera conjurado el peligro. En el denso ambiente gaseoso donde se movía el “Boston” éste no podía alcanzar velocidades superiores a diez mil kilómetros por hora. Por el contrario, a 60 u 80 kilómetros de altura, donde apenas había aire, los cruceros podían moverse a mucha mayor velocidad y dar alcance al “Boston” incluso aunque éste se hubiera alejado ya varios miles de kilómetros.

La voz de María Abril sonó de nuevo en el auricular de Miguel Ángel.

—Almirante, ¿quiere escuchar esto?

Sin esperar la respuesta de Aznar, la Sargento estableció la comunicación. Se escuchó una voz de hombre:

“Alfa Rojo a Círculo Dos. El buque al cual se refieren está fuera de nuestro control. Ningún crucero está realizando misión alguna de ese tipo. Pero acabamos de recibir un informe de la Quinta Escuadrilla Triángulo Azul. Un crucero se separó de la escuadrilla para cambiar de emplazamiento... No tendría ninguna gracia que el Almirante Aznar hubiera escapado en él.

“Atención, Círculo Dos a Alfa Rojo. Me reitero en mi apreciación anterior, ese buque se mueve de una forma muy extraña. Está aumentando la velocidad. Si ustedes quieren iremos a investigar.

“De acuerdo, Círculo Dos. Destaque una escuadrilla para interceptar a ese buque. Obliguen a su comandante a identificarse y háganlo regresar.

“Círculo Dos a Alfa Rojo. Recibido, vamos allá.

La voz de Fidel Aznar preguntó a través de la línea:

—¿Crees que se refieren a nosotros, Almirante?

—Seguro que nos han descubierto. Abre el acelerador y remóntate cuanto puedas.

Fidel Aznar empujó haciéndolas girar las dos pequeñas ruedas moleteadas de la consola adosada al brazo derecho de su butaca.

En la tobera de popa, un doble rayo de luz aumentó de luminosidad, prolongando dos líneas paralelas a gran distancia. Esta luz, semejante a barras de oro sólido, era tan brillante que podía verse perfectamente incluso a pleno sol. El “Boston” salió impulsado hacia adelante como un proyectil. Simultáneamente elevó la proa y

empezó a escalar el cielo.

A 70 kilómetros de altura sobre la playa de desembarco, una escuadrilla integrada por cinco cruceros siderales puso sus motores en marcha y se apartó de la concentración acelerando con increíble rapidez. Había empezado la persecución.

—Uno contra cinco —murmuró pensativamente Miguel Ángel Aznar, y elevando la voz dijo—: No podremos con ellos. Doctor, ve con Banda y los Tapos al almacén, buscad armaduras y backs para todos y también fusiles de luz sólida. Sargento Abril, vaya con ellos.

Adler Ban Aldrik abandonó la cámara de derrota seguido de los Tapos y de María Abril.

Escalando el cielo en pronunciado ángulo, el crucero sideral “Boston” alcanzaba en este momento los cien kilómetros de altura. El Capitán Fidel empujó hacia adelante la pequeña palanca que tenía en la mano izquierda, nivelando el buque y haciendo girar a tope las dos ruedas que mandaban el mecanismo de velocidad.

A mayor velocidad de diez mil kilómetros/segundo el crucero no podía guiarse por control manual, pues el más pequeño error podía acarrear una catástrofe. Fidel se inclinó ligeramente hacia adelante y movió ágilmente los dedos sobre el teclado de la computadora. En la pantalla electrónica aparecieron las palabras: “control automático”. Las órdenes correspondía darlas al piloto, pero la computadora rechazaría cualquier proposición errónea o absurda que se le hiciera.

Fidel Aznar pulsó en el tablero un botón bajo la designación “Radar”. La pantalla panorámica de televisión se oscureció, mostrando un pequeño punto negro y una serie de círculos concéntricos fluorescentes. Fidel escribió en el teclado la escala escogida, apareciendo en el margen superior derecho de la pantalla la anotación: “escala radar 1.000”. Echó un vistazo a los cinco puntos que brillaban allí entre el tercero y el cuarto círculo y dijo:

—Lo siento, Almirante, nos ganaron la mano en la maniobra de aceleración, el aire nos frenó mucho. Tres mil quinientos kilómetros y siguen acercándose.

—Sabía que sería muy difícil escapar de ellos —contestó Miguel Ángel Aznar a través del teléfono.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada. Nos interrogarán por radio, esperarán a que nos

identifiquemos y luego desconectarán el sistema automático de tiro para dirigir su artillería por medios manuales. Tendremos que movernos en zig-zag para evitar sus tiros, aunque no cabe confiar demasiado en este truco. Más pronto o más tarde nos acertarán en los motores. Entonces abandonaremos el buque y trataremos de llegar a tierra.

—Bueno, supongo que es todo lo que podemos hacer —murmuró Fidel Aznar. Esperó una respuesta, pero su tío permaneció en silencio.

Transcurrieron unos minutos. En la pantalla negra los cinco puntos progresaban lentamente y estaban ya en el tercero de los círculos concéntricos. María Abril había dejado conectada la radio. Hasta el auricular de Miguel Ángel Aznar llegó una voz irritada:

“Círculo Dos a Alfa Rojo. El buque fugitivo no contesta a nuestros requerimientos. ¿Qué hacemos? Cambio.

“Alfa Rojo a Círculo Dos. Creemos que los Aznar huyen en ese buque. No lo dejen escapar. Cambio.

“No pueden escapar, los tenemos a tiro. Cambio.

“Derribenlo”.

—Bueno, Almirante. Ya está armado el cisco, van a disparar sobre nosotros —dijo el Capitán Fidel.

—Empieza a maniobrar —contestó el Almirante.

Fidel se inclinó sobre el teclado de la computadora y escribió un complicado programa de maniobras, algo parecido a: “derecha y arriba, arriba y derecha, abajo, arriba e izquierda, izquierda, izquierda, arriba e izquierda, abajo, derecha, izquierda”... “Repetir programa a la inversa hasta la mitad”. “Repetir programa de la mitad al final”. “Repetir todo...”

Apretó un botón. En la pantalla electrónica apareció la palabra “operando”. El buque empezó a ejecutar todas las maniobras introducidas en el programa. En este momento abrían fuego los cruceros perseguidores.

A tres mil kilómetros de distancia el tiro de los proyectores de “luz sólida” era totalmente eficaz. Lo que resultaba difícil en este caso era acertar en el blanco, pues a larga distancia una fracción de grado de desviación a la salida del proyector equivalía a un error de kilómetros al final de la trayectoria.

Otra ventaja para los fugitivos era que, aun siendo muy grande

el buque, el blanco que ofrecía era en realidad pequeño; cuarenta metros de ancho por otros cuarenta metros de alto. Pero los persecutores eran cinco contra uno y cada uno de sus proyectores lanzaba 60 disparos por segundo; prácticamente un chorro continuo de “luz sólida”. Además, al ofrecer la popa al enemigo, el “Boston” presentaba a éste su parte más vulnerable, precisamente los motores de “luz sólida” que impulsaban el buque por reacción.

Acelerando continuamente, con los motores a la máxima potencia, el “Boston” estaba alcanzando velocidades enormes. A pesar de ello, los persecutores le iban dando alcance poco a poco. La aceleración inicial era determinante, y en este punto la escuadrilla llevaba ventaja porque había iniciado la carrera en un medio donde el aire ofrecía mucha menor resistencia.

Adler Ban Aldrik y la Sargento Abril regresaron con los Tapos. Excepto el monje “bundo” todos venían equipados con armadura de “diamantina” y aparato de vuelo individual. El gigantesco Adler Ban Aldrik era también el único que no traía consigo ningún arma, aunque sí el “back” de tipo de mochila.

Miguel Ángel Aznar abandonó el puente de mando.

—¿Dónde está tu armadura? —preguntó al “bundo”.

—No las hay a mi medida en el almacén.

El Almirante no había previsto esta contingencia. Adler Ban Aldrik, con sus dos metros de estatura y su robusta constitución, estaba fuera de las medidas ordinarias sobre las que solían fabricarse las armaduras de vacío. Había podido encontrar una armadura a su medida quizá en un gran arsenal, pero el almacén de armas y pertrechos de un buque era muy limitado.

—Es una contrariedad —murmuró—. Una vez en tierra puede hacerte mucha falta.

—No importa, me arreglaré sin ella.

—Bien, siéntate ahí y programa una danza distinta para que no siempre sea la misma. Fidel y yo vamos al almacén por nuestras armaduras.

Sólo invirtieron quince minutos en bajar al almacén, escoger las armaduras adecuadas a su talla, meterse en ellas, adosarse el equipo de vuelo individual (back) y tomar un par de fusiles de un armario.

Regresaron a la cámara de derrota utilizando el ascensor.

Adler Ban Aldrik continuaba sentado ante los mandos.

—¿Qué vamos a hacer respecto a la tripulación? —preguntó.

Miguel Ángel Aznar había olvidado por completo a la tripulación. Reflexionó unos instantes y luego propuso:

—Dejaremos conectado el dispositivo automático para que la “Traslator” empiece a funcionar quince minutos después que hayamos abandonado el buque. Cuando la tripulación regrese y compruebe que no hay nadie a bordo correrán a la radio. Naturalmente, confirmarán que estuvimos aquí. La escuadrilla dará media vuelta y vendrá a buscarnos. Tal vez nos derriben antes de llegar a tierra, lo cual tendremos bien merecido por habernos mostrado tan tiernamente humanitarios.

Adler Ban Aldrik se puso en pie.

—Vayan bajando, yo me ocuparé de conectar el automático de la “Traslator” —dijo tomando su “back” de mochila y echándosela al hombro.

El Almirante le vio salir y se sintió preocupado. Pensaba que tenían razonables probabilidades de llegar a tierra sanos y salvos, pero era una contrariedad que el “bundo” no hubiese encontrado una armadura a su medida. En el aerobote habría una atmósfera presurizada con un contenido apropiado de oxígeno, pero si un disparo de “luz sólida” atravesaba el ligero casco de la nave Adler Ban Aldrik podría morir por descompresión rápida.

—Muchachos, pónganse las escafandras y asegúrense de que el oxígeno llega sin dificultad a sus pulmones —advirtió a los Tapos.

Los tres Tapos se colocaron las escafandras y Fidel Aznar y María Abril comprobaron la correcta colocación del equipo. Este equipo comprendía armadura total de “diamantina” teñida de azul oscuro, escafandra del mismo material con la parte frontal de cristal polarizado, radio-receptor incorporado a la escafandra y mochila voladora (back) adosada a una especie de joroba exprofesamente dispuesta para recibirla en la espalda.

El Almirante miraba pensativamente a María Abril. Sus miradas se encontraron cuando la muchacha se disponía a calarse la escafandra.

—¿Está segura de querer venir con nosotros? —le preguntó Miguel Ángel.

—¿Lo pone en duda? —respondió la chica con expresión de sorpresa.

—¿Ha pensado usted en el riesgo que va a correr? No huimos de un enemigo para correr a reunirnos con ciertos amigos. Estos de quien huimos son nuestros amigos. Fuera de ellos no encontraremos en todo el circumplaneta un alma que se compadezca de nosotros. Somos igualmente proscritos para los valeranos, los Ghuros y las Mantis. Incluso si nos encontramos con algún izrailita vagabundo será un enemigo también. ¿Por qué comprometerse? Ésta no es su causa, después de todo. Es una cuestión personal de los Aznar.

—Mire, si lo que quieren es dejarme atrás, no tienen por qué andar con remilgos, díganlo claramente —respondió la muchacha frunciendo el ceño.

—No es por eso, se lo aseguro —protestó el Almirante.

—¿Por qué me rechazan pues?

—No la rechazo, sólo le advierto a lo que se expone. Pero si quiere unir su suerte a la nuestra no me opondré.

—Iré con ustedes, ya está decidido —dijo María Abril.

El Almirante hizo un ademán como excusándose del daño que pudiera sobrevenirle. Se ajustó la escafandra, abrió la espita del oxígeno y cogió su fusil.

Entraron todos en el ascensor y bajaron hasta la bodega.

Ocupando todo el fondo de la bodega había una pequeña aeronave pintada con colores pardos y verdes de “camouflage”, un bote de salvamento dispuesto sobre un tren que a su vez se deslizaba sobre un par de raíles que se interrumpían ante el cerrado portón del casco del buque.

—No utilicen la radio en ningún momento —advirtió Miguel Ángel a sus compañeros utilizando el amplificador y altavoz de su escafandra—. Lo que habláramos entre nosotros por la radio podría ser escuchado a bordo de los buques que nos siguen. Y ahora suban al bote. Fidel, tú vas a ser el piloto.

—Sí, jefe —contestó el muchacho festivamente.

En el interior de la aeronave el espacio estaba muy bien aprovechado. Entraron todos en el aparato, tomando asiento Fidel en el puesto del piloto, y el Almirante a su lado, aunque ambos asientos quedaban separados por una consola central.

Los Tapos y la Sargento Abril se acomodaron en los asientos de atrás, esperando todos hasta que llegó Adler Ban Aldrik con el “back” sujeto a la espalda por una serie de tirantes a modo de los

paracaidistas. El “bundo” cerró la portezuela, lo cual quedó indicado por una pequeña luz verde en el tablero de instrumentos.

Fidel Aznar puso en marcha el reactor nuclear de la aeronave y luego apretó un botón eléctrico. Ante la proa del bote el gran portón se abrió hacia dentro en dos hojas macizas de un metro de espesor. Quedó a la vista un segundo muro metálico que se corrió en dos secciones a derecha e izquierda. Todavía detrás de este lienzo quedaba otra puerta de dos hojas que giraron sobre los robustos goznes abriendo hacia afuera.

—¡Atención, allá vamos! —avisó Fidel Aznar. A continuación empujó hacia adelante el acelerador.

Un grueso rayo de luz salió proyectado por la tobera de la aeronave. Ésta salió impulsada hacia adelante, cabalgando sobre el tren que a su vez se deslizaba por los raíles. Ante el portón abierto el carro se detuvo en seco y el aerobote fue proyectado fuera del buque.

El Capitán Fidel movió a tope el regulador de velocidad y los pasajeros sintieron sus espaldas incrustarse en el mullido de los respaldos.

CAPÍTULO VII

Las leyes físicas se manifiestan indolablemente por siempre. Si de estas leyes naturales, la escuadrilla que venía detrás a 50.000 o 70.000 kilómetros por segundo, hubiese pasado de largo como una exhalación y en un minuto estaría a la fantástica distancia de tres millones seiscientos mil kilómetros. Tal no podía suceder, porque el aerobote de salvamento, al abandonar el “Boston”, estaba cargado de energía cinética, y seguía volando a la misma velocidad que aquél.

Una prueba espectacular de cómo actuaba la energía cinética, solía darse en los accidentes de automóvil. Un auto corría a cien kilómetros por hora y sufría un choque frontal. El vehículo se detenía bruscamente, pero el conductor salía proyectado a través del parabrisas como un proyectil.

Según estas mismas leyes, las aeronaves habrían sido imposibles de tripular por seres humanos (y ciertas naves particularmente veloces lo habían sido durante mucho tiempo) que quedarían destrozados en una aceleración, en un viraje rápido o un frenazo brusco. En la actualidad este fenómeno estaba controlado mediante la aplicación de campos gravitacionales, pero estas fuerzas sólo actuaban correlativamente entre la tripulación y el buque, y el buque y todos los objetos que se encontraban en él. La aeronave, con respecto al espacio, estaba sometida a las leyes de la física universal. La única ventaja (y no era pequeña) era que ahora podía llevar a cabo aceleraciones fulgurantes, desaceleraciones bruscas y cambios de dirección antes prohibitivos, tanto para los pasajeros, como para la misma integridad de la aeronave.

Todos estos fenómenos eran como el ABC del cosmonauta, algo que Fidel Aznar conocía muy bien y no podía olvidar.

Al salir por el portón del crucero sideral, el aerobote se alejó de

éste acelerando a toda la potencia de su motor lumínico. Mirando hacia atrás, los tripulantes del aerobote habrían visto el crucero empequeñeciéndose rápidamente en la negra lóbreguez del espacio, donde brillaban simultáneamente el sol y las estrellas. A falta de puntos de referencia próximos parecía que el crucero estaba inmóvil, cuando la realidad era que el buque estaba moviéndose a más de 50.000 kilómetros por segundo (180 millones de km hora) y el propio aerobote se movía a su vez en dos sentidos. Seguía al buque manteniendo su velocidad, y al mismo tiempo se alejaba de éste a velocidad uniformemente acelerada. Es decir, el aerobote se desplazaba de costado a una velocidad, y de frente a otra velocidad distinta y mucho más pequeña, pero que iba aumentando con los cuadrados de los tiempos recorridos.

Sometidos a las leyes de la inercia, los cruceros persecutores no podían virar en ángulo recto para seguir al pequeño aerobote, pero sí podían girar sobre su eje 45 grados y continuar acelerando, en cuyo caso se encontraban en igualdad de condiciones que los fugitivos, volando lateralmente y simultáneamente de cara, maniobra de la que resultaba el trazado de una amplia parábola. De todo ello resultaba que los fugitivos, al abandonar el buque, sólo habían cambiado un medio por otro, sin que pudiera decirse que por ello estuvieran completamente a salvo.

El Almirante Aznar había decidido abandonar el “Boston” contando con un elemento sumamente valioso: la sorpresa. En efecto, al descubrir mediante el radar que un aerobote se separaba del buque, el Comandante de la escuadrilla quedó desconcertado. ¿Abandonaban los Aznar el buque, o se trataba de una trampa para que la escuadrilla persiguiera al aerobote y dejara escapar al crucero?

El comandante de la Escuadrilla Círculo Dos era el Capitán de navío Raúl Balmer, un hombre de treinta años de constitución sanguínea, que detestaba profundamente a los Aznar.

En la tradicional competencia entre Aznares y Balmers, estos últimos habían sido los grandes perdedores. Otrora poderosa, la “tribu” del Búfalo Rojo, los Balmer venían perdiendo puestos incluso en el Ejército, donde de siempre fueron numerosos e influyentes, ocupando los primeros puestos del generalato. Hoy día la proporción de generales Balmer en la Ejército era realmente

ínfima. ¡En cambio los Aznar todavía continuaban en la cumbre del prestigio, reteniendo como una tradición familiar el puesto de Almirante Mayor, que era el más alto puesto al que podía llegar un militar!

Al proponerse la pregunta de si los Aznar continuaban en el buque o habían abandonado éste utilizando el aerobote, el Capitán Balmer se sintió desasosegado. Los comandantes de los otros cuatro buques esperaban su decisión, mientras tanto el pequeño aerobote se alejaba cada vez más por estribor.

—¡Malditos sean! —barbotó el Capitán—. Esos Aznar están llenos de trucos. Apuesto a que han lanzado el aerobote para dividirnos y hacer que unos persigamos al bote mientras los demás seguimos detrás del buque.

—Entonces, ¿seguimos al buque? —preguntó una voz a través de la línea telefónica.

—¡No, maldición! Si seguimos al buque puede que ellos se encuentren “de verdad” en el bote. ¿Por qué esos cerdos Aznar han de salirse siempre con la suya? No tenemos más remedio que hacer lo que ellos esperan que hagamos; es decir, dividir nuestras fuerzas.

Poco después, a bordo del bote, el joven Fidel veía en la pantalla del radar cómo dos de los puntos de luz fluorescentes se apartaban de los tres restantes.

—Se han separado —dijo soltando una risita—. Dos vienen tras nosotros, y los otros tres siguen a nuestro buque.

—Dirígete hacia tierra —contestó el Almirante—. Tenemos que aprovechar esta pequeña ventaja y tratar de llegar antes que nos alcancen.

En efecto, el bote había recuperado algo de la ventaja perdida por el buque. Ahora se encontraban a dos mil kilómetros de sus perseguidores y seguían aumentando la distancia. Al contrario de lo que ocurrió en la salida para esta carrera, el bote llevaba ahora la ventaja de haber empezado a acelerar antes. Los cruceros siderales tenían motores más potentes, pero también su masa era infinitamente mayor, de modo que la diferencia no era tan grande. Se apreciaría en una larga carrera, pero aquí sólo se trataba de llegar al circumplaneta, que estaba sólo tres mil kilómetros bajo los pies de los cosmonautas. El mayor problema para los fugitivos era deshacerse de aquella energía cinética adquirida durante la

prolongada aceleración del “Boston”, reducir la velocidad y entrar en la atmósfera de forma que su aparato no ardiera al contacto con el aire. Aquí tenían otra pequeña ventaja, pues al ser la masa del bote menor que la de un crucero podrían desacelerar en un tiempo menor, aunque tampoco por mucha diferencia.

La desaceleración no iba sólo en función de la masa, sino también de la potencia de los frenos. El freno que utilizaban las modernas aeronaves de la Armada Sideral Valerana eran las ondas antigravitacionales. Podían utilizarse también los motores o ambas cosas al mismo tiempo. Pero en el caso de los fugitivos el problema consistía en hallar el término medio justo.

Si frenaban demasiado pronto serían alcanzados por los cruceros perseguidores. Si no frenaban lo suficiente, su aparato se convertiría en llamas y estallaría a consecuencia del violento roce con la atmósfera.

Fidel Aznar dejó que el aerobote descendiera en caída libre, atraído por la fuerza de gravedad del circumplaneta. Los dos cruceros acortaron rápidamente la distancia. Sus disparos de luz sólida pasaban a la derecha, a la izquierda, por arriba y debajo del bote, unos lejos, pero otros peligrosamente cerca.

A 60 kilómetros de altura la atmósfera era muy tenue pero la velocidad del aerobote era tan grande que se vio en los instrumentos cómo subía vertiginosamente la temperatura del sólido casco de “dedona”.

El aire estaba frenando al aerobote y Fidel Aznar aplicó con energía las ondas antigravitacionales. Los dos cruceros desistieron de seguir al bote dentro de la atmósfera y se mantuvieron a 200 kilómetros de altura, acortando rápidamente la distancia.

—Han optado por jugárselo todo a una carta —observó el Almirante—. Manteniendo su velocidad nos alcanzarán en un minuto y nos tendrán a cincuenta kilómetros para acertarnos con sus disparos.

—Pero si no aprovechan esa oportunidad no dispondrán de otra —contestó Fidel Aznar—. Sólo tendrán unos segundos para acertarnos. Luego su velocidad les llevará lejos antes de poder frenar y volver atrás. El que haya decidido esa maniobra es bastante tonto... o arde en deseos de derribarnos. ¿Te parece bien que vire y utilicemos el motor como freno? De ese modo estaremos menos

tiempo expuestos a sus tiros.

—Hazlo como quieras, es cuestión de suerte, al fin y al cabo —dijo el Almirante.

Fidel Aznar hizo girar la proa del aerobote 180 grados.

Los dos cruceros persecutores llegaron como una exhalación y pasaron cincuenta o sesenta kilómetros por encima del aerobote disparando sus mortíferos dardos de “luz sólida”.

Si la artillería de los cruceros hubiese estado dirigida por medios electrónicos, el bote no se habría salvado. Las reacciones de los cerebros electrónicos eran más rápidas que los reflejos del ser humano. Pero los cruceros no podían utilizar otros medios que el manual. El bote emitía continuamente señales de identificación, y los serviolas robot de los cruceros no dispararían contra una aeronave identificada como amiga. Si pese a todo se hubiese ordenado a la artillería robot disparar, ésta no lo habría hecho solamente contra el aerobote, sino contra todo buque que se encontrara a su alcance, incluso contra el crucero de acompañamiento.

Lo mismo ocurría con los torpedos robot que se autodirigían al blanco. Los torpedos sólo iban contra el enemigo, respetando a los buques propios.

Envuelto en una lluvia de dardos durante un breve segundo, el aerobote salió milagrosamente ileso de aquella tormenta. Los dos cruceros se alejaron a tremenda velocidad y Fidel dejó escapar una risita.

—¿Quién dijo que la estrella de los Aznar se había eclipsado? —preguntó.

—Sigue utilizando los motores como freno, pero mantente en esta altura si no quieres que acabemos achicharrados. Naturalmente, volverán atrás para buscarnos —dijo Miguel Ángel Aznar. Y tras unos segundos de reflexión añadió—: Tendremos que aprovechar este pequeño respiro para abandonar el bote antes que regresen.

—¿Quieres abandonar el bote?

—Es demasiado difícil de ocultar.

En efecto, los valeranos habían desarrollado aparatos de detección tan sensibles, que incluso a mil metros de altura un detector de rayos infrarrojos podía descubrir una liebre por el calor

del cuerpo. Otros aparatos medían la variación del campo magnético de la tierra causado por la presencia de un objeto metálico de cierto tamaño. Y por último estaban el radar, los radiogoniómetros y los detectores de neutrinos, sin contar naturalmente los delicados medidores de radioactividad.

Media hora más tarde Fidel Aznar conducía el aerobote a diez mil kilómetros por hora en dirección a tierra. Volaban entonces a treinta mil metros de altura sobre un continente desconocido, entre la inmensidad del océano y una lejana cordillera. Entre la cordillera y el mar se extendían millones de kilómetros cuadrados de selva virgen, oscura, apretada y exuberante. Un gran río la cruzaba serpenteando.

Los valeranos sabían que la selva atolonita era mortífera, inhóspita y malsana. Sin embargo, en sus condiciones, era el mejor lugar para esconderse. Ni el radar ni los detectores de rayos infrarrojos podían atravesar la espesura de aquel majestuoso infierno verde.

—Saltaremos cuando estemos a mil metros de altura sobre el río —decidió el Almirante Aznar—. Primero la Sargento Abril, luego los Tapos, el Doctor y Fidel. Volaremos utilizando nuestros backs en sentido contrario al rumbo del bote, y nos reuniremos con la Sargento. Nadie utilice la radio salvo que se trate de un caso extremo, por ejemplo si alguien se extravía o le ocurre un accidente. Yo saltaré el último.

—¿Por qué tú el último? —preguntó Fidel.

—Porque quiero dejar el bote bien arrumbado, de modo que siga volando por algún tiempo.

—¿Crees que eso les engañará?

—No se trata de engañarles, sino de evitar que puedan saber dónde hemos desembarcado. Cuanto más tiempo siga volando el bote mayor será el territorio en el cual tengan que buscarnos.

—Si se trata de eso yo puedo hacerlo también.

El Almirante abandonó su asiento, cogió su fusil y se lo terció en banderola por la correa.

—Voy a saltar en primer lugar para que vean cómo se hace. Pongan de este modo su fusil para que no les estorbe, ni lo extravíen en el salto —advirtió a los pasajeros.

—Avanzando agachado por el pasillo central del aerobote

alcanzó la escotilla de emergencia situada en el techo y la abrió. El viento penetró violentamente en la cabina mientras el Almirante se encaramaba a los asientos y luego al respaldo de éstos.

Con medio cuerpo fuera de la escotilla, el Almirante hizo girar el botón del reostato alojado en una oquedad del antebrazo izquierdo de la armadura de diamantina. La fuerza antigravitacional de la chapa de “dedona” del “back” le hizo levitar fuera del bote. El viento le golpeó rudamente, actuando de freno. El aerobote se alejó y se encontró flotando en el espacio. Bajo sus pies, a tres mil metros de profundidad, podía ver el río con sus largos bancos de arena, deslizándose majestuosamente a través de la selva inmensa y oscura. A lo lejos, una inmensa extensión azul, el océano.

El espectáculo era de una belleza sobrecogedora. El circumplaneta era un mundo gigantesco, un anillo de materia solidificada rodeando el Sol a una distancia de 190 millones de kilómetros. Solamente las tierras y los océanos situados en la cara interior de este anillo cubrían una extensión de once mil novecientos treinta y dos billones de kilómetros cuadrados, es decir: veintitrés millones, quinientas sesenta mil, cuarenta y siete veces la superficie del globo terráqueo.

Después de permanecer unos minutos allí, suspendido entre el cielo y la tierra, Miguel Ángel Aznar operó sobre el reostato para perder altura y descender. Poco después sus pies se posaban sobre la granujienta arena de uno de aquellos bancos que formaban alargadas islas en el centro del río. Esta isla estaba poblada de matorrales y juncos, pero no tenía árboles y era por lo tanto un buen lugar para que sus compañeros pudieran encontrarle.

Al llegar a tierra, lo primero que hizo el Almirante fue sacarse la escafandra y descolgar el fusil lumínico. Dejó la escafandra en el suelo y se alejó para realizar un recorrido de inspección alrededor del banco. La orilla más próxima estaba a un par de kilómetros, y la otra todavía más lejos. De momento pues la isla era un lugar seguro, lejos de los reptiles y alimañas que infestaban la malsana jungla.

Regresó al lugar donde él estaba. El Almirante agitó los brazos para llamar la atención del que llegaba.

Instantes después la Sargento Abril aterrizaba a su lado. No calculó bien su impulso y fue a caer de rodillas. Miguel Ángel fue a

cogerla de un brazo para ayudarla.

María Abril se sacó la escafandra y miró a su alrededor. Tenía una nariz afilada, con la cual pareció olfatear el aire haciendo vibrar sus finas aletas.

—¡Qué olor más extraño! ¿Qué es?

El Almirante sonrió.

—El circumplaneta. No todo él huele igual, porque sus paisajes son muy variados. El mar, los desiertos, las montañas... tiene su olor característico. Éste es el olor de la jungla y el río; a agua, a fango, a plantas y materia orgánica en descomposición. El río y la jungla transpiran, y eso es lo que huele usted.

—¿Por qué no huele igual en Valera?

—Nuestro planetillo es un mundo artificial, como si dijéramos un mundo de mentirijillas, creado por nosotros mismos para hacernos la ilusión de que vivimos en un planeta verdadero.

—Es un planeta.

—Bueno, sí, pero muy pequeño. Bonito y acogedor, pero tan falso como un escenario pintado. Valera no tiene junglas, ni ríos ni montañas como las del circumplaneta. Éste es un mundo de verdad, y además inmensamente grande.

Metida en la recia armadura de “diamantina”, la joven asomaba la cabeza por el gran escote como una tortuga en su concha. El aire era caliente, denso y pesado, realmente sofocante. Mientras miraba a su alrededor María Abril vio una figura grotesca de color oscuro que venía volando sobre el río.

—Alguien viene por allí —señaló. Y descolgó el fusil que traía en bandolera.

—Es de los nuestros —dijo el Almirante, y agitó los brazos para hacerse ver.

El que llegaba se paró sobre la vertical del banco de arena y luego descendió hasta posarse en pie. Era Banda. Se quitó la escafandra y vino hacia donde se encontraban el Almirante y la Sargento Abril.

—Para ser novata manejas muy bien el back —observó Miguel Ángel.

—No soy tan ignorante como piensas.

—Nunca dije que lo fueras.

—Sí lo has dicho. Y además lo soy, al menos en las materias que

vosotros conocéis porque os son familiares. Los Tapos nunca habíamos manejado armas de “luz sólida” ni “backs”, pero a cambio de eso apuesto a que no eres capaz de acertar con una flecha a cien pasos de distancia en un árbol.

El Almirante sacudió la morena cabeza sonriendo. Adivinaba en la agresividad de Banda que ésta buscaba un pretexto para reñir, pero no era el momento oportuno para hacerle el juego a una muchacha salvaje y celosa, empeñada en demostrar sus habilidades.

Crando y Chaye llegaron juntos, pero calcularon mal las distancias y fueron a caer en el agua, a unos metros de la orilla. Crando salió pronto del apuro activando la corriente eléctrica de su “back”, pero Chaye empezó a flotar alejándose de la orilla, lanzando gritos de socorro, aunque en realidad no corría ningún peligro. La sólida armadura y la gran escafandra le hacían insumergible. Lo que ocurría era que Chaye no sabía nadar.

Crando fue en ayuda de su compañero y lo remolcó hasta la playa. Banda se reía a mandíbula batiente, y también su hermano parecía divertido cuando se despojó de la escafandra.

Chaye, que era tosco y bastante torpe, hizo entonces algo sorprendente. Su armadura se desplomó de manera extraña, como si el hombre que estaba dentro se hubiese convertido de pronto en aserrín.

Algo parecido era lo que realmente ocurría. Chaye, desmaterializado dentro de su armadura y escafandra de vidrio, se materializó en el aire a cinco o seis metros de donde la armadura acababa de derrumbarse. Crando y Banda se reían a carcajadas, mientras Marta Abril quedaba boquiabierta. Ella miró al Almirante, quien le sonrió y dijo:

—¿No había visto nunca hacer ese truco a los Tapos?

—¿Es un truco?

—Bueno, no en el sentido de que sea falso. Ellos pueden hacerlo realmente. Se desmaterializan, pasan a través de un muro o una puerta, y se materializan al otro lado.

—Les vi hacerlo en televisión, pero nunca acabé de creérmelo.

—Mi hermano y Fidel también lo hacen.

—¡Lo sé, lo sé! Los viejos bartpuranos también lo hacían, o eso al menos es lo que se dice. Discúlpeme, siento ser tan incrédula, pero todo eso de la parapsicología no me va, aunque esté

oficialmente aceptado que algunos superdotados pueden hacer cosas que parecen imposibles. Yo sigo pensando que son imposibles, a menos que haya truco.

El Almirante se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

No insistió. Si María Abril iba a convivir con los Tapos y con los Fidel Aznar mucho tiempo, tendría ocasiones de sobra para conocerlos mejor y convencerse de sus facultades extraordinarias.

Pasaron unos minutos. El Almirante ya empezaba a impacientarse, especialmente preocupado por su hermano, que no llevaba armadura, cuando vio venir juntos a padre e hijo.

Ambos realizaron un aterrizaje impecable, observando el Almirante que el “bundo” tenía desgarradas las ropas. Ésta era la consecuencia de haber saltado del bote a casi mil kilómetros por hora y tres mil metros de altura. Otro hombre no lo habría soportado, pero el “bundo” era un tipo extraordinariamente fuerte.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Miguel Ángel—. Los cruceros no tardarán en volver. Debemos ir a refugiarnos en la selva.

—He dejado el bote arrumbado en dirección a las montañas y acelerando. Cuando se estrellé desaparecerá bruscamente del radar de nuestros amigos —informó Fidel.

Esperaron hasta que Chaye se enfundó de nuevo la armadura. Después levantaron el vuelo y cruzaron el espacio sobre el río hasta la orilla.

CAPÍTULO VIII

Suave y compacto, el río un brezo de hojas que no dejaba pasar el sol ni el aire, el calor era sofocante. Decidieron permanecer junto al río.

—Por mucho que sea el calor aquí, todavía será peor más en el interior de la jungla —hizo notar Adler Ban Aldrik.

A menos que se vieran forzados a ello, el Almirante no tenía intención de internarse en la jungla. Junto al río se alcanzaba una perspectiva amplia del espacio aéreo. Si regresaban los cruceros y pasaban cerca, al menos podrían verlos. Cuando los cruceros se marcharan definitivamente intentarían llegar volando hasta la costa.

Aparte de cierto frescor, la proximidad del río ofrecía otras ventajas. Podían pescar.

Salvo un paquete de latas de conserva que Fidel Aznar había tomado de la pequeña despensa del aerobote no habían traído provisiones. Ni provisiones ni equipo para la supervivencia en la jungla o en cualquier otra parte.

—La verdad es que como proscritos somos un fracaso —comentó Fidel con ironía.

—Es que no estamos acostumbrados —contestó el Almirante en igual tono.

Se habían despojado de las escafandras y armaduras, ocultando los pesados “backs” en el hueco de un enorme tronco. Adler Ban Aldrik recortó las perneras del desgarrado pantalón a la altura de medio muslo. La Sargento Abril dijo que iba a hacer lo mismo para sentirse más fresca.

—No lo haga —le recomendó el “bundo”—. Las picaduras de los insectos son muy peligrosas.

Abrieron las latas con un cortaplumas y comieron sin gran

apetito, pues el calor era agobiante, obligándoles a sudar copiosamente.

María Abril se alejó del improvisado campamento para hacer alguna cosa. Sentado en un tronco derribado, medio podrido, el Almirante la vio cuando se alejaba y gritó:

—¡No vaya demasiado lejos!

—Nunca debiste traerla —dijo de pronto Fidel.

—¿Qué querías que hiciera? La chica nos es leal —protestó el Almirante.

—Nos creará muchos problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Es una mujer. Nos esperan días muy duros y ella no está preparada para la supervivencia en estas condiciones.

—Tampoco estamos preparados los demás. ¿Cuál es la diferencia?

—Banda, Crando y Chaye son nativos y podrían sobrevivir en esta jungla aunque no tuviesen equipo de vuelo ni armas de “luz sólida”. No sólo conocen los peligros de la selva, saben cómo esquivar a las Mantis y pueden presentir a los Ghuros a gran distancia. En cierto modo, mi padre y yo también tenemos alguna ventaja. Nos comunicamos telepáticamente con los Tapos y podemos recibir sus avisos incluso a distancia. Podemos desmaterializarnos y “saltar”, curarnos los rasguños ponzoñosos de la jungla y las picaduras de los insectos.

—Bueno, yo no participo de vuestras facultades y estoy aquí, dispuesto a sobrevivir como sea.

—Estás en el mismo caso que la chica, también vas a crearnos problemas. Pero de ti no podíamos prescindir, tú eres la causa de que nos hayamos visto obligados a huir. Ya va a ser penoso ocuparse de ti. ¿Por qué tuviste que complicar más las cosas invitando a la chica a venir con nosotros?

—Yo no la invité. Pero ya que está aquí, si tanto ella como yo constituimos un estorbo...

—¡Vamos, tío, por favor! No está bien, a tus años, comportarte como un niño malcriado.

—¿Qué quiere decir eso de “a mis años”? —protestó el Almirante. Su sudoroso rostro se encendió de rubor. No quería comportarse como un niño y se contuvo. Pero le irritaba el aire de

suficiencia de su sobrino. Algo había cambiado entre ellos, y Banda no era seguramente ajena a la actitud marcadamente hostil del muchacho.

Se puso en pie, cogió el fusil y se alejó hacia el río.

Con los pies metidos en el agua estaba oteando el espacio por encima del río, cuando escuchó el seco trallazo característico de un arma de “luz sólida” seguido de un grito de mujer.

Quizá porque estaba pensando en María Abril relacionó el grito con la muchacha. Corrió en dirección al lugar por donde calculaba que debía encontrarse la Sargento, y mientras se abría paso entre los matorrales se oyó el chirrido característico de los élitros de una “mantis”.

No había sonido más siniestro que este vibrar desapacible de los élitros de las “mantis”, especialmente cuando uno lo escuchaba en la jungla, allí donde los voraces insectos se encontraban en su ambiente natural. También escuchó gritos y voces en el campamento, a su derecha.

Al acudir directamente en socorro de María Abril sin pasar por el campamento, el Almirante estuvo a punto de perder la vida. En efecto, al apartar unas ramas se vio de pronto ante María Abril que le encañonaba con su fusil lumínico. Miguel Ángel tuvo el tiempo justo para saltar a un lado mientras el tiro pasaba rasgando el aire junto a su mejilla. Cayó entre unas matas. Dos tiros más pasaron sobre su cabeza.

—¡No dispare, soy yo! —gritó.

La muchacha había dejado de disparar. Allá en el campamento sonaban tiros y gritos. Se incorporó. Había escasa luz bajo el espesor de las copas de los árboles. María Abril corrió hasta él.

—¡Dios mío, le confundí con una “mantis”! —se disculpó la muchacha jadeando.

La chica señaló tras ella y el Almirante vio una gigantesca “mantis” de más de dos metros que todavía se estremecía en convulsiones entre unos matorrales.

—¿La mató usted?

—Yo estaba alfil de cuclillas haciendo... En fin, escuché ruido de ramas y me incorporé. Entonces vi la “mantis” que estaba casi a mi lado y un poco más adelante. Cogí el fusil y el insecto se volvió... ¡fue horrible! Le disparé a bocajarro y creo que grité a

continuación.

El Almirante vio que la Sargento estaba ante él con las piernas desnudas, cubierta por la flotante camisa y unas diminutas bragas negras.

—Busque sus pantalones y regrese al campamento —le dijo.

—¡Espere, no me deje! —exclamó la chica con miedo.

El Almirante hizo una seña de asentimiento. Seguía escuchándose el trallazo de los fusiles y gritos excitados. Se acercó a la “mantis” y la miró con cierta repulsión.

Los terrícolas, al llegar a Atolón, habían llamado “mantis” a una especie singular de insectos gigantes que desarrollaban una cultura tecnológica bastante avanzada. Aunque no pertenecían exactamente al género de las “mantis”, sino que por sus hábitos estaban más cerca de las hormigas, los terrícolas siguieron llamando a estos insectos “mantis” por su parecido con las “Mantis Religiosas” de la Tierra.

Acerca del origen de las “mantis” atolonitas se sabía que eran producto de una mutación espontánea. En algún momento, en el remoto pasado del circumplaneta, un fenómeno genético produjo una “reina mantis” de tamaño gigantesco, y a partir de este ejemplar quizá único nacieron a la vida todas las demás.

Del mismo modo que en la Tierra existieron razas cultivadas y tribus salvajes conviviendo en una misma unidad del tiempo, en Atolón existían “mantis” refinadas y otras en estado que podría llamarse “salvaje”. Los terrícolas se inclinaban a considerar a todas las “mantis” igualmente salvajes, pero no era así. Ciertas “tribus” habían desarrollado una técnica bastante avanzada, incluso en el campo de la aeronáutica y la física nuclear.

Aun en el caso de que las “mantis” hubiesen copiado la mayor parte de sus realizaciones de la avanzada técnica de los bartpuranos, forzosamente había que concederles el mérito de haber sabido interpretar las leyes de la Física y la Mecánica en que se basaban las máquinas que utilizan. Los bartpuranos respetaron a las “mantis” adjudicándoles la condición de “humanos”, una adjetivación en las que los terrícolas nunca estuvieron de acuerdo.

María Abril regresó abrochándose los pantalones. En el cercano campamento habían cesado los tiros y los gritos, escuchándose solamente algunas voces excitadas. Cuando Miguel Ángel Aznar y

María Abril llegaron al campamento, vieron dos gigantescas “mantis” de color verdusco muertas en el suelo.

—Sí, todos estamos ilesos —confirmó Adler Ban Aldrik en respuesta a la pregunta de su hermano el Almirante—. Al parecer las “mantis” nos habían cercado en silencio. Fue el disparo y el grito de la señorita Abril quien nos puso alertas, y fue una suerte que ocurriera así, pues de lo contrario habrían caído sobre nosotros por sorpresa.

—Es curioso —dijo el Almirante con ironía—. ¿Qué se hizo de esas facultades excepcionales de los Tapos para descubrir a las “mantis” a distancia?

El joven Fidel, unos pasos más lejos, se limitó a mirar a Banda, que estaba a su lado sosteniendo todavía su fusil. El barbudo Chaye dijo que sería conveniente dar una batida por los alrededores del campamento. Dos o tres “mantis” del grupo atacante consiguieron huir, a favor de la oscuridad y la intrincada jungla. Convendría investigar si no había un grupo más numeroso de “mantis” en las cercanías.

Crando y Chaye salieron del campamento y los Aznar se dedicaron a sacar de allí los cadáveres de las “mantis”. Éstas estaban armadas sólo de largas y afiladas lanzas de punta de madera endurecida al fuego. A juzgar por su armamento primitivo, estas “mantis” debían pertenecer a una de aquellas colonias que tenían su “habitat” natural en la jungla, lejos de otras colonias más cultas y de un mayor nivel de vida.

La “mantis” era un animal extraordinariamente vigoroso, perfectamente adaptado a las condiciones de vida de la jungla, donde era el rey indiscutible.

—Debemos salir de este lugar lo antes posible —dijo el Almirante—. Sargento, venga conmigo.

María Abril siguió al Almirante hasta la orilla del río. Allí, mientras Miguel Ángel miraba al cielo, ella dijo:

—Tal vez no debí haber venido.

El Almirante la miró con cierto aire de severidad.

—Ya se lo advertí. La vida para unos proscritos es muy dura, especialmente en este planeta.

—No lo digo por eso, sino por sus compañeros. Tengo la impresión de haber caído como una intrusa. Esa chica, Banda, creo

que me odia.

—No se lo tome en cuenta. Banda es muy impulsiva, una auténtica salvaje. Pero no es mala chica.

—¿Es ella la muchacha Tapo con la cual convivió usted?

—¿También sabe usted eso? —preguntó el Almirante, sintiendo que se ruborizaba.

—Bueno, yo prestaba servicio en la Sala de Control. Ya sabe usted cómo es aquello, allí se habla de todo.

—¡Oh, no tiene que decírmelo! He vivido muchos años en la Sala de Control. Bien mirado es lógico que hablaran de mis relaciones íntimas con Banda, ¡no iba a ser yo una excepción! La verdad es que pensaba casarme con ella.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó la Sargento sin disimular su curiosidad.

—Sería largo de contar... y al final usted no me comprendería. Banda no es como nosotros. No me refiero solamente a sus facultades paragnósticas, que ya tiene sus pegas, sobre todo cuando uno no participa de esas mismas facultades. Es que ella es realmente “distinta”. Por ejemplo, los Tapos son muy sinceros. Practican entre ellos la telepatía, lo cual no da opción a que puedan engañarse unos a otros. Eso no es posible entre ellos, de modo que siempre van con la verdad por delante. Nosotros no podemos concebir siquiera una sociedad donde cada uno expresa lo que realmente piensa. Si eso ya es difícil para la convivencia, imagínese lo que supone en el terreno amoroso. Un Tapo vea una chica, y tanto si le gusta como si le es indiferente no puede ocultarlo. Pero imagínese que la chica a su vez tampoco disimula. Ve al hombre y le gusta. Rápidamente llegan a un acuerdo, y como no hay nada que se lo impida se van juntos a la cama. Hasta aquí las cosas no son muy diferentes a como nosotros lo hacemos, sólo que en nuestra sociedad un hombre y una mujer pueden cruzarse, gustarse mutuamente y no llegar a encontrarse jamás, sencillamente porque cada uno ignora lo que piensa el otro. Con más o menos circunloquios, un valerano y una valerana pueden llegar a entenderse. Unas veces queda en una escaramuza, y otras veces acaban por casarse. Una vez casados, el hombre y la mujer valeranos adquieren una serie de compromisos, tanto de uno respecto al otro, como respecto a los hijos y a la sociedad. Aunque el matrimonio está cada vez más desacreditado, la verdad es que

seguimos practicándolo, posiblemente porque nos falta imaginación para concebir las relaciones entre hombre y mujer de forma distinta a como nos han sido impuestas por la costumbre. En nuestra sociedad todo está codificado legislado, reglamentado... Los matrimonios se formalizan mediante un contrato y sólo pueden romperse mediante anulación del primero y formulación de un segundo contrato...

—Pero es lógico que sea así, ¿no es cierto? —preguntó la Sargento Abril abriendo sorprendida sus hermosos ojos.

—Nuestra lógica no es la lógica de los Tapos. Se emparejan y se separan cuando les da la gana. Un hombre y una mujer pueden vivir años juntos... hasta que llega un día que a él le gusta otra mujer, o a ella otro hombre. Los Tapos no tienen noción de la fidelidad. En cierto modo la fidelidad consiste en reprimir los deseos de uno por respeto a la dignidad de nuestro cónyuge... o la mayoría de las veces por temor a la censura de nuestros amigos. Los Tapos no conocen esa clase de hipocresía. Ahora bien, imagínese que yo me caso con una mujer Tapo. Soy un Almirante de la Armada, pertenezco a una familia distinguida y estoy cargado de vanidades y prejuicios. ¿Cuál sería mi porvenir, casado con una Tapo que le canta las verdades del barquero al más pintado, que puede arruinar una reunión diciendo a la mujer de un General: “señora, está usted ridícula con ese traje”, y que no le arredra llevarse a la cama al más joven y apuesto de mis ayudantes? ¡No podría soportarlo! Sé que debería poder hacerlo, pero es superior a mis fuerzas. Me han educado así, pertenezco a una sociedad en que esas cosas tienen su importancia, y no puedo cambiar mi modo de ser.

—Pero usted sí podría haber cambiado a Banda. Si lo único que le separa de ella es su educación, ¿por qué no la reeducó en nuestras costumbres, nuestra moral y nuestro particular modo de ser? Sería fácil con las máquinas “psí” de enseñanza por inducción directa al cerebro.

—¡Ah! —exclamó Miguel Ángel—. Ahí está el quid de la cuestión. Banda, educada a la manera y modo de nuestras costumbres ya no sería la misma. La educación la convertiría en una chica completamente vulgar, como hay millones en “Valera”, con el inconveniente de que no perdería sus facultades paragnósticas, que harían de ella una chismosa intrigante. No sería la Banda salvaje,

espontánea y encantadora de quien yo me enamoré.

—¡Pues sí que lo tiene usted complicado! —murmuró María Abril mirándole con curiosidad.

—Ya me quité de encima esa preocupación. Decidí no casarme con ella.

—Pero usted la ama todavía... ¿o ya no?

—No es fácil olvidar a una chica como Banda. Pero una cosa es segura, nunca la haré mi esposa.

El Almirante se volvió a mirar de nuevo al espacio sobre el río. Algo que vio entonces le hizo pegar un respingo, retrocediendo instintivamente y asiendo del brazo a María Abril para obligarla a esconderse bajo la copa del árbol. Precaución inútil, porque el árbol les cubría muy bien y seguramente nadie podía verles desde el aire.

—¡Una esferonave!

Los valeranos llamaban “esferonaves” a las aeronaves Ghuros, distinguiéndolas por su forma esférica. Los Ghuros, utilizando una técnica original, las construían de hormigón armado y de unos 800 a 1.000 metros de diámetro, a veces incluso más grandes, con paredes de enorme espesor.

La incorporación de las ondas gravitacionales hacía posible manejar estas enormes esferas como si se tratara de livianos globos. En el combate, las esferonaves se habían mostrado capaces de enfrentarse a los cruceros valeranos incluso con cierta ventaja. Las paredes de hormigón de 300 metros de espesor eran tan resistentes como las corazas de “dedona” de tres metros de grosor de los cruceros valeranos, y tenían un mayor grado de elasticidad para absorber los impactos.

La mayor ventaja de las esferonaves respecto a los cruceros clásicos consistía en que, disponiendo de una mayor superficie en metros cuadrados en el exterior, podían montar un número también mayor de proyectores de “luz sólida”.

En combate, las esferonaves giraban sobre sí mismas, ofreciendo alternativamente distintas caras al enemigo.

Una de estas curiosas esferonaves venía volando lentamente sobre el río a unos seis o siete mil metros de altura. Del color gris clásico del hormigón, parecía un globo aerostato avanzando majestuosamente a impulsos del viento. Pasó sobre el lugar donde estaban los proscritos y se alejó en dirección al mar.

—Eso puede explicar el porqué no regresaron los cruceros para buscarnos —dijo el Almirante—. Seguramente los nuestros se alejaron al ver acercarse la esferonave.

Regresaron al campamento y dieron cuenta de lo que acababan de ver.

—¿Crees que la esferonave nos buscaba a nosotros? —preguntó Fidel Aznar.

—Probablemente vio merodear por aquí a nuestros cruceros y se acercó a ver qué pasaba. Realmente no lo sé. Yo pienso que podemos esperar un par de horas más y luego intentar llegar al mar.

Crando y Chaye no habían regresado todavía, y todavía tardaron una hora.

—Hemos recorrido los alrededores en un radio de un kilómetro —dijo Crando—. No hay ningún termitero, pero hemos visto huellas recientes del paso de las Mantis. La selva está llena de trochas por donde suelen pasar para llegar hasta el río.

Media hora después se enfundaban en sus armaduras de “diamantina” —a excepción de Adler Ban Aldrik, que no tenía— iban hacia la orilla del río y se remontaban en el aire.

CAPÍTULO IX

El gigantesco anillo formaba una plataforma de diez millones de kilómetros de ancho. En sentido longitudinal, esta misma plataforma se extendía en una longitud de mil ciento noventa y tres millones, doscientos kilómetros, dando la vuelta completa al sol.

Una curiosa consecuencia de esta disposición, era que en sentido transversal la plataforma era un todo plano, mientras que en sentido longitudinal los continentes y los océanos eran cóncavos. Teóricamente al menos, contando con un potente telescopio, desde cualquier punto del circumplaneta podrían verse todos los demás puntos del hiperplaneta. Esto ocurría también en el interior de “Valera”. Pero “Valera” era una esfera hueca, mientras que el circumplaneta era un anillo cerrado y plano.

De hecho, la hermeticidad del anillo se había visto alterada durante el millón de años que los valeranos estuvieron ausentes de Atolón. Durante este tiempo el circumplaneta, sometido a tremendas inflexiones, se rompió en trece pedazos de tamaños distintos. En la actualidad, estas trece secciones seguían girando alrededor del sol, convertidos en otros tantos planetas, separados unos de otros por un abismo de millones de kilómetros. El anillo ya no era una unidad completa.

Desde el punto donde los proscritos comenzaron su viaje, el océano se veía como una gran cortina azul elevándose en el cóncavo horizonte, hasta perderse de vista tras la neblina de una intensa evaporación. Pareciendo cerca, la distancia real resultó ser superior a tres mil kilómetros.

El equipo de vuelo individual (back) podía impulsar a un hombre hasta mil kilómetros por hora en condiciones favorables. Pero para alcanzar esta velocidad era condición indispensable estar

protegido con escafandra y armadura de “diamantina”. Incluso a cien kilómetros por hora, mantenidos durante cierto tiempo, el viajero perdía todas las ropas y resultaba brutalmente golpeado por el viento.

El viaje de los fugitivos hasta el mar estuvo pues condicionado por la circunstancia de que uno de ellos, el doctor Fidel Aznar, no llevaba protección de armadura y escafandra. Se decidió mantener una velocidad de 80 kilómetros por hora, perfectamente tolerable, volando por etapas de cinco horas con intervalos para descansar y alimentarse de dos o tres horas.

Entre unas cosas y otras, traducido al tiempo de “Valera” invirtieron dos días y medio en llegar al mar, en un lugar no lejos de la desembocadura del río. Mientras los valeranos dormían diez y doce horas seguidas, los Tapos fueron en busca de mejillones, que proporcionaron una comida succulenta asados a la brasa.

Ignoraban en qué lugar se encontraban siendo la opinión más generalizada que se trataba de Trasmontania, un vasto territorio distante 200 millones de kilómetros de Bartpur, pero en realidad esto les preocupaba poco.

—¿Qué importa? —dijo el Almirante Aznar—. De lo que se trata es de encontrar un lugar seguro donde podamos organizarnos, lejos de las Mantis y los Ghuros.

—Si esto es Trasmontania estamos en el país de Banda, de Crando y Chaye —observó Fidel—. No sería una mala cosa unirnos a alguna tribu Tapo.

—El territorio es enorme, tan grande como toda la Tierra. Ni por casualidad daríamos con la tribu de Banda, aunque estuviéramos buscando años.

—No me refiero a encontrar precisamente la tribu de Banda sino otra tribu cualquiera. Los Tapos han sobrevivido durante milenios en este planeta, pese a todas las circunstancias adversas. Ellos podrían enseñarnos mucho.

—Bueno, ya tenemos Tapos aquí —dijo el Almirante—. Nada que no sepan Banda, Crando y Chaye pueden enseñarnos los demás Tapos. ¿Quién sabe? Con el tiempo puede que nosotros mismos lleguemos a formar una tribu. ¿Qué dice usted, María?

La Sargento Abril hizo un aspaviento, que provocó la risa de todos los demás, a excepción de Banda. La hostilidad de la Tapo era

tanto más ostensible respecto a María Abril, cuando que eran las únicas mujeres del grupo.

Los proscritos permanecieron un par de días descansando en aquel lugar. Luego los Tapos descubrieron la presencia de “mantis” a cierta distancia y decidieron dirigirse hacia las montañas siguiendo la costa.

Las montañas estaban lejos, pero no tenían prisa, y el mar les proporcionaba comida abundante y sana. La armadura de vacío, el “back” y el fusil de “luz sólida” se complementaban formando un excelente equipo de pesca submarina. Con la armadura y la escafandra se podía bucear a cualquier profundidad, y el “back” y el fusil lumínico no perdían su eficacia bajo el agua. Pero el buceo con escafandra no iba a durar mucho, pues muy pronto se agotó la provisión de oxígeno contenido entre las dobles paredes de la armadura.

Los mismos “backs” y los fusiles no eran inagotables. La mochila voladora era una pila nuclear de pequeño tamaño y los fusiles eran alimentados de energía por medio de pilas secas.

Podía conectarse el fusil al “back” y hacerlo funcionar tanto tiempo como durara éste. Pero los fugitivos estaban haciendo un uso excesivo de las pequeñas pilas nucleares y éstas no iban a durar mucho. Toda la esperanza de los viajeros consistía en que duraran al menos hasta encontrarse en lugar más seguro.

En Atolón el sol brillaba eternamente suspendido en lo alto del cénit. Para los valeranos, desacostumbrados, el tiempo no sólo resultaba difícil de medir, sino que siempre les parecía más largo de lo que era en realidad. Con frecuencia perdían la noción del instante en que se encontraban, y al mirar sus relojes, si por ejemplo eran las doce, no sabían si eran “del día” o “de la noche”.

Después de un tiempo dejaron de preocuparse por estas pequeñas cosas, imitando con ella la actitud de los Tapos, que no tenían relojes ni jamás se preocupaban por la hora que era.

Los Tapos eran ciertamente maestros en el difícil arte de la supervivencia. Sorprendía la de cosas que un Tapo sabía hacer, como orientarse allí donde no se veían estrellas, ni había variación en el sentido de movimiento del sol. Solamente con las manos, o con la sola ayuda de un pequeño cortaplumas, fabricaban nasas para pescar, flechas y arcos, trampas para animales y pájaros, cercas

para proteger su vivac, abarcas de piel con suela de madera, cuencos, platos y cucharas, chozas o plataformas elevadas en las copas de los árboles.

Conocían infinidad de plantas y sus distintas aplicaciones, bien fueran medicinales, masticables o comestibles, y sabían distinguir entre una enorme variedad de frutos y hongos, unos comestibles y venenosos los otros.

Los Tapos, como las mismas “mantis”, su peor enemigo, estaban perfectamente adaptados a las duras condiciones del ambiente donde se desarrollaba su existencia. A sus habilidades manuales y culinarias sumaban sus asombrosas facultades paranormales. A kilómetros de distancia se transmitían telepáticamente un mensaje advirtiéndolo de un peligro o llamando a un compañero. Cuando Crando y Chaye salían de expedición, Banda en el campamento parecía sintonizar una especie de radio invisible, y anunciaba su regreso con mucha anticipación, incluso enumerando las presas cobradas que traían.

La jungla, sin embargo, no era el terreno donde los Tapos se movían mejor. Huyendo de las malsanas tierras bajas y de las “mantis”, las tribus Tapo habían ido a refugiarse en las montañas. Los Tapos eran montañeses, y en este terreno lucían sus aptitudes excepcionales. En el curso de largos milenios de adiestramiento, los Tapos habían llegado a dominar la difícil técnica de la desmaterialización, añadiendo a ésta la “proyección”.

En las montañas, los Tapos saltaban abismos y escalaban los riscos más inaccesibles proyectándose a trescientos metros de distancia y más lejos todavía, realizando sin esfuerzo un fenómeno que la Ciencia terrícola todavía no podía explicarse.

Gracias a esta habilidad para esfumarse en el aire y trasladarse con la fuerza del pensamiento a otro lugar, los Tapos habían sobrevivido a los ataques de las “mantis”.

Con los “ghuros”, en general, los Tapos tuvieron pocos problemas, pues mientras los Tapos vivían en las regiones altas y montañosas, los “ghuros” jamás se alejaban de la costa. Estas criaturas extrañas, que también practicaban la telepatía, extraían del mar sus alimentos; placton, pequeños moluscos y algas que cultivaban en aguas tibias y poco profundas.

El grupo de los Aznar llevaba viajando casi una semana a lo

largo de la costa, en dirección a las montañas, cuando descubrieron los restos de una ciudad “ghuro” destruida por los bombardeos de la Armada Sideral Valerana.

La ciudad estaba en el fondo de una rada, asentada sobre un firme suelo de roca. Aguas afuera de la rada se veían los restos de dos esferonaves, ambas semihundidas, seguramente encalladas en el fondo; pues el mar allí no tenía bastante profundidad para cubrirlas totalmente.

Oscurcidas por el fuego, partidas por numerosas rajaduras y llenas de agujeros, parecían dos gigantescos galápagos asomando la concha por encima del agua. Estas esferonaves eran del tipo de las mayores que se conocían, aproximadamente un kilómetro de diámetro. Hundidas hasta aproximadamente la mitad, distaban dos o tres kilómetros de la costa.

La ciudad era pequeña, como para unos 100.000 habitantes como mucho. Los “ghuros” no solían tener grandes urbes al estilo de los valeranos, incluso los bartpuranos. No conocían las máquinas “Karendón” y por lo tanto su existencia estaba condicionada a los recursos naturales que extraían del mar.

Solían habitar en casas muy pequeñas, de una sencillez espartana, y pasaban la mayor parte de su tiempo al aire libre, pues su naturaleza estaba siempre sedienta de luz y de sol, que activaban su metabolismo de forma no muy distinta a como las plantas realizaban su función clorofílica.

Las bombas nucleares valeranas habían arrasado totalmente la pequeña ciudad, desapareciendo la mayor parte de los edificios y quedando reducidos a montañas de hierros retorcidos las grúas e instalaciones portuarias. Toda la zona irradiaba mortal radioactividad, registrada en los detectores incorporados a las armaduras de “diamantina”.

—Nunca hemos visto una esferonave por dentro —dijo el Almirante, cuando desde mil metros de altura contemplaban la ciudad a sus pies—. ¿Por qué no vamos a echarles una ojeada?

Adler Ban Aldrik, que no sentía la menor curiosidad por las cosas bélicas, se excusó de acompañarles alegando que no llevaba la protección adecuada, como así era en efecto. Pues también las armaduras de “diamantina” cumplían la misión de proteger al ser humano contra la contaminación radiológica.

Finalmente fueron el Almirante, la Sargento Abril y el joven Fidel Aznar. A medida que se acercaban volando a las esferonaves impresionaba más su enorme tamaño y su aspecto robusto. Sin embargo, los transportes siderales de la Armada Valerana eran mucho más grandes, aunque quizá no dieran una sensación de pesadez como las esferonaves de hormigón.

Como una montaña gris se elevaba fuera del agua, a quinientos metros de altura, la esferonave que los valeranos iban a visitar. Las olas rompían contra los costados de esta mole sin hacerle temblar siquiera. Fueron a posarse en el punto más alto de esta especie de cúpula gigantesca, y desde allí miraron a su alrededor.

Las esferonaves habían sido atacadas simultáneamente con torpedos de cabeza nuclear y armas de “luz sólida”. Toda la parte de la esfera visible estaba acribillada de agujeros, como un paisaje lunar en miniatura. Hasta apagar los proyectores de “luz sólida” de la esferonave, los valeranos tuvieron que emplearse a fondo enviando contra ella oleadas sucesivas de caza-interceptores “Delta”, el arma de ataque favorita de la que carecían los “ghuros”. Apagadas las baterías de “luz sólida”, sin defensa posible, las esferonaves fueron rematadas con missiles nucleares “aire-tierra”.

Desde lo más alto de la esfera, deslizándose por la rugosa y maltratada cara exterior, alcanzaron una de las profundas grietas y se deslizaron por ella. El espesor de la esfera era considerable, de unos 300 metros aproximadamente, y los expedicionarios tuvieron que encender las lamparillas que, desde el interior de las escafandras, iluminaban a través del frente transparente de cristal sin herir en los ojos. La grieta tenía toda la profundidad del grosor de la corteza y en su camino encontraron numerosos obstáculos, especialmente en forma de gruesos cables de “dedona”, que parecían formar una trama destinada a mantener la cohesión del hormigón y darle resistencia.

En el interior de la esfera encontraron otra esfera más pequeña de metal, separada de la exterior por un espacio vacío. Al parecer la esfera pequeña estaba destinada a mantenerse inmóvil, mientras que a su alrededor giraba en cualquier sentido la grande y pesada esfera de hormigón armado. Esta segunda esfera medía unos 200 metros de diámetro y estaba dividida en varios pisos que se comunicaban a través de escaleras y ascensores, de forma bastante

parecida a los cruceros siderales valeranos.

Realmente, lo que los expertos ojos del Almirante y su sobrino vieron allí, venía a demostrarles algo que ya se sospechaba. Los “ghuros” estaban técnicamente muy avanzados. Todo el material era de primera calidad y de un acabado perfecto. Este cuidado se advertía hasta en los menores detalles, cosa que chocaba con el aspecto tosco exterior de aquellas esferonaves, que inducían erróneamente a creer que los “ghuros” construían sus máquinas de cualquier manera.

—Y es lógico que sea así —dijo el Almirante comentando estos detalles con sus compañeros—. Los Ghuros llegaron a este planeta de algún otro lugar del espacio. Sabemos por experiencia que la conquista del espacio impone el conocimiento de muchas y muy complicadas materias. Además, cuando llegaron a Atolón ya conocían la física nuclear, la “luz sólida” e incluso probablemente las ondas gravitacionales, que nosotros no conocimos hasta que se las copiamos a los bartpuranos.

Encontraron en el interior de la esferonave numerosos objetos y herramientas que les abrían sido muy útiles en su nueva condición de robinsones, pero no tocaron nada. Según indicaban sus detectores todo estaba impregnado de mortal radioactividad.

Salieron de la esferonave, y antes de regresar se sumergieron en el mar para desprenderse de las partículas de polvo radiactivo adheridas a sus armaduras protectoras. Luego fueron a reunirse con sus compañeros, que les esperaban en el promontorio de la parte oriental de la ciudad.

Al volar de nuevo sobre la playa, a pocos kilómetros de la ciudad “ghuro”, descubrieron en un corto espacio hasta cinco cazas “Delta” profundamente enterrados en la arena, vestigios del combate que allí tuvo lugar entre las esferonaves y la Armada Sideral Valerana. Más adelante vieron otros restos de aparatos, y casi de improviso, a unos cien kilómetros de la ciudad destruida, una plataforma aérea, especie de “disco-volante”, pero más pequeño y de menor grosor que los transportes siderales valeranos, que flotaba en el aire a unos cien metros de altura sobre la playa.

—¡Ghuros! —gritó Crando.

Inmediatamente, cambiando el sentido de la marcha, se dirigieron hacia la selva y aterrizaron entre los árboles.

Reunidos para discutir un plan de acción, mientras Banda vigilaba en el borde de la selva, se manifestaron en diversidad de opiniones. Los Tapos, por supuesto, eran partidarios de evitar a los “ghuros” dando un gran rodeo tierra adentro. Como quiera que no se podía volar entre los árboles, y hacerlo por arriba supondría un riesgo de ser descubiertos, forzoso era andar muchos kilómetros en aquel infierno verde. Pero andar con las armaduras de “diamantina” y el peso de los “back” a la espalda no era del gusto del Almirante. Fidel dijo que debían deshacerse de todo el equipo, y Adler Ban Aldrik propuso simplemente esperar.

—¿Esperar qué? —preguntó su hermano al Almirante.

—Tal vez se marchen en unas horas. Me pregunto qué estará haciendo ahí esa plataforma. Debe ser un medio de transporte. ¿Pero qué es lo que transportan? ¿Y a dónde?

—Podríamos esperar si tuviéramos de qué comer. Pero con los Ghuros ahí es peligroso acercarse a la playa —dijo Miguel Ángel.

—Los Tapos encontrarán algo que comer en la selva. Llevamos demasiados días a dieta casi exclusiva de pescado, nos vendrá bien cambiar. La jungla es muy malsana, pero estamos aguantando satisfactoriamente —dijo el “bundo”.

El Almirante consintió con un gruñido. Poco después los Tapos se disponían a salir sin armadura ni “back” para cazar algún animal salvaje.

—Iré con ellos y me acercaré a la playa a espiar a los Ghuros —dijo Adler Ban Aldrik.

—Si vas a cruzar la selva, llévate mi fusil —le dijo el Almirante.

Pero el “bundo” rechazó el fusil. Detestaba las armas.

—Será mejor que vaya contigo —dijo entonces el Almirante, y se despojó el “back” y la armadura, conservando únicamente los zapatos de “diamantina”.

Dejando a Fidel con las dos muchachas, los hermanos Aznar siguieron a Crando y Chaye a la profundidad de la selva.

El calor era sofocante bajo la eterna penumbra verde de la jungla y la marcha se hacía penosa debido a la cantidad de matorrales y lianas que cerraban el paso. Los Tapos marchaban delante, y Miguel Ángel confiaba plenamente en su sentido de la orientación, sin preocuparse gran cosa por donde andaban, aunque maldiciendo en su fuero interno la ocurrencia de su hermano de

acercarse a ver qué hacían los “ghuros”.

Las ramas le azotaban el rostro y le desgarraban la ropa, y los mosquitos le picaban en las manos y la cara, pero sólo él maldecía y refunfuñaba, en tanto que sus compañeros soportaban estoicamente aquel suplicio.

La marcha no era muy rápida, pues los dos Tapos, que iban algo adelantados, no querían espantar la caza promoviendo demasiado ruido. Parecía por su actitud sigilosa como si olfatearan la caza, pero era algo distinto de esto.

—No olfatean —dijo Adler Ban Aldrik—. En realidad “escuchan” la actividad mental de la presa. Los animales también poseen una actividad mental y los Tapos la sienten a distancia, igual que sienten el pensamiento de un Ghuro o una Mantis.

—Sin embargo, en nuestro primer campamento, allá junto al río, las Mantis nos atacaron por sorpresa y los Tapos no supieron descubrirlas a tiempo —observó Miguel Ángel.

—Nuestros amigos en aquel momento no estaban atentos. Se necesita permanecer en estado de vigilia para percibir algo tan sutil como la actividad mental de un animal salvaje.

Todo ocurrió entonces increíblemente rápido. Se escuchó un grito ahogado, seguido del seco restallar de un fusil de “luz sólida” y una voz de agonía.

Adler Ban Aldrik quedó inmóvil y Miguel Ángel crispó su mano sobre el fusil sin saber qué hacer.

—¡Crando! —Llamó levantando la voz.

De pronto se apartaron unas ramas y una figura humana salió rápidamente encañonando al Almirante con un fusil. El valerano saltó ágilmente a un lado y el rayo sólido pasó por debajo de su brazo. El Almirante comprendió que no era ninguno de sus amigos. Disparó seguido, sin retirar el dedo del resorte, segando casi en dos al hombre que cayó de espaldas desapareciendo entre los matorrales.

Cesó el restallante crepitar del arma cuando el Almirante retiró el dedo del disparador, y un silencio de tumba cayó sobre la selva.

Todavía temblando de excitación, el Almirante miró a su hermano con el rabillo del ojo. El monje “bundo” permanecía en actitud de escuchar, pero evidentemente no oía nada. La jungla parecía ahora más silenciosa, impenetrable y amenazadora.

El “bundo” echó a andar rápidamente y Miguel Ángel le siguió llevando el fusil preparado. Pasaron sobre el hombre abatido por el Almirante y se detuvieron horrorizados. Allí estaban los dos Tapos, el rubio Crando y el barbudo y rudo Chaye, casi encima uno de otro, como recostados contra un matorral. Chaye, tendido sobre las espaldas de Crando, tenía una especie de estaca puntiaguda clavada en la garganta, por donde brotaba la sangre.

El Almirante apartó la vista de aquel macabro espectáculo y regresó atrás donde su víctima había caído, quedando medio cubierto por las ramas. Apartó las ramas y se inclinó. Su sorpresa fue mayúscula al reconocer las serenas y bellas facciones de... ¡Izrail!

Era un robot, una de aquellas hermosas mujeres robot que los valeranos habían reproducido por millones en sus máquinas “Karendón” para llevarlas a la guerra como soldados de infantería y pilotos de los caza-interceptores “Delta”. El robot estaba paralizado, pero no “muerto”, porque su actividad mental sólo quedaba interrumpida después de destruirse su maravilloso cerebro, formado de millones de diminutos cristales de cuarzo.

Los ojos de la izrailita, unos hermosos ojos azules, de una frialdad increíble, le contemplaban siguiendo cada uno de sus movimientos. El Almirante le apuntó a la cabeza y la mujer robot cerró los sedenos párpados, dejando caer sus largas pestañas como preparándose a recibir la muerte.

¿Podía morir un robot? El Almirante le disparó en la frente, donde el rayo abrió un pequeño agujero. Luego fue a reunirse con Adler Ban Aldrik, que estaba retirando el cuerpo de Chaye para examinar a Crando.

—Le rompieron la base del cráneo de un garrotazo —murmuró el “bundo”—. Seguramente Crando iba detrás de Chaye. El robot golpeó a Crando, y cuando Chaye se volvió le clavó la misma estaca aguzada en la garganta.

—Era una izrailita —dijo Miguel Ángel—. ¿Cómo lo has sabido?

—Crand y Chaye tenían muy alerta su sentido de vigilia cuando fueron sorprendidos. No pudieron percibir la actividad mental de su enemigo, que les esperaba emboscado. Y no pudieron descubrir al robot porque Izrail no emite ondas cerebrales como un ser vivo. Por eso supe en seguida que se trataba de un izrailita.

—¡Maldito robot! ¿Cómo demonios vendría a parar aquí?

—Debe haber millones de izrailitas vagando sin rumbo por la mitad del circumplaneta. Cuando rehusaron combatir, muchos aviadores robot llevaron sus aviones a tierra y los abandonaron. Otros, antes de abandonar sus aeronaves, volaron millones de kilómetros lejos del frente de combate. Así fue como ese izrailita llegó hasta aquí.

El Almirante guardó silencio. Luego preguntó:

—¿Quién se lo dirá a Banda?

Adler Ban Aldrik no respondió. En este momento se escuchaba el fatídico “canto de la cigarra”, en realidad la vibración de los élitros de las “mantis” nativas, cuyo estruendo era siempre mucho más sonoro que el de los humildes insectos terrícolas.

El “bundo” quedó inmóvil, como escuchando, en la misma actitud tensa que solían adoptar los Tapos cuando trataban de adivinar con sus facultades psíquicas lo que escondía la espesa jungla a cierta distancia.

—¡Mantis! Nos están rodeando, han olfateado la sangre.

El Almirante había oído decir frecuentemente a los Tapos que las “mantis” poseían un olfato excepcional para oler a los humanos. Cogió el fusil del suelo y se lo lanzó a su hermano, que lo atrapó en el aire.

—Bien, ¿en qué dirección hay que correr? —preguntó.

Adler Ban Aldrik señaló una dirección. El Almirante echó a andar apartando ramas y lianas al paso. Pronto escuchó otro chirrido sonoro a su derecha. Se desvió más a la izquierda y siguió avanzando. El “bundo” le seguía a corta distancia.

El pesimismo del Almirante se acentuó cuando al chirrido de la derecha se unió otro por la izquierda. El cerco estaba cerrándose rápidamente. Las “mantis” sabían dónde estaban y se avisaban unas a otras. ¡Y él ni siquiera sabía en qué dirección estaban huyendo!

Las ramas azotaban el rostro y el cuerpo de Miguel Ángel y le producían sangrantes arañazos que él ni siquiera notaba. Respiraba agitadamente y estaba todo él en un baño de sudor. El enervante canto de las “mantis” se escuchaba detrás, a su izquierda y a su derecha. Y finalmente se oyó también delante. El Almirante se detuvo. Su hermano llegó junto a él.

—Es inútil —jadeó el Almirante—. No tenemos escapatoria.

—Están muy cerca —admitió el “bundo”—. Toma el fusil.

—Te hará falta para defenderte.

—No, no me hace ninguna falta, al contrario. Toma el fusil.

—Estúpido, ¿cómo piensas luchar contra esos demonios?

—Mis antepasados se defendieron durante siglos de las Mantis sin tener que matarlas.

—¿Se trata de eso? ¿Te repugna disparar contra esos monstruos? Tal vez prefieras ser devorado por ellos.

El “bundo” no contestó. Se escuchó un rumor de ramas removidas. Se alejó de un salto del Almirante y escuchó. Luego se volvió de repente y arrojó el fusil por el aire, de modo que Miguel Ángel no tuvo más remedio que cogerlo al vuelo.

—Huye mientras yo les entretengo —dijo.

Las ramas se apartaron de pronto y una gigantesca “mantis” saltó en dirección al “bundo”. De pronto éste desapareció, literalmente esfumado en el aire. Reapareció inmediatamente junto al insecto, que se revolvió para atacar. Pero el “bundo” se dispó de nuevo y reapareció detrás de la “mantis” lanzando un salvaje grito para llamar su atención.

Un segundo insecto surgió de la espesura y se detuvo adoptando su actitud característica antes de atacar; derecho sobre sus patas ligeramente encogidas, apoyando en el suelo el extremo del tórax como la cola de un canguro, los brazos levantados y dobladas las agresivas pinzas a la altura del pecho, como una figura orante. Entre las pinzas sostenía una lanza larga y aguzada.

Miguel Ángel Aznar disparó contra la “mantis”. Le acertó en la horrible cabeza color verdoso. El insecto se puso a pegar terribles saltos como un epiléptico.

—¡Huye! —gritó Adler Ban Aldrik, y a continuación se desvaneció en el aire.

El Almirante echó a correr. Su hermano se materializó ante él. Señaló con el brazo.

—¡Corre, no te pares!

Miguel Ángel pasó por su lado y siguió corriendo. Escuchó nuevos chirridos a la derecha y la izquierda, toda la jungla era un coro de chirridos y un rumor de ramas y hojas removidas. Continuó corriendo, a punto de estallarle los pulmones, abriéndose paso a codazos y golpes de fusil.

Inesperadamente, al saltar entre un alto matorral, se vio detenido por algo sutil que le envolvía. ¡Una red!

La red cayó sobre él y entonces vio unas figuras grotescas que aparecían entre la espesura. ¡Eran “ghuros”! Se acercaron, le miraron y se apartaron. Estaban armados de fusiles. Otros “ghuros” surgieron de los matorrales. Uno de ellos se acercó y contempló al terrícola con sus menudos y brillantes ojillos, implantados en una cabeza parecida a la de una tortuga, pequeña y delgada, de una repulsiva fealdad.

El Almirante no intentó siquiera defenderse. Y lo que fue más curioso, tampoco sintió la necesidad de hacerlo. Estaba sereno y totalmente tranquilo.

CAPÍTULO X

Después de haber estado a sólo quince metros de distancia en la playa, los "ghuros" se sacaron de la red y se escondieron hasta la batalla contra las "mantis" los "ghuros" emplearon al parecer granadas de mano, cuyas explosiones se escucharon durante largo rato hasta que todo quedó en silencio.

Sentado a pleno sol en la arena, con sus vigilantes a unos pasos de distancia, Miguel Ángel Aznar observaba una actitud pasiva, tratando de no pensar en su hermano, su sobrino ni las muchachas, pues temía que los "ghuros" interceptaran sus ideas y averiguaran sin él quererlo dónde estaba escondido el grupo.

Ahora el Almirante pudo por fin saber qué era lo que los "ghuros" hacían en la playa. Sencillamente estaban dedicados a la recogida de chatarra. Esta chatarra eran los restos de los caza-interceptores "Delta", derribados a los valeranos durante el ataque a las esferonaves que se encontraban cien kilómetros más lejos.

Los "Delta" valeranos estaban enteramente contruidos de "dedona", metal precioso que producido industrialmente, por transmutación atómica, resultaba a un costo muy elevado.

Los valeranos tenían una fuente natural de "dedona" en su planetillo, pero este metal, sumamente raro en la naturaleza, no existía en Atolón. Resultaba pues económicamente rentable la recuperación de chatarra valerana, que era de una calidad y densidad como los "ghuros" probablemente no conocían.

Desde la plataforma volante, suspendida a unos cien metros de altura sobre la playa, los "ghuros" lanzaban un cable eléctrico a los restos del aparato hundido en la arena. Los "Delta" eran inducidos eléctricamente y se hacían entonces sumamente ligeros. Desde la plataforma volante, una grúa izaba la chatarra.

Esto parecía explicar por qué los proscritos no encontraron restos de "Deltas" antes de llegar a la ciudad destruida, y en cambio

encontraron algunos a este lado de la costa. Los “ghuros” ya habían recogido la chatarra cuando los proscritos pasaron por aquel lugar.

Después de casi dos horas de espera a pleno sol, llegó volando a baja altura una aeronave de forma oval, aerodinámica, tan grande como un autobús, que vino a posarse cerca de donde se encontraba el Almirante. Un “ghuro” se apeó de la nave y fue a reunirse con otros dos que llegaban de la plataforma.

Los “ghuros” no tenían voz y carecían por lo tanto de un lenguaje. Se comunicaban entre sí telepáticamente.

Para el terrícola, acostumbrado a otras formas, el individuo inteligente conocido por “ghuro” era sencillamente horrible, casi indescriptible. Su cuerpo amorfo era una especie de masa de aspecto gelatinoso, rematado por una cabeza ridículamente pequeña, aplastada por los lados, con un pico caído sobre la boca desdentada. Tenían cuatro brazos y dos piernas, pero distintos de todo lo conocido, sin articulaciones.

Los cuatro brazos del “ghuro” eran como ondulantes serpientes, cortas y robustas, y las piernas tenían a partir de donde debían estar las rodillas unos faldellines que se movían al andar y llegaban hasta los pies. En la Naturaleza terrícola, cualquier animal era más bello y estaba mejor proporcionado.

El cuerpo del “ghuro” era incoloro, casi transparente, como el de las medusas, y estaba surcado por ramificaciones de venas tenuemente azules. No tenían esqueleto, sino una especie de armazón ligero cartilaginoso.

Desde la distancia que se encontraban los conferenciantes los guardianes de Miguel Ángel debieron recibir alguna orden telepática. Hicieron señas al valerano para que se levantara y lo acompañaron hasta la aeronave. Poco después el Almirante estaba viajando en la aeronave “ghuro”, sin más compañía que el individuo que vino a buscarle y un piloto. En cierto momento Miguel Ángel Aznar se sintió invadido de un profundo sopor.

Quedó dormido sin darse cuenta.

Cuando despertó y miró a su alrededor vio que se encontraba en una habitación en parte excavada en la roca, y en parte construida de cemento. Era una habitación sin ventanas, ventilada por una rejilla que arrojaba una corriente continua de aire fresco, cerrada por una sólida puerta de acero, y sin más muebles que una cama y

una silla.

Poco después de despertar se abrió la puerta y entraron dos “ghuros” que depositaron sobre la silla una bandeja de madera con alimentos. Éstos consistían en moluscos muy finos, de sabor exquisito, pescado menudo y una especie de ensalada de algas verdes. Le dejaron solo y se marcharon.

Sin reloj ni otro medio de determinar el tiempo, el Almirante ni siquiera sabía cuánto tiempo había dormido hasta que despertó. Se sentía muy descansado y tranquilo, lo que le hizo sospechar que había estado sometido a un sueño hipnótico.

Cuando terminó de comer regresaron los “ghuros”, que eran muy inteligentes, parecían bastante torpes queriendo hacerse comprender por señas. No tenían costumbre de expresarse así. Le sacaron a un amplio corredor, cuyo techo abovedado estaba excavado sin duda en la roca, y le llevaron a un retrete contiguo. Luego le acompañaron de nuevo a la celda y le encerraron.

Miguel Ángel se sintió desolado. A nada temía más que a las facultades telepáticas de los “ghuros”. Creía que si éstos le interrogaban en estado hipnótico no podría evitar hacer revelaciones altamente comprometedoras, tanto para sus compañeros, como para la seguridad de la colonia de deportados que debía haber comenzado su existencia allá en Bartpur.

Calculó que llevaba dos días en su encierro, cuando una de las veces que le sacaron al corredor, en lugar de llevarle al retrete como él creía, le empujaron para que continuara andando.

El almirante Aznar siempre había supuesto que se encontraba en un refugio nuclear excavado profundamente en el subsuelo o bajo de alguna montaña. Lo que vio le confirmó en esta creencia. El refugio debía ser muy grande, realmente enorme, y estaba formado por una intrincada red de galerías superpuestas al menos en tres plantas, comunicadas entre sí por escaleras, rampas y ascensores.

Vio gran cantidad de “ghuros” en todas partes, y en algunos momentos creyó escuchar ruido de máquinas, martillos pilones y fraguas. No sería extraño que los “ghuros” hubiesen trasladado allí su industria, después de los asoladores bombardeos nucleares de los valeranos.

Pasando desde una gran galería a un corredor más pequeño, cambiando el piso de roca desnuda por otro de cemento, llegaron a

una gran sala de techo abovedado donde esperaba al prisionero una gran sorpresa. ¡Allí estaban su hermano, su sobrino Fidel y las dos muchachas; Banda y María Abril! Ninguno de ellos pareció sorprendido, aunque evidenciaron su contento de verle con sonrisas, palmadas y alguna palabra cariñosa.

Los “ghuros” que habían escoltado a Miguel Ángel hasta allí se retiraron dejándoles solos.

—¿Os cogieron también? —preguntó el Almirante.

—Nosotros fuimos al encuentro de los Ghuros para entregarnos —dijo Fidel.

—¿Por qué?

Contestó Adler Ban Aldrik:

—Nuestra situación se había hecho insostenible. No teníamos comida, estábamos agotados y acabábamos de perderte a ti, a Chaye y a Crando. Conozco a los Ghuros, sé que son gente pacífica y comprensiva y pensé que estaríamos más seguros entre ellos que huyendo continuamente de las Mantis.

El Almirante no salía de su asombro. ¡Sólo a un hombre como su hermano podría habérsele ocurrido esta salida! La nobleza de corazón y la bondad del monje “bundo” hacíanle suponer que todo el mundo era igualmente bueno.

—¡Estás loco! —acertó a murmurar.

Se abrió una de las puertas de la sala, asomó un “ghuro” y el “bundo” dijo:

—El Guía va a recibirnos.

El Guía en la sociedad bartpurana era el patriarca, especie de Sumo Magistrado de las ciudades-república. Los “ghuros” no tenían un idioma, pero presumiblemente lo que ellos entendían por “jefe”, o “presidente” o “alcalde”, era lo que Adler Ban Aldrik traducía por “Guía”.

Entraron en una especie de despacho, una habitación espaciosa y bastante calurosa, de una sobriedad casi monacal, una de cuyas paredes aparecía totalmente cubierta por un bello y enorme acuario, en el que se movían pececillos de hermosos colores. El Guía está sentado en un taburete de aspecto poco confortable, detrás de una gran mesa de cristal sobre una base de coral de delicado color rosa. Había otros taburetes en la habitación y los prisioneros se sentaron en ellos formando un semicírculo ante la mesa.

Del lado contrario del acuario el muro estaba cubierto por una biblioteca. El piso era de mármol rosa y la luz era brillante y amarilla, procedente de unos focos suspendidos del techo.

El Almirante Aznar observó asombrado a su hermano, que se inclinaba ligeramente hacia adelante y apoyaba las manos sobre las rodillas mirando fijamente el horrible ser que estaba al otro lado de la mesa.

—¿Se trata de un interrogatorio? —preguntó el Almirante en voz baja a Fidel, que estaba a su lado.

—Adler Ban Aldrik se dirige al Guía y le agradece el buen trato de que hemos sido objeto.

El joven Fidel Aznar y su padre habían sido en “Valera” quienes llevaron todo el peso del interrogatorio de los prisioneros “ghuro” hechos por el Almirante en su primera incursión al circumplaneta, cuando rescató a los Tapos. Las facultades telepáticas de ambos estaban a la altura de los “ghuros” y su trabajo resultó de inestimable valor para el Servicio de Información valerano.

—Tradúceme lo que se dicen —rogó el Almirante.

—El Guía se muestra muy sorprendido de que papá pueda entenderse con él telepáticamente. Mi padre le está soltando el rollo de su origen bartpurano y de cómo los bartpures practican normalmente la comunicación telepática. Sí, es una larga historia, pero el Guía escucha con interés. ¿Cómo es el aura de este hombre? Voy a tratar de verla...

Fidel Aznar miraba fijamente al “ghuro” y todos guardaban silencio. Sin embargo, en este silencio, se comunicaban el Guía y el “bundo”, y Fidel Aznar podía “escuchar” lo que ambos se decían.

—¿Están realmente hablando? —preguntó María Abril acercando sus labios al oído del Almirante Aznar.

—No hablan, se comunican sus ideas de mente a mente.

—¿Y qué es lo que se dicen?

—¡Chist, cálese, no interrumpa!

Fidel seguía silencioso y el Almirante le preguntó si podía ver el aura del Guía.

—Sí, la estoy viendo —contestó el muchacho—. Es un hombre de una gran personalidad, muy inteligente, muy culto. Se lamenta de no haber conocido a los bartpures, dice que seguramente la nación Ghuro habría encontrado muchos puntos de contacto en el

carácter y el pensamiento de la raza bartpur. Se duele que tal cosa no ocurra con los valeranos. Los valeranos son rudos... violentos. Han atacado muy duramente las ciudades Ghuro y dado muerte a miles de seres inocentes. Papá le contesta que también los Ghuros atacaron una división sideral valerana y la redujeron a pedazos sin una sola explicación...

—¡Ah, perfectamente! ¿Qué contesta el Ghuro a eso?

—Lamenta aquel incidente, todo fue consecuencias del temor de los Ghuros ante la presencia de unos seres desconocidos y a la imposibilidad de comunicación de ideas. De todos modos, el Estado de Trasmontania nada tuvo que ver con aquello. Éste es un estado federado de muchas ciudades libres. Hay otros estados en el circumplaneta, los Ghuros no siempre coinciden en su política, es un pueblo celoso de sus libertades y su independencia. Ahora en cambio los distintos estados federales negocian un pacto para unirse contra la amenaza de los extranjeros... esos somos nosotros, los valeranos.

—Muy interesante. ¿Entonces es como nos figurábamos, los Ghuros finalmente van a unirse para aplastarnos?

—Papá le está relatando las vicisitudes de la nación valerana. Otro rollo... No obstante el Guía atiende con interés. Es un ser refinado al que le gusta la investigación.

Fidel Aznar guardó silencio durante largo rato.

—¿Qué dicen ahora? —preguntó el Almirante impacientándose después de largo rato de espera en silencio.

—La conversación se está poniendo interesante. Papá pregunta por qué los dos pueblos, valeranos y Ghuros, no pueden convivir juntos en el mismo planeta. El Guía responde con la misma pregunta. El circumplaneta es muy grande y los Ghuros sólo habitan en un pequeño espacio. Durante siglos o milenios (largo tiempo) los Ghuros están tratando de llegar a un entendimiento pacífico con las mantis. Pero las Mantis son unos seres intratables... más o menos eso es lo que quiere decir. No hay forma de entenderse con los insectos gigantes. Las Mantis siguen asolando las ciudades Ghuro y éstos se ven obligados a tenerlas a raya lanzando de vez en cuando ataques contra los termiteros... Todo esto es muy lamentable, pues obliga a los estados Ghuro a dedicar un gran esfuerzo al mantenimiento de las flotas de esferonaves, con detrimento de otras

necesidades que las ciudades-estado no pueden atender. Dice el Guía que ¡ojalá pudieran entenderse pacíficamente con los valeranos!

—¿Dice eso? ¡Nos está engañando! —exclamó el Almirante.

—No seas tonto, querido tío. ¿Cómo va a engañarnos? No puede hacerlo, su pensamiento fluye de sus sentimientos. Si hubiera falsedad en sus palabras no podría haberlo en sus sentimientos, y unas y otro serían contradictorios. El Guía dice lo que siente, sólo de ese modo se puede comunicar telepáticamente.

—¿Qué dice el cabezón de tu padre?

—Que eso está muy bien, que él también querría ver a los valeranos entregados a una tarea pacífica, en buenas relaciones con los Ghuros. Papá cree que es posible llegar a un entendimiento.

—Pues está mintiendo. Adler Ban Aldrik sabe que eso no es posible.

—Él se pronuncia a título personal, y cree firmemente que tal acuerdo puede llegar a buen fin. Se apoya en las propias ideas del Guía y dice que, en efecto, el circumplaneta es tan grande, que podría acoger perfectamente a Ghuros y valeranos sin molestarse mutuamente. ¡Ah, pero el Guía ha descubierto las reservas mentales de papá! Los valeranos tienen el propósito de conquistar todo el circumplaneta. Papá le responde. Habrán de transcurrir cientos de generaciones para que los valeranos puedan ocupar todo el circumplaneta. Pero en este tiempo el pensamiento del valerano habrá evolucionado hacia formas más espirituales. El valerano acabará detestando la violencia, será más comprensivo y tolerante... como llegaron a serlo los bartpuranos... y como probablemente llegaron a serlo los terrícolas que habitaron posteriormente este planeta antes de la llegada de los Ghuros.

—¡Magnífico! No le faltan argumentos a ese tuno.

—No son argumentos, tío. Papá piensa que realmente ha de ser así. Ahora mismo hace una referencia al papel que el Hombre está llamado a desempeñar en la vida. Perfeccionarse en una evolución continua hacia formas más elevadas. ¡El Guía está de acuerdo con esa idea! También los Ghuros eran violentos e intransigentes en el pasado. Han evolucionado y ahora son un pueblo eminentemente pacífico. Papá dice que los valeranos podrían contribuir eficazmente al desarrollo y el progreso de la nación Ghuro...

—¡Con tal que no mencione las máquinas Karendón!

—Justamente ahora está hablando de las Karendón.

—¡Diantre con el hombre! ¿Por qué tenía que ser tan bocazas?

—protestó el Almirante—. Las Karendón pueden suscitar la codicia de ese tipo y echarlo todo a perder. ¡Nos barrerán para apoderarse de nuestras máquinas y conocer su secreto!

—En efecto, la descripción de la Karendón está despertando la codicia del Guía, pero no en el sentido que tú crees. El Guía ve ante sí enormes posibilidades. Su pueblo quedaría liberalizado de las tareas más penosas... habría comida abundante para todos... El Ghuro ve el país convertido en Jauja. Teme excederse en sus sueños y pregunta si es verdad que las Karendón pueden aportar toda la riqueza y el bienestar que él imagina. Y papá le dice que sí.

—¡Apaga y vámonos!

—El Guía está entusiasmado. Pregunta si los valeranos les cederíamos nuestras máquinas —continuó Fidel.

—¡Claro que sí! —exclamó Miguel Ángel—. Vamos a regalárselo todo, incluso los pilones en los cuales luego nos cortarán la cabeza.

—Papá dice que ésa podría ser una condición básica para negociar un acuerdo de amistad. Los valeranos les cederíamos las Karendón, y los Ghuros a cambio desistirían de atacarnos. El Guía promete que va a ocuparse inmediatamente de este asunto. Hablará con los otros Guías de su Estado y luego con los Guías de los demás estados...

Fidel se puso en pie al mismo tiempo que lo hacían su padre y el Guía. El Almirante Aznar, Banda y María Abril se levantaron a su vez. El grupo abandonó el despacho y regresó a la sala contigua.

Mientras esperaban a que fueran a buscarles, el Almirante Aznar se dirigió a su hermano con rudeza:

—Te has comprometido con los Ghuros en términos que sabes bien no estás en condiciones de cumplir. Nadie te autorizó a negociar con esta gente, no tienes atribuciones para hacerlo.

—Sólo mantuve una charla amistosa con el Guía —se excusó el “bundo”.

—Sé muy bien lo que has hablado con el Guía, Fidel me tradujo vuestra conversación.

—Entonces sabes que no hemos hecho más que expresar nuestros mutuos deseos de llegar a una convivencia pacífica.

—Has hecho concebir a los Ghuros esperanzas que nunca verán cumplidas. Si fuera solamente una estratagema para ganar tiempo me parecería bien. Pero tú nunca hablas en segunda intención. Debo entender que crees en lo que dices.

—Naturalmente.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo de pensar que MacLane y su gente van a ceder ni una sola máquina Karendón a los Ghuros? Los Ghuros ya son más fuertes que nosotros. Lo único que les falta para aplastarnos más fácilmente son unas cuantas Karendón. ¿Cuánto crees que duraría ese pacto, después que los Ghuros recibieran tan magnífico obsequio?

—El Guía se ha manifestado con entera sinceridad. Si otro pensamiento hubiese cruzado por su mente yo lo habría sabido.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Por qué un Ghuro no puede engañara un mestizo bartpurano?

—No puede —fue la seca respuesta del monje “bundo”.

—Eres un tipo exasperante. Pero te lo advierto, no sigas por ese camino, no te comprometas a nada. Si los Ghuros desean realmente firmar un pacto, como si es engaño y mentira, lo único que debes hacer es tratar de ponerles en contacto con MacLane. Que sea MacLane quien les desengañe.

—¿Crees tú que MacLane rechazará la proposición de los Ghuros?

—Estoy seguro.

—¿Por qué? —protestó el “bundo” quejosamente—. No tenemos la menor probabilidad de sobrevivir en este planeta si los estados Ghuro se ponen de acuerdo y atacan nuestra colonia todos a la vez. Nada tenemos que perder pactando con los Ghuros, y sí mucho que ganar.

—MacLane no lo verá de ese modo. Entenderá que si los Ghuros acceden a pactar, es porque se encuentran en posición de debilidad. Quizá MacLane acceda entonces a establecer una tregua, esperando a robustecer nuestra Armada antes de reivindicar nuevos territorios. Lo que nunca hará será ceder las máquinas Karendón a sus enemigos. Sin las máquinas los Ghuros no querrán negociar, o sea que la lucha de todos modos es inevitable.

—Pues debemos evitarla, o los Ghuros nos barrerán de este planeta como chinches. Alguien debería convencer a MacLane que

no está en condiciones de jugar con las buenas intenciones de los Ghuros. Si se sienten amenazados, los Ghuros optarán por aniquilarnos como único medio de conjurar el peligro.

Llegaron dos “ghuros” para acompañarles a sus nuevos aposentos; una “suite” de tres habitaciones dobles alrededor de un “living” con una puerta a un cuarto de aseo. Con gran sorpresa del Almirante, solamente un “ghuro” sin armas quedó de vigilante en la parte de afuera. No estaba allí para impedir que los extranjeros salieran, sino para que los “invitados” pudieran verse libres de la curiosidad de los “ghuros” de la gran ciudad subterránea.

—No es una ciudad subterránea. Está enteramente excavada en el corazón de una enorme montaña —explicó Fidel Aznar, que había apuntado todos los detalles en su memoria al llegar.

Miguel Ángel pudo comprobar que era así cuando horas más tarde les permitieron subir a la cima de la montaña en un ascensor. La montaña estaba muy próxima al mar y formaba parte de la cordillera hacia la cual los proscritos se dirigían en busca de los Tapos.

Dos días después, inesperadamente, Fidel Aznar le anunciaba a su tío el deseo expresado por Banda de ser devuelta a su tribu.

—¿Por qué quiere volver con la tribu? —preguntó el Almirante sintiéndose angustiado.

—Es natural, Banda siente añoranza de su país y ansía la amistad de su gente. Se siente una extraña entre nosotros.

—¿Por qué nunca se sintió así en “Valera”?

—Porque en “Valera” estaban su hermano y muchos de sus amigos. Porque “Valera” era para Banda un nuevo mundo en el que había muchas cosas pintorescas por descubrir... y porque mientras estuvo allí te tenía a ti y era feliz.

El Almirante guardó silencio un minuto. La conversación tenía lugar durante una de sus frecuentes salidas a la cima de la montaña. Un poco más lejos, Banda contemplaba sus amadas montañas con expresión nostálgica.

—Tú la amas —dijo de pronto Miguel Ángel—. ¿Por qué no la haces tu esposa?

—Porque ella te ama a ti. Banda no es de la clase de mujeres que se consuelan con sucedáneos. No sería feliz conmigo, ni aun en el caso de que aceptara pasar por paño de lágrimas. Pero tú sí podrías

casarte con Banda. Ya ves, todos tus prejuicios carecen de sentido en tu situación. Ya no eres un Almirante Mayor, ni te relacionas con distinguidos y ceremoniosos amigos. Aunque los nuestros pactaran con los estados Ghuros un acuerdo de amistad, MacLane nunca te aceptaría en la colonia. No podrás volver allí. Pero podrías ir con Banda a vivir con los Tapos y rehacer tu vida desde las raíces.

El joven hizo una pausa, añadiendo después:

—A propósito, “Valera” partió hace dos días.

—¡Partió! ¿Por qué no me lo habéis dicho? —exclamó el Almirante.

—Porque sabía que te entristecería saberlo. De alguna manera, tal vez subconscientemente, todos esperábamos que a última hora ocurriera un milagro... como que los valeranos se compadecieran de nosotros y nos aceptaran de nuevo después de habernos castigado con un susto morrocotudo. Pero nada de eso ha ocurrido. El autoplaneta se ha marchado, y esta vez para siempre. Nunca lo volveremos a ver. Algún día, transcurridos unos siglos en el tiempo del autoplaneta, los valeranos, cansados de sus andanzas tal vez regresen para investigar cómo se desarrolló nuestra colonia. Pero aunque los mismos que nos condenaron regresen, las gentes que encuentren aquí serán otras. Para entonces en Atolón habrán transcurrido milenios, las generaciones se habrán sucedido... pero ninguno de los que hoy vivimos viviremos en aquel tiempo. ¡Todos habremos muerto mucho antes de que regrese “Valera”!

El Almirante Aznar miró al cielo, como tratando vanamente de ver allá el planetillo. Luego se alejó de su sobrino hacia otro extremo de la pequeña meseta. Silenciosa y amargamente lloró casi sin darse cuenta. Después de todo el autoplaneta era su patria. La otra patria, Nueva Hispania, se había disipado sin dejar rastro en el polvo del pasado. Atolón, donde había nacido, era otro mundo distinto, inhóspito y desconocido. Con el autoplaneta se marchaban los mejores recuerdos de su juventud; sobresaltos, emociones, penas y alegrías, todo lo que un día había significado algo para él.

Alguien se acercó a él y le tocó suavemente en un brazo.

Se volvió, allí estaba la hermosa Banda, mirándole con sus grandes ojos húmedos de lágrimas. ¿Por qué Banda? Muy sencillo, porque la muchacha Tapo era la única mujer que podía leer en sus sentimientos, vivir con él su tristeza y su dolor.

—¡Banda! —murmuró el Almirante. Y la estrechó en sus brazos, enjugando sus lágrimas en la blanda y suave cabellera.

EPÍLOGO

Las negociaciones entre valeranos y “ghuros” fueron muy laboriosas, invirtiéndose en ellas más de medio año hasta concluir en una especie de “manifestación de principios”, en los cuales los exiliados se comprometieron a no atacar a los “ghuros” y respetar las ciudades y establecimientos de éstos que ya existían en la fecha de su llegada.

El diligente mediador entre ambas partes fue el doctor Fidel Aznar, conocido también por Adler Ban Aldrik, el cual hizo incontables viajes entre Bartpur y Trasmontania llevando y trayendo los puntos de vista de cada bando. Los “ghuros” no consiguieron obtener las máquinas “Karendón”.

—No importa —dijo el “bundo” a su hermano al regreso a Trasmontania—. Voy a construir máquinas “Karendón” para los Ghuros.

—¿Estás seguro de obrar sensatamente? —protestó el Almirante—. El día que los Ghuros tengan las “Karendón” serán inmensamente fuertes.

—Hermano, me sorprende que después de llevar seis meses disfrutando de la hospitalidad de esta gente, todavía pongas en duda su sincera voluntad de vivir en paz.

—¡Pero las máquinas “Karendón” lo son todo! ¡Todo! Hasta los ignorantes Tapos podrían vivir como príncipes de fábula si tuvieran esas máquinas.

—Cierto. Las “Karendón” no son propiedad exclusiva de los valeranos. Vosotros no las inventasteis, las recibisteis de mis antepasados. Si los bartpuranos hubiesen tenido igual estrechez de miras de los valeranos, jamás habríais tenido la “Karendón”, y vuestra vida seguiría atada al esfuerzo continuo, a la lucha nunca ganada entre la producción de alimentos y el consumo. La “Karendón” ha liberado al hombre del trabajo y le ha dado tiempo

para vivir realmente la vida. La “Karendón” es la llave que abre la puerta de la felicidad para el hombre esclavo. ¿Por qué no repartirla, pues, para que en todas partes todos los hombres se beneficien de ella? Los Ghuros tienen el mismo derecho que los valeranos a recibir la bendición de esas máquinas. Yo diría que incluso más, pues los Ghuros son gente pacífica, amistosa e inteligente. Por consiguiente no considero incurrir en traición ni deslealtad al entregar también a los Ghuros los beneficios de las “Karendón”. Ellos sabrán utilizarlas para la paz y el progreso, mucho mejor que los uhlanitas y los tritones, a quienes también se las regalamos.

El Almirante Aznar tuvo que admitir la razón de los argumentos de su hermano.

—Por cierto —dijo el monje—. MacLane consiente en aceptar la presencia de Fidel en la colonia. Le necesitan allá a título de embajador de los Ghuros. Fidel es el único capaz de servir de intérprete entre la colonia y nuestros amigos.

—Me alegro mucho de que el chico pueda volver —dijo el Almirante—. Lo está deseando.

—¿Qué harás tú? ¿Vas a regresar con los Tapos por fin?

—Banda me ha propuesto una empresa descabellada —dijo el Almirante mientras su hermano empezaba ya a reírse—. ¡Nada menos que buscar a todos los Tapos desparramados por la circumplaneta y reunirlos para formar una nacionalidad única! ¿Por qué te ríes, dí?

—La empresa es descabellada... ¡y magnífica! Digna de tu mujer. Los Ghuros calculan que hay más de cien millones de Tapos repartidos en todo el circumplaneta. Si lograras reunirlos a todos... ¡formarían una nación más numerosa que la de los valeranos de MacLane!

—¡Caramba! ¿De veras son tantos? —murmuró Miguel Ángel. Reflexionó y añadió con entusiasmo—: ¡Ya lo creo que voy a intentarlo! Haré de ellos una nación fuerte, próspera y numerosa. Estoy ya contribuyendo a ello, Banda está embarazada.

—¡Estupendo, ya tenemos un Tapito más! —Exclamó el monje “bundo”.

Los dos Aznar se estrecharon enérgicamente la mano. Estaban en la cima de la montaña y a su alrededor se ofrecía la bella

perspectiva de un mundo inmenso lleno de recursos.

F I N

Notas

[1] Véase “Un millón de años”, obra del mismo autor. < <

[2] Véase “El ángel de la muerte”, obra del mismo autor. < <